

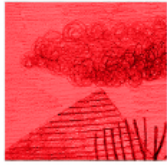
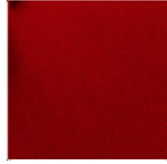


PERÚ

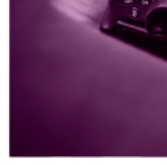
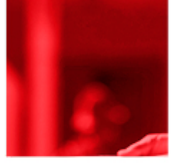
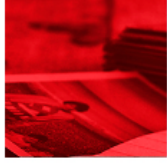
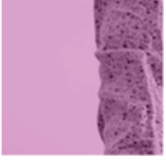
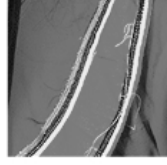
Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
DEL PERÚ
2021 - 2024



▶ **NUESTROS
RELATOS** ◀



▶ NUESTROS RELATOS ◀

OBRAS GANADORAS DE LA PRIMERA CONVOCATORIA DEL CONCURSO NACIONAL
"NUESTROS RELATOS", DEL PROYECTO ESPECIAL BICENTENARIO, 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
DEL PERÚ
2021 - 2024

BIBLIOTECA BICENTENARIO

Libros desde la pandemia, 3

Nuestros relatos. Obras ganadoras de la primera convocatoria del concurso nacional “Nuestros relatos”, del Proyecto Especial Bicentenario, 2020

Primera edición digital, abril de 2021
Primera edición impresa, julio de 2021
Segunda edición impresa, diciembre de 2022

© De los textos e imágenes: sus respectivos autores
© Ministerio de Cultura del Perú
Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú
Av. Javier Prado Este 2465, San Borja 15021, Lima - Perú
www.bicentenario.gob.pe

Ministra de Cultura: Silvana Robles Araujo
Director ejecutivo del Proyecto Especial Bicentenario: Hildebrando Castro-Pozo Chávez
Directora de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Mariela Noriega Alegría

Cuidado de la edición: Jaime Vargas Luna
Coordinación: Sandy Arrué, Jhonathan Garbay y Bertha Prieto Mendoza
Diseño y diagramación: Ximena Collado
Ajustes de diagramación Juan Carlos Taboada

ISBN: 978-612-49142-1-8
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2022-12284

Se terminó de imprimir en diciembre del 2022 en:
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña

También disponible el libro electrónico en www.bicentenario.gob.pe/biblioteca

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

Este libro está dedicado a la memoria de todas y todos los que han fallecido en el Perú a causa del COVID 19, y a sus familiares y seres queridos.

Presentación

En vísperas del Bicentenario de la Independencia del Perú fuimos azotados por la pandemia del COVID-19, que ocasionó la mayor crisis sanitaria de los últimos cien años en el planeta entero, y que afectó de manera particularmente dura a nuestro país, evidenciando nuestras grandes falencias estructurales.

Ya desde 2019 el Proyecto Especial Bicentenario venía implementando la colección Biblioteca Bicentenario, que contiene libros, audiolibros, podcasts y otros contenidos que promueven y estimulan el conocimiento histórico y la reflexión crítica sobre el país, en cumplimiento de nuestra misión de implementar una Agenda de Conmemoración por los doscientos años de la Independencia, y que contribuya a fortalecer la identidad y el ejercicio de la ciudadanía de peruanas y peruanos. Por ello, ante la experiencia de la pandemia nos propusimos incluir en esta colección una serie de libros que fomenten también la memoria histórica y la reflexión sobre la experiencia del COVID-19. Así nació la serie Libros desde la pandemia.

Por otro lado, en 2020 organizamos el concurso nacional “Nuestros relatos” para documentar y mostrar al país las experiencias de la pandemia vividas por ciudadanos de las distintas regiones del Perú. El concurso tuvo dos convocatorias, en la primera se convocaron cuentos en castellano y lenguas originarias, fotografías e ilustraciones; y en la segunda se desarrollaron talleres de arte, videos y murales, consiguiendo una amplia participación de miradas y expresiones artísticas, de ciudadanos de la mayoría de las regiones del país. Los 31 trabajos ganadores de la primera

convocatoria se incluyeron en el presente libro, que publicamos por primera vez en 2021, como un homenaje a las peruanas y los peruanos que perdieron la vida por causa de la pandemia, así como a toda la ciudadanía, que demostró su resiliencia en estos años.

Tras su publicación impresa y digital, este libro, que reúne trabajos que giran alrededor de los ejes de la memoria familiar, los trabajadores esenciales y la resiliencia, ha recorrido de manera virtual y física las distintas regiones del país, acompañando el duelo de muchas familias, siendo incorporado a las aulas escolares, y motivando conversaciones en clubes de lectura y otras comunidades lectoras, por lo que se hacía necesario volver a publicarlo y que continúe su recorrido por el país, recordándonos el dolor y el miedo que nos trajo esta pandemia, pero también la resiliencia y la fuerza que nos acompaña y nos permite mirar el presente con dignidad y el futuro con esperanza.



Hildebrando Castro-Pozo Chávez

Director Ejecutivo del Proyecto Especial
Bicentenario de la Independencia del Perú

MEMORIA FAMILIAR



La pandemia ha cambiado, sin duda, nuestra relación con el espacio, tanto los espacios por los que circulamos, el trabajo, la escuela, los mercados, los parques, las bibliotecas, los cines, en fin, la calle; como sobre todo, los espacios que habitamos, y nos ha reencontrado con la familia. Unas veces desde la compañía, aprendiendo a convivir por largos periodos de tiempo, y otras desde la ausencia, extrañando a los que no están cerca o a los que ya no están; la pandemia nos ha situado en familia, golpeándonos, pero también dándonos la fuerza suficiente para sobreponernos y seguir remando.

Esta sección recorre la experiencia familiar en pandemia desde distintos ángulos. Presenciamos la pérdida de padres, madres e hijos, pero en cada fotografía, ilustración o cuento, la reflexión nos lleva por un camino distinto. Aparece la ansiedad por lo que puede ocurrir, la preocupación por los deudos, la recriminación por no haberse cuidado lo suficiente, el dolor por la ausencia y la rabia porque el virus ha arrasado, metafórica y literalmente, con la vida de casi todo un pueblo. Pero aparecen también miradas más sutiles, la humanización del oficio de sepulturero, la

conexión con otros tiempos de miedos y encierros, la sensación de que la presencia de un ser querido nos “abriga”, la adaptación paulatina a una nueva vida en el encierro, y el valor de recuerdos que hasta hacía poco parecían insignificantes. Aparecen también lecturas más duras y desafiantes, como las fotografías que emplean excremento de res para recordarnos que a veces construimos esperanzas aplastando otros dolores y otras memorias. La humanidad es compleja, y el dolor que ha traído esta pandemia ha sido inmenso para miles de familias, pero también es inmensa la fortaleza que brota de nosotros mismos, de los legados y las memorias familiares. Esta sección con la que iniciamos duele pero esperamos que también acompañe.



No te has ido

Fotografía de Franchesca Cáceres Anticona

Esta foto representa el proceso inicial del duelo de una menor que perdió a su padre. Ella, al no poder aún aceptar su pérdida, trata de convencerse a sí misma de que él sigue a su lado.

En el contexto en el que nos encontramos, sobrellevar la pérdida de un ser querido se ha vuelto una situación mucho más difícil y dolorosa, en la que los duelos se pasan a solas, y en la mayoría de casos, dada la rapidez con la que se da, no hay una despedida con el familiar perdido, lo que dificulta la asimilación de la muerte y por ende el proceso de duelo.

El Legado

Cuento de Jesús Palacios Valverde

1

La primera vez que me enseñaste tu trabajo, viejo, fue cuando el abuelo murió. Entonces tenía diez años y sentía envidia de los demás muchachos del colegio. Ellos tenían papás capaces de levantar una casa, como el del bizco Jiménez que era ingeniero. O que ganaban mucha plata soldando huesos rotos, remendando el pellejo ajeno o curando gente, como el papá de la pulga Salgado. Él, por ejemplo, tenía fotos en el consultorio de su viejo. La piccinita era reluciente y seguramente olía a lavanda, a desinfectante, a lo que debe oler la esperanza cuando la enfermedad es pasajera. Tú, por el contrario, te negabas a dejar el cuartito calcinado por el cloroformo y el pinesol en el que rondaba la pena. Después de todo, la funeraria fue lo único que el abuelo te dejó y era tuya hasta la última de sus telarañas.

2

Estoy cansado. Dos muchachos me echan una mano y las solicitudes no dejan de llegar. Supongo que si continuases aquí, conmigo, lo habrías hecho mejor. Los hospitales reventaron hace semanas y los hornos de cremación ya no aceptan más cuerpos. Pero me niego a parar. La peste nos obligó a escondernos. Un largo e indefinido escape hacia dentro. Las autopistas desiertas al principio y abarrotadas hoy con la gente intentando adaptarse a la tragedia y muriendo todavía. Nadie quería exponerse al bicho, salir y calzarse las botas, los trajes. Pero tú insististe. Si no eras tú, entonces quién, me decías. Yo no podía desmentirte.

3

Me acuerdo de aquella primera vez en la trastienda, juntos. Los ataúdes blancos y café, con los acabados de lustre asoleándose y las

rosas y Los Cristos silenciosos y las lámparas con sus luces tenues sobre pedestales, como exhibiendo un simulacro del adiós para todo el que quisiera asomarse. El abuelo parecía dormir sobre la camilla metálica bajo un chorro de luz fluorescente. Le habías puesto una túnica holgada. Hasta entonces me habías mantenido lejos, siempre en el recibidor, como si quisieras alejarme del peso que sabías venía con la muerte y los decesos. Me tomaste por los hombros y en silencio miramos al papá estarse inmóvil, estarse por fin envuelto en una quietud inquebrantable, sin cables entrándole por el brazo, sin el bip de las máquinas, sin el dolor de los tubos forzándole la boca. En el cuartito aquel, entre herramientas y frascos, en medio del gruñido incesante del aire acondicionado, me dijiste que cuando tú te marcharas me tocaría prepararte, despedirte. Entonces mis diez años no eran suficientes para prometértelo, viejo, y solo nos estuvimos ahí por el resto de la tarde frío girando sobre nuestras cabezas. Te miro ahora y todavía no me salen las palabras que pude haberte susurrado siquiera, que debí pronunciar como quien hace una promesa. No lo hice.

4

De lunes a domingo, de siete a siete, ocupabas una silla en el dintel del local. Recogías las sobras de los hogares que no iban a encargarle una casa al papá de Martínez y recibías a los que no pasaban por la consulta del doctor Salgado. Durante décadas, el de nosotros había sido el único servicio fúnebre de Piura. El abuelo Maldonado lo recibió de su padre y este último decidió abrirlo frente al hospital obrero, en medio de la pampa seca de Piura. Luego, una a una las compañías de seguro fueron abriendo sucursales. Decías que lo de ellos era

un negocio, un trámite indeseable, irrespetuoso e impagable. Había que ser un miserable para buscar enriquecerse con el sufrimiento ajeno. A los muertos no se les filetea como a ganado, repetías. Para lidiar con la muerte a diario, para decidirse a hacer de la despedida un oficio, había que estar dispuesto a dejar un poco la vida en ello, viejo. ¿Y si no eras tú el que ofrecía ese consuelo? ¿Y si no eras tú el que tendía esa mano? ¿Y si no eras tú en medio del arenal? ¿Entonces quién?

5

Recuerdo que, por mucho, detesté lo que hacíamos. Ahí van los gallinazos, nos decían medio en broma, medio en serio. Tú solo sonreías y callabas. Me trompéé cuatro o cinco veces por eso, ¿sabes? Y te odié por legarme el estigma de tus entrañas, la carga de ponerse al hombro a los finados ajenos. Hasta que pronto los amigos y los extraños se acostumbraron, supongo, y luego dejaron de molestarme o se aburrieron, o todo a la vez. Con el tiempo, Salgado y Jiménez hasta me respetaban porque había que tener estómago y nervio para quedarse a solas con los cuerpos amoratados y retocarlos, peinarlos, vestirlos, devolvérselos a la familia que lo aguarda, que espera entre llanto a quien habrán de dejar partir. “¿Si ustedes no lo hacen quién lo hará? Mis respetos”. Tu dedicación desterró la vergüenza de mi pecho y no pude dejarte solo, viejo. Esta también sería mi carga.

6

Te hizo sentir orgulloso lo rápido que pude atenerme al oficio y su técnica. Pasábamos las tardes y noches encargando flores, arrendando el auto, preparando los ataúdes, despachando lamparones y, por supuesto, cuidando de los

“clientes”, de sus seres amados. En mis ojos seguía tatuada la imagen del papá Maldonado y su rostro, esos gestos del que por fin encuentra sosiego, del que ha llegado al refugio de quietud, libre de dolor, donde la enfermedad no lo alcanzará jamás. Miraba los cuerpos a los que debíamos vestir, arreglar, curar, limpiar, maquillar. Y en todos se repetía para mí la cara del abuelo, tu cara, la mía. Este era el encargo que teníamos: acompañar, consolar, disfrazar la ausencia que llega con el último aliento, disfrazarlo bajo el ropaje del sueño tranquilo: hacer posible el duelo.

7

¿Cómo un bicho en el aire, en la saliva de los otros, en la piel, en las gotitas que baleaban el rostro del prójimo iba a detenerte? ¿Cómo mantenerte escondido? ¿Ibas a permanecer solo con la vieja escuchando por la tele que tu gente caía, que acababan a la intemperie? ¿Cómo resistirte a semejante riesgo venido de los confines del mundo? Nadie iba a reventarse bajo el sol del mediodía en tanto estuvieras ahí.

8

Me acuerdo cuando entraste por la puerta, de improviso, para encargarte de la misión que sentías propia a pesar de lo mucho que te pedí descansar. La vieja me avisó llorando por teléfono y te esperé sentado bajo el dintel del local, listo para impedirte el paso y devolverte por dónde habías llegado. “Los chicos y yo lo tenemos cubierto, viejo”. Pero nunca escuchaste. En la arena se desparramaban las carpas de los que aguardaban a que el hospital les devolviese a sus familiares vencidos, sofocados por el bicho. Me saludaste por detrás de una mascarilla, como si nada pasara, como si supieras por anticipado que nada podía hacerse para impedirte venir,

para despojarte de tu momento, de eso a lo que te habías dedicado por treinta y cinco años: “¿Qué mierda haces afuera?”, dijiste y te seguí.

9

Nos cuidamos. Procuramos hacerlo mucho más que antes. ¿Por qué ocurrió entonces? Nos pinchábamos el dedo a diario. Los chicos que contratábamos iban en escafandras, levantaban a los caídos, les envolvían, les fumigaban, los depositaban en la carroza y forraban los ataúdes. Pero insistías: Nadie merece ser tratado como ganado. Y te rehusabas a dejarme solo. Rechazabas la oferta de quedarte en el dintel y preferías acompañarme cuando hiciera los arreglos; cuando, detrás de una bata de astronauta, intentase borrar de los rostros la desesperación de la asfixia.

Muchas veces vi cómo devolvías el dinero, se lo apretabas en la mano a las hijas cuya madre les había sido arrebatada, a las mujeres cuyo esposo se perdió en el abismo de UCI y el coma inducido. Lo hacías en la pandemia, a pesar de que el dinero no nos sobraba, lo hacías como siempre lo hiciste antes del encierro. A mediados de julio rehusaste parar. Prohibiste que imitásemos a las compañías que ya habían cedido. ¿Ya estabas enfermo entonces?

10

La vieja está sola en la casa junto a tu sitio vacío. Yo no he vuelto desde que tuve que pasar por ti. Ahora estoy a tu lado y te miro tendido en la misma camilla en la que tu padre dormía hace tanto. Te miro y arreglo la corbata. Toco tu rostro. Acaricio con rubor tus mejillas lívidas y acicalo el cabello que aún te quedaba. Lamento tanto no tener a nadie a mi lado todavía. El bicho te tomó por asalto y sin mostrarse.

La primera vez que me enseñaste tu trabajo fue cuando el abuelo murió. Entonces mis diez años no bastaron para responderte. Ahora que te abrazo en silencio, tampoco puedo decirte que toca despedirnos. Tú solo has cerrado los ojos. Te pondrás de pie por la mañana, ¿no es cierto, viejo?

Descansas por el momento. Yo seguiré aquí hasta que despiertes, en tanto el frío gira sobre nosotros y el zumbido de la luz colma mi pecho vacío. ◀





Momentos

Fotografías de Davier Ushiñahua Díaz

Momentos es un proyecto que sigue a dos de mis personas favoritas en circunstancias duras por el cambio e incertidumbres que está generando la crisis social que atravesamos.

Nada volverá a ser como antes, la sociedad no será la misma, pero a pesar de todos los cambios esta situación nos enseñó a adaptarnos y a luchar por las personas que amamos.

Llamé a este proyecto así porque mi prima y abuelita pasaron por momentos difíciles y trascendentes en sus vidas, mi prima perdió a la persona más importante de su existencia, su Papá. Cuando ella llegó a casa las pruebas rápidas de COVID19 salieron positivas por estar en contacto con él, realmente fue difícil poder asimilar la pérdida inesperada de alguien tan cercano, por lo cual tuvo que mantenerse en confinamiento junto a su mamá hasta poder recibir los resultados de las pruebas moleculares. Como toda niña de tres años al llegar a un nuevo lugar quiere explorar y conocer, pero el mismo hecho de no poder estar juntos hizo que el amor hacia ella creciera cada vez más. Se levantaba muy temprano cada mañana para poder conversar por un pequeño agujero en la puerta, su tierna mirada e inocente voz hacía que no hubiera barreras entre nosotros y en ese preciso momento pude fotografiar la más bella mirada de inocencia en momentos tan duros.

Nos damos cuenta que esta pandemia se comporta de manera despiadada e inhumana sin discriminar a nadie, los más vulnerables en esta situación son los adultos mayores. El estar encerrada por tanto tiempo ha generado, por ejemplo, que en mi abuelita se produzcan sentimientos de soledad y tristeza, a pesar de esto ella intenta sobrellevarlo y hacer las cosas que más le gustan ayudada siempre por su fe en Dios, La Fotografía refleja esto a través de las sombras asemejándose a los barrotes de una celda.

La tercera foto refleja el renacimiento de la persona tanto emocional como físicamente mostrando su bella sonrisa y el destello del sol sobre su rostro iluminando su mirada y dando así esperanza de un mejor mañana, donde esto solo será un recuerdo desvaneciéndose en el tiempo.

La hora mágica

Cuento de Henry Bonilla Medina

El nieto estaba sentado sobre la alfombra frente al televisor viendo el noticiero. El abuelo al otro lado de la sala se esforzaba al leer a causa de la débil luz de la tarde moribunda. Las letras habían perdido sus contornos, eran como moscas aplastadas sobre la página. Cansado por el esfuerzo, dejó el libro sobre una mesa esquinera cercana y cuando regresó a su asiento, el niño lo esperaba mirándolo impaciente.

—¿Qué pasó, hijo?

—Mi papá no llega todavía.

—Hoy día su turno termina una hora más tarde, ¿no te lo dijo?

El niño no respondió, solo miró hacia el jardín que estaba detrás del ventanal que los protegía de la intemperie.

—Ve y tráete una silla, apaga el televisor, pero no enciendas la luz —ordenó el abuelo.

El anciano y el niño vistos por detrás, eran solo dos sombras que miraban el atardecer sobre sus asientos a unos pasos del cedrón y el cartucho, que estaban afuera y movían sus tallos por el empuje del suave viento de junio.

—¿Qué edad tienes, Rodrigo? —preguntó el abuelo.

—Nueve años, Papalucho.

—Bueno entonces creo que ya es momento de contarte una historia.

—Sí, papito.

—Bueno, no es la primera vez que vivimos así hijo, ya antes hubo épocas en las que no se podía salir a la calle por temor.

—Mi papá dice que fue en los tiempos del terrorismo y que también murió mucha gente.

—Eso es cierto hijo, fue un tiempo muy duro, tu padre era más pequeño que tú, casi un bebé. Y aunque no recuerda casi nada, ha leído mucho y está bien informado. Algo que también tienes que hacer, pero no se trata de eso lo que te voy a contar.

La boca del viejo se comprimió en un gesto hacia arriba como si quisiera besar su nariz y empezó a narrar sin mirar al niño; que también tenía la vista puesta en la transición del cielo entre cerúleo y negro.

El abuelo comenzó: «Esto le sucedió a nuestra ciudad hace muchos años atrás, digo nuestra ciudad, porque no he oído nunca nada parecido de otro lugar. Eso fue en el tiempo en que ni siquiera mi padre había nacido, esta es una historia de mi abuelo. Dicen que los pobladores de Jauja, así como ahora en todo nuestro país, debían volver a sus hogares a una hora determinada, no recuerdo si era a las seis de la tarde o a las siete de la noche. El hecho es que, si alguien se tardaba en regresar, podía desaparecer para siempre.

»Esto empezó a suceder en la víspera de todos los santos. Dicen que arriba en donde está ese inmenso hueco en mitad del cerro, y que llaman Sala Grande, se escuchó un sonido atroz, como si se quebrara el cielo o cayeran inmensas rocas invisibles sobre las cumbres del pueblo de Huancas...».

—Tal vez fue un géiser —dijo Rodrigo

—¿Un géiser?

—Sí, es una erupción de aguas termales que...

—Sí hijo, sé qué es, pero no me refiero a eso

—el viejo frunció el ceño como si buscara una palabra adecuada—, era algo más que un terremoto o un volcán, además creo que no hay geiseres por estos lugares.

Un gato entró por el tejado y bajó por la columna del lado opuesto del patio, se colgó en una enredadera marchita y después de caer al empedrado, corrió hacia la canaleta de cemento que partía a la mitad el zaguán de la entrada de la casa. El anciano miró al niño y continuó: «Entonces la gente fue a buscar el origen de ese sonido parecido a un derrumbe

inmenso, nunca encontraron nada. Lo que sí se pudo comprobar después, es que empezaron a desaparecer personas. Un día una mujer contó que su hija, una quinceañera, había recibido la visita de un muchacho, con quien hablaba a través de la ventana, durante dos noches seguidas y que, a la tercera ocasión, solo un grito fue lo último que se supo de ella. Sucede hijo que la gente dice, que los espíritus pecadores, los demonios, las ánimas, condenados y toda esa clase de espectros enfurecidos, salían a las calles a comerse a la gente. Que tomaban diversas formas, unas más extrañas que otras. En el barrio La Libertad decían, habían visto una reunión de espantajos, como en un concilio acordando a quienes iban a visitar. Más abajo en el barrio Motto Vivanco, habían visto que un desfile infernal de intestinos, gallos inmensos, perros negros sin cabeza, y hasta excremento marchaban detrás de un hombre de traje, cabeza de burro, ojos de fuego; que exhalaba un humo negro de un inmenso cigarro hecho del brazo de un niño, a la vez que arrastraba un inmenso ataúd cubierto de cadenas y que alguien adentro pugnaba por salir. Eso vieron». —Parece una película de terror, abuelito.

«No queda ahí la cosa. Dicen que más que nunca si alguien pasaba cerca de las iglesias o capillas, se podían ver bultos blancos que no eran más que figuras de hombres fallecidos cubiertos con túnicas blancas, arrodillados en oración. También los gatos hacían de las suyas, encaramados en los tejados simulaban llevar a enterrar a un difunto. Eran igual que un cortejo fúnebre, con un gato que iba delante como si fuera un cura, detrás cuatro gatos cargaban a otro que fingía estar muerto, y al final un grupo más con las cabecitas agachadas lloraban la pérdida, todos en dos patas al compás de sus lamentaciones: una burla siniestra de los humanos.

»Lo más terrible fue que algunos vieron a una cuadrilla de bailarines pasar por las calles acompañados de otros que tocaban violines, arpas y tinyas. A ninguno de estos se les podían ver los pies, flotaban como la neblina, haciendo giros, con cantos de voces gangosas que parecían provenir de sus gargantas huecas más que de sus bocas.

»Las noches no eran ya las mismas, los hombres cerraban la puertas con grandes troncos y doble candado. Si alguien se descuidaba y no lo hacía adecuadamente encontraba sus ventanas abiertas de par en par. Ya tarde advertía que una forma más negra que la oscuridad de la noche se movía en su dirección rengueando. La luz de la calle iluminaba débilmente al condenado que era un hombre al que solo le quedaban mechones de cabello en una cabeza blanca como un cráneo podrido, apoyado en un bastón extraño que resultaba ser la pierna de una de sus víctimas con las carnes arrancadas a mordiscos, y esta pierna hablaba llorosa que aquel hombre huyera, que no alcanzaría la salvación si el espectro lo cubría con su mortaja pestilente a modo de capa, llena de sangre, siempre fresca, de antiguas almas».

—¿Y cómo hicieron para que eso ya no pasará otra vez? —inquirió Rodrigo, visiblemente consternado—. Porque eso ya no sucede ahora, ¿o sí?

—El pueblo hizo una reunión general con todos los jaujinos, y concluyeron que debían rezar la oración del Santo Trisagio, todas las noches, hasta que un buen día ya no ocurrió más. El niño se quedó en silencio al igual que su abuelo. La noche ya era plena. Hasta que uno dijo:

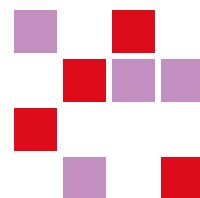
—Sabes, hijo, a esa hora en la que la noche aún no lo es y la tarde ya deja de serlo, se le llama “La hora mágica”, al menos así la denominan

los fotógrafos, solo dura unos cuantos minutos, pero es la hora en la que parece que no hay sombras, en realidad sí las hay, solo que el cielo se convierte en una única luz inmensa que al caer sobre las cosas produce ese efecto, todo se ve como si fuera de otro mundo.

—Qué bonito, quisiera que mi padre me regalara una cámara.

Los dos dejaron de hablar. El niño imaginó a la quinceañera ya convertida en un espectro, pasar a paso lento fuera de su casa en el jirón Junín, provista de un paraguas abierto de papel hecho jirones, con un vestido floreado, sucio, descalza con las piernas blancas, heladas y descubiertas, el cabello mal recogido, la boca seca y los ojos sin fondo. El abuelo imaginó a un jinete enorme atravesando la ciudad en mitad de la noche llevando debajo del poncho negro una mazamorra de calabaza caliente, sorteando a las figuras traslúcidas de cientos de hombres malamente muertos.

El sonido grueso de la puerta los sorprendió, luego de fijarse bien, vieron al padre de Rodrigo que entraba con un saludo apagado por la mascarilla. El abuelo y el niño sintieron que el ambiente abrigaba un poco más.



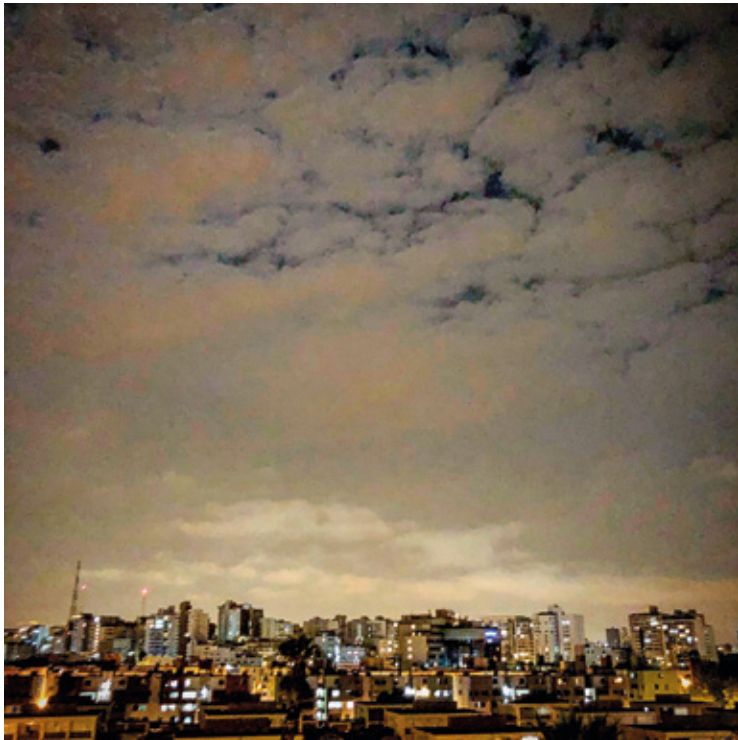




La congoja de confiar
Ilustración de Milagro Cruz Huaroto

“¿COVID 19?, no, no sé realmente qué es, lo único que sé, es que me está quitando lo que más amo, mi hijo...” Esta es la frase que repetía Yolanda una y otra vez, agobiada al saber que este virus, cada vez, iba dejando sin fuerzas a su hijo. Ya le había quitado su empleo, y ahora ¡¿A su hijo?! ¿Qué más? Se preguntaba, dejando caer pesadas lágrimas en aquel triste suelo, testigo de mil pesares; “Si tan solo, si tan solo hubieras sido más cauteloso”, se decía lamentándose del hecho imprudente que su hijo había cometido. Marcel, que así se llamaba su hijo, había salido al mercado días antes, y al pensar que la mascarilla le provocaría mucho calor, decidió firmemente no llevarla consigo, con la excusa de “Solo serán unos minutos, mamá”; unos minutos, unos minutos que causaron una pena interminable. Ahora Marcel casi no puede hablar, ni caminar, y lo único que desea es decirle a su madre, que sea fuerte, que salve su vida, porque este virus ataca nuestro punto débil: la confianza desmedida de que todo siempre estará bien, evitando afrontar con prudencia los desafíos de la vida.





Y ahora sólo nos queda esperar
Fotografías de Luis Chiang Chang-Way

Esta serie de fotografías fueron realizadas durante la cuarentena del mes de junio de 2020 y están dedicadas a mis padres, quienes van adaptándose a su nueva cotidianidad y a su nueva forma de comunicarse, llevando su día a día dentro de casa y viendo la ciudad a través de una ventana.

Desde que se inició la cuarentena por la pandemia de COVID 19, muchas familias peruanas debieron refugiarse en sus casas para evitar contagiarse. Esto los condujo a una convivencia y cercanía absoluta, no solo del espacio que compartían, sino de lo que los unía como grupo familiar. No obstante, no todas las familias han podido compartir entrañables momentos, ya sea porque algún miembro no podía volver a la ciudad o al país, o porque debían mantenerse alejados para salvaguardar la salud de uno de los integrantes. Ante esto, muchos han pasado días o semanas enteras sin compartir el espacio con nadie y confinados en sus casas. Ante esto surge la interrogante, ¿cuán difícil es soportar nuestra propia existencia? Pareciera que cuanto más se evita conectarse con uno mismo, más ansiedad genera esa situación y, se busca evadirla a toda costa, aunque esto eleve las posibilidades de contraer el virus. Considero que disfruto pasar mucho tiempo a solas, pero la llegada de la pandemia puso al límite mis interacciones sociales, alejó a mi familia y me llevó a re-explorar mi soledad cada día, en una casa que parecía muy grande para mí. Ya no era una opción, era lo que tocaba. La aceptación ante los constantes cambios ha sido la clave para navegar en este sinfín de circunstancias y las pequeñas rutinas diarias, el medio para mantener a flote la vida mundana. Para mí, muchas cosas cambiaron, pero algo se mantuvo constante: las mañanas en la ventana, los alimentos y el recuerdo de los que extraño.

Un puñado de polvo

Cuento de Diego Olivás Arana

Mi padre se ha convertido en un puñado de arenita blancuzca en una cajita de mármol.

Es tan raro verte así, tratar de entender que esto es mi papá. A mi madre le cuesta más. Las cenizas que ahora tocan las yemas de mis dedos me regresan a nuestro viaje a Piura cuando era niñita. Fuiste tú quien ahorró mucho y nos llevó por un fin de semana a Los Órganos. Querías que yo conozca las playas del norte. Recuerdo esa arena blanca en la que corríamos los tres, cómo molestábamos a las gaviotas en la orilla por la mañana. Recuerdo nuestro viaje en bote por el mar, la plataforma petrolera abandonada donde descansaban pelícanos y lobos marinos. Nunca había visto nada igual, pero nada igualó la aparición de la ballena en ese mismo viaje. Un ser mágico que me dio tanto miedo como emoción. Recuerdo retroceder y coger tu mano con fuerza, y mi sorpresa cuando me dijiste que esa ballena era la quinta más grande del mundo y que pesaba más de 50 toneladas. Esos datos me obsesionaban: si esa era la quinta, ¿cuán grande sería la primera? ¿Y cuánto serían 50 toneladas? ¿Todo nuestro edificio en Mirones? Recuerdo que leí el letrero con el listado de precios que decía AVISTAMIENTO DE BALLENAS JOROBADAS: ADULTOS 120, NIÑOS 100. Recuerdo que hice mis cálculos y no podía creer que tenías 340 soles y los habías gastado en ese paseo de dos horas. Te reíste cuando te pregunté si nos habíamos vuelto millonarios. Me dijiste que no, pero que era una ocasión especial. Con tu sueldo de profesor de colegio tuvimos las mejores vacaciones de mi vida, papá. Creo que nunca te lo dije.

Todo pasó de pronto. Llevas casi la mitad de tu vida como diabético hipertenso. Era inicios de mayo, el virus ya estaba entre nosotros y temíamos, pero necesitabas tu tratamiento. Yo

creo que ahí te contagiaste, cuando fuiste a la posta por tus medicamentos. A los pocos días te dio un resfriado, nada serio. Luego te tocó ir a ponerte la vacuna contra el neumococo, “mejor ser precavido con este enemigo invisible”, nos dijiste. Te creí, tú siempre tenías la razón. Esa tarde no volviste ni contestaste tu celular. Fue la última vez que te vimos.

Recordaba todo esto días después, cuando llegó a Mirones la furgoneta del crematorio Piedrangel para entregarnos la urna de mármol con tus restos. Le pregunto a los del crematorio cuánto te tardaste en desaparecer, menos de dos horas, me dice uno, y me extiende unos papeles para firmar, me tiemblan las manos cuando le doy tus cenizas a mi mamá, ella encierra tu cajita contra su pecho y se les acerca, los empuja, este es mi esposo, les grita, por qué lo cremaron, quién les dio el derecho, regaña, yo la cojo, la abrazo y ellos se van en silencio, los vecinos nos miran. 30 años de casados se reducen a ese momento.

Mamá llora en silencio aferrada a tu cajita, abrazándola con desespero. Todo es una extraña mezcla de ternura y confusión. Tú cultivaste mi placer por la lectura. Me recomendabas que estudie algo de letras y esperabas que mi miedoso paso por el servicio al cliente sea algo pasajero. Ya ni sé cuánto tiempo llevo en ese trabajo y así, de la nada, me despiden, como a tantos durante esta pandemia. Justo cuando ya no estás. Ya años que mamá dejó de ser enfermera y hoy representa a la “población vulnerable” que no sale ni a la esquina. Estamos solas.

Nos llamaron del Loayza la misma noche que te desapareciste, diciendo que te habían internado, pero con el toque de queda no

podimos hacer nada más que angustiarnos. Por la mañana fui sola a buscarte y no me dejaron verte, entrar a ese pabellón lleno de gente donde te encontrabas, podías tener el virus y mejor evitar el riesgo, me dicen; entiendo que no está permitido ver a tus parientes en estas circunstancias, ¿pero quién te va atender o darte comida?, regresé a casa más confundida solo para volver al día siguiente: nos llaman diciendo que te han hecho la prueba y haz dado positivo, tienes el nuevo coronavirus COVID-19 y te van a transferir de inmediato al Hospital de Emergencias Villa El Salvador. Fueron dos días en los que me fui hasta allá dejando a mamá solita e inquieta, tempranito para que no me agarre el toque de queda, y otra vez no puedo verte, “está prohibido” me dicen, el COVID es una enfermedad que padeces sin nadie cerca, en pura soledad. El tercer día, viernes, voy al UCI, llego a preguntar por ti, me hacen esperar casi dos horas hasta que aparece una doctora y me lleva a una esquina, “su padre se ha muerto en la madrugada, señorita”, me dice, y me entrega unos papeles para firmar, documentos que no entiendo, que no puedo ver el cuerpo, que todavía es contagioso, que lo van a cremar y no puedo estar presente, que así es el protocolo, que lo siente mucho, mi más sentido pésame, mis condolencias, señorita y así como vino se fue porque hay tantos enfermos y no hay tiempo y yo me quedo helada sin saber qué significan las palabras del papel, “Néstor Ajajahui Manuin, Hombre, 60 años. 15 de mayo, 13:20 h. Neumonía por COVID-19” y saliendo veo en uno de los pasillos unos folletos pegados en la pared: “Feliz Día Internacional de la Familia” y me pongo a llorar.

De nuestros conocidos aquí en Cercado o Breña ya varios se han muerto o están hospitalizados,

pero por más pánico que tenga, jamás pensé que algo así me iba a pasar también a mí. Por la mañana ya todos se han enterado, nos llama el administrador, el señor Clemente del último piso, el mismo que solía repetir divertido “Pueblo chico, infierno grande” cada vez que salía a la luz un chisme, y que ahora nos lanza una bomba casi sin inmutarse: los vecinos reclaman que nos vayamos. Nadie quiere estar cerca de infectados con el coronavirus, están haciendo un escándalo, murmura Don Clemente desde el otro lado del teléfono, con pena y miedo. Estamos en cuarentena obligatoria y ellos han empezado su campaña de odio... Papá, papito, ¿a dónde nos vamos a ir?

El problema ha alcanzado incluso a la pobre y vieja Gringa, tu perrita, tan noble ella, la vez pasada la llevamos al jardincito afuera del edificio para que por fin haga sus necesidades, pero de inmediato se aparecieron Don Clemente y los otros, alzando sus voces y manteniendo la distancia, que nuestra perra está contaminada y no puede salir, que estamos exponiendo a todo el edificio, que somos unas conchudas infectadas e irresponsables, que por eso el Perú está así. Corrimos de regreso tan pronto como la Gringuita terminó, pero siguieron tratándonos comoapestadas, me dolió que no pensarán en ti ni en mi mamá y antes de cerrar la puerta del apartamento les dije a todos que eran unos insensibles de mierda y que se vayan a la concha de su madre. Todos tenemos un límite, papá.

Ayer llamó a la casa Jimena, la hija mayor de Don Clemente, ¿te acuerdas? Es enfermera en el Hospital de San Juan de Lurigancho. Llamó para gritarme. Me dijo que está harta, que ya no tienen equipo médico suficiente, ni balones

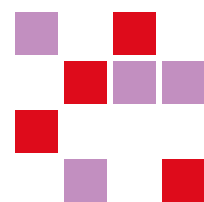
de oxígeno ni mascarillas ni uniforme para la bioseguridad, que ya no les pagan y que todas tienen miedo e indignación y que sabiendo como está el país me atrevo a ir al hospital a cada rato a ver a mi papá, si ya sé que va a morir para qué voy, pongo en riesgo a mis seres queridos y la gente en mi alrededor, seguro ahora estamos contagiadas mi mamá y yo, eso es culpa nuestra, debemos dejar de poner en peligro a su papá y a los demás vecinos, todo eso me dice... Yo ya no sé.

Queremos que desinfecten nuestra casa y nos hagan la prueba y así salir de dudas pero nada, no nos escuchan, solo llaman para monitorear, preguntar por los síntomas. Yo tengo algo de tos pero me siento bien. Le estoy enseñando a mamá a usar mejor el WhatsApp y el Zoom para que hable con mis tías o mis primos. Lo necesita. Ella se asusta en las mañanas porque siente cansancio y un dolor en el pecho y yo ignoro si es el virus o la tristeza.

Es difícil sobrellevar tu duelo, papá, vivirlo junto a la incertidumbre general y al acoso verbal de los vecinos ya es un daño psicológico, pero a pesar de todo tu esposa y tu hija están juntas, nos cuidamos, estamos cada vez mejor.

Pienso en todo esto cuando ausculto la arenilla fina, este puñado de polvo que ahora te da forma.

Lo único que sé, papá, es que nosotras no nos hemos buscado esta situación. Alguien tenía que ver por ti. ◀







Lluvia cálida

Fotografía de Diana Leonor Escalante Vilca

Lluvia y pandemia. Amor y fortaleza. Las peruanas y peruanos sabemos salir adelante en cualquier circunstancia y más cuando se trata de luchar por la familia. Cuando tomé esta fotografía pude observar resistencia y amor. La mujer en el triciclo protege con un paraguas azul a una niña de un fuerte aguacero en Cajamarca. Así, las dos han transformado la lluvia fría en lluvia cálida y también me han transformado a mí. La situación no es fácil para nadie, pero no estamos solas ni solos. En la fotografía todo es estático: la lluvia, las personas y el amor. Surge en mí una necesidad de empezar a pensar como un solo Perú.

Allpapa mikuynin

Cuento de Javier Pariona Salvatierra

Intipas qamlla qamllallatam kanchimuchkan, wayrapas chiri chiritam pukumuchkan. Parapas maytaya ripurun. Qasallam punkuyipi purikachan qariqarillana.

—¿Imaya qamurunqa, wawallay? Manchakunin. Tulluyumi katkatachkan, chukchuchkan, sunquypas rumiy rumiyumi kachkan.

—Ama manchakuychu, mamallay. Manam imapas kanqachu ni qamuqachu. Kay sumaq sumaq llaqtanchikmanqa. Kaypiqa yachakunchik, allin miskusqa. Yanqa imatapas umanchanki, rimanki, simiki kaptin. —Chay punchawmi umayman chayaramun mamaypa, llapa ima nisqan. ¿Icha mamayqa nichkan allintapas, pay nitinga imapas qatarimunmi, unquykunapas, wañuykunapas qamunmi. Manchakunin! Chayna umanchachkaptillaymi, pachapas, intipas siqaykurun hatun qucha patanman. Kis kiskunapas siqaykamum qaspiyta apamustin. Uña sullkaykuna hina

—Wawallay, haku mikuna wasiman.

Mikumusunna puñuq rinanchikpaq. Uña sullcaykikunamanpas nimuraninam.

—Ari, mamay. Haku.

—¿Imaynampitaq chaynaqa kachkanki?

—¿Imayna mamay?

—Chayna, manchay manchay uyaykipas nunapa

hinanam kachkan.

—Mamay willasayki. Ñaqam qawanata qawarani. Chaypin nimun, huk willakuq runa. Chay China suyu llaqtapis runakuna wañuschkanku. Uchuymanta hatunkama; wawakuna, maqtakuna, sipaskuna, warmi, qari, machuchakuna, payachakuna. Chaymi kayna manchay manchay kachkani.

—Chaychiki tulluy, sunquy katkatayta gallaykura. Kay sunquchallay allintam willawan runa hina. Wawallay.

—Mamay, manchakuypaqlatanam nimunki qampas. Suyunchikmanqa manam chayamunqachu.

—¡Chayta ninki, mana yachaq hina! Chayaramunqam. Iskay panas, kimsa panas, tawa pasnas punchawpi, kay llaqtanchikmanqa. Icha huk killallapipas chayaramunqam.

—Mamay. Amaya manchachiwaychu.

—Puñuqna riy, paqarinkama. Waway.

Sullkaykikunapas puñurunam

—Ari mamay. Pay.

Chay tuta. Mana puñuyta atinichu. Yanqa rumi hina quchpañi kawituyipi. Qatanaypas mana quniwanchu. Chiri chiri kaspaymi yapamanta qatarispay yakuta upyani. Hinaspaymi yapamanta kawintuyman ustuni uru hina. Chayna uyarayaspaymi puñurusqani miski miskita. Paqarintinkama

—Wawallay, rikcharimuy. Achikyaramunñam.

—¡Ariiiii... maaaaayyy. Kunallan hamusaq!

Mana munastinmi qatarini. Umay, makiy, chakiymi, nanay nanay achikyarusqa. Chaymi yapamanta qawanata qawani. Chaypin willakamun huk runa. Kaynatam nimun. Lliw suyumansi chay unquyqa chayachkan.

Alimento, comida de la tierra

Cuento de Javier Pariona Salvatierra

La luz del sol está opaca, el soplo del viento está frígido. A dónde se habrá ido la lluvia. Solo la helada camina en la puerta de manera altanera. ¿Qué cosas vendrán?, mis huesos están temblando, mi corazón está petrificado, hijo tengo miedo.

- No tengas miedo. Nada malo pasará, tampoco vendrá. En este nuestro lindo pueblo. Aquí vivimos, bien alimentados, piensas en cosas vanas, hablas porque tienes boca. Madre mía, ese día llegó a mi cabeza todas las cosas que me dijo mi madre. ¿Quizá mi madre dice las cosas correctas, las cosas que ella dice pueden suceder, las enfermedades, la muerte puede venir. ¿Tengo miedo? Cuando pensaba de esa manera, el tiempo, también el sol se retiraron hacia las orillas del mar. También los insectos se fueron trayendo el atardecer. Como mis hermanos menores.

—Hijo mío vamos al comedor. Ya debemos comer para ir a dormir. También los llamé a tus hermanos menores.

—Sí, madre mía. Vamos.

—¿Por qué estás así?

—¿Cómo madre?

—¿Así, estás tan asustado, hasta tu rostro está pálido?

—Te voy a contar madre. Yo vi la televisión. Allí

comunicó, un periodista. Dicen que en el pueblo de China la gente está muriendo. Los adultos, los niños, los jóvenes, las señoritas, los ancianos varones y mujeres, todos ellos. Por eso me encuentro tan asustado.

—Por eso mis huesos, mi corazón se pusieron a temblar. Mi corazón avisa las noticias como una persona. Hijo mío.

—Madre mía, las cosas que dice también son para asustarse. ¿A nuestro país no creo que llegue?

—¿Así lo dices, como si no supieras? Sí llegará. Dentro de dos, tres, cuatro semanas, aquí a nuestro pueblo.

—Quizá llegue en un mes, madre. No me des sustos?

—Hasta mañana. Tú también anda a dormir.

—Sí madre mía. Gracias. Anda a dormir con mis hermanos menores. Ellos duermen felices contigo.

Esa noche no pude dormir. En la cama di vueltas como una piedra movediza. Mis colchas no me abrigaban. Al sentir el frío me levanté a beber el agua. Luego vuelvo a dormir en mi cama como un gusano. Luego de estar pensativo me quedé dormido profundamente.

—Hijo mío, despierta. Ya amaneció.

—Yaaa... madreeee. Voy ahora mismo.

Me levanto desganado. Mi cabeza, mis manos, mis pies, amanecieron muy adoloridos. En ese instante vuelvo a ver la televisión. Ahí comunica una persona. Dijo de esta manera: esa enfermedad está llegando a todos los países.

Las personas mismas son las que propagan las enfermedades. Por eso me levanté con tanto susto. A mi madre prefiero no contarla. Ella

Runamasinllanchiksi apachkan. Chaymi ñuqapas manchakuyllamanta qatarini. Mamachallaymanqa manacha willaymanchu. Llakiwanpas unqurunmanmi. Nispay

—Mamay. ¿Imatam ruwachkanki?

—Kay mikuna wasipim tiyakuchkani. Mikuynikipas chirirunnan. Kay tullminkama puñumunki. Qilla maqta hina.

—Mamay. Manam qilla maqtachu kani. ¿Sullkaykunaqa?

—Paykunaqa mikurunkunan, qawapinam pukllamuchkanku. Utqayman mikuy, rantipakuq rinaykipaq.

—Ari. Mamay. Imaynampitaq llalliruwam umaki. Ñuqapas ninaynam kara. Rantipakuq rinaypaq.

—Sunquymi hukyay kachkan. Kunam tutam musquykurusqani llumpay llumpay manchakuyllapaqta. Wañuymi chayaramusqa kay llaqtanchikman. Ñuqapas wañurusqanim.

—Chaychiki sunquykiqa hukyay kachkan. Mamallay. Chay unquyqa llapan suyu llaqtakunamannam chayachkan. Runa masillanchikmi apachkan makimpi, simin ukupi. Uqu qinallas chay unquyqa qatarimun. Ukunchiksi ruparikun puramintichata, kunkas qarsikun. Samaynikis tapakun, iskay panay punchawmantas wañuruwaq.

—Imallaraq qamukuchkan. Allpachiki kunaqa mikuwasunchik llapa runakunantaqa. Kay unquyqa qamuchkan quchasapa runakunamanta. Taytanchik piñachisqanchikmanta. Qipa watakunata hinachiki qawarichiwasunchik. Ima muchuymanchiki yaykusunchik, runa qulluynachiki qamuchkan.

—Mamay, amañaya anchata manchachiwaychu.

—Riyna utqayman rantipakuq. Wawallay. kimsa pachaktan quchkayki, Kay qullqiwammi llapa imata rantipakamunki. Pichqa killapaq hina.

—Ari. Mamay. kusiskusisqa, rinka rinkaylla rini, Villa llaqtamanqa.

Villa llaqtaman chayaruptyimi. Runakunanaqa llapa imata qichunakuchkasqaku. Chayta qawaspaymi ñuqapas manchakustin rinka rinkaylla rini, rantina wasiman. Qinaspaymi tapuyta qallaykuni. Arroz, azúcar, aceitunmanta. Chay rantikuq warmiqa niwan:— huk kilu arroz kachkan pichqa soles, azúcar kachkan tawa soles, aceite winku kachkan chunka soles, pichqa winkuqa kachkan pichqa chuka solesniyuq. Chaynata niykullawaptinmi utqayllaman sunquy llakirun. Yaqallam waqarunipas. Wiqiytapas ñawiypunkullamantam kutirachini, pingakuyllamanta. Kunanqa imatataq ruwaykusaq, ¿Kutisay wasiyman? ¿Rantisaychu? ¿Icha, mamaymanchu willaq risaq? Nispaymi tapukuni. Hinaspaymi uraymam, qanayman purikachani, llaki llakisqa. Chayna kachkaptiyimi, parapas pararamun, chikchintin qunqaymanta. Llantukuq runakunapas rimaytan qallaykamun, — Chay unquy corona virusqa chayaramunñas Lima llaqtaman, pichqa runanas wañurun. Chayta uyarispaymi, luku lukullana yapamanta rini, rantina wasiman, rantiq

—Ipay, amaquina kaspayki, rantikuykuway: arroz, azúcar aceity, widiwsnikita...

—¿Imatawan?

—Ipay, chaykunallata, manam qullqiy aypanchu. Pay huk punchawkama.

Chaykunata rantiruspallaymi, kutini wasiyman. Llakiyta apaspay. Mamayta makallaspaymi waqaruni llunpa llunpayta, mamaymi wiqiyta pichawan uña wawatahina. Uña sullkaykunapas qawawanmi uña pisquchakuna hina.

puede enfermarse de preocupación.

—Madre mía. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy sentada en el comedor. Tu comida ya se enfrió. Duermes hasta esta hora. Te comportas como un ocioso.

—Madre. No soy un ocioso. ¿Dónde están mis hermanos menores?

—Ellos ya terminaron de comer, ellos ya están jugando. Come rápidamente, para que vayas hacer las compras.

—Sí. Madre. Me ganaste la idea. Yo también iba a decir lo mismo. Que iba ir hacer las compras.

- Mi corazón presiente algo. Esta noche soñé cosas espantosas. A nuestro pueblo había llegado la muerte. Yo también había muerto.

—Por eso tu corazón está diferente. Esa enfermedad está llegando a todos los países. Las personas mismas están portando en sus manos y en el interior de su boca. Esa enfermedad aparece como una tos. Nuestro interior tiene intensa fiebre. Se seca la garganta. Se tapa nuestra respiración, luego de dos semanas uno puede morir.

—Qué mal estará viniendo. La tierra nos devorará a la gente. Este mal viene por el pecado de mucha gente. Por haber dado iras a dios. Nos castigará como en los tiempos antiguos. Qué delitos pagaremos, estará viniendo el tiempo de extinción de la humanidad.

—Madre, ya no me des más sustos.

—Anda rápido a hacer las compras. Hijo te estoy dando trescientos soles, con este dinero comprarás todo lo que necesitaremos. Suficiente para cinco meses. - Sí. Madre. Alegremente, llegué corriendo, al pueblo de Villa.

Cuando llegué al pueblo de Villa, las personas

estaban quitándose de todo. Viendo eso, también voy corriendo y con miedo, a las tiendas de venta. Empecé a preguntar. Sobre el arroz, azúcar y de los aceites. La vendedora me dijo: un kilo de arroz cuesta cinco soles, el azúcar es cuatro soles, el litro de aceite cuesta diez soles, en cinco litros son cincuenta soles. Cuando me dijo de esa manera mi corazón se puso triste. Casi me pongo a llorar. Mis llantos los controlé en la puerta de mis ojos, por vergüenza a la gente. Ahora qué haré, ¿Vuelvo a mi casa? ¿Hago las compras? ¿quizá, voy a avisar a mi madre? Diciendo me cubro. Luego camino hacia abajo y hacia arriba, muy preocupado. Cuando estuve de esa manera, llegó la lluvia, con granizo inesperadamente. Las personas que se guarecían empezaron a hablar, esa enfermedad de coronavirus dicen que ya llegó a Lima, dicen que ya murieron cinco personas. Al oír eso, vuelvo desesperadamente, hacia las casas de ventas, a comprar.

—Por favor, véndeme el arroz, azúcar, aceite y los fideos.

—¿Qué más necesitas?

—Gracias, solo estas cosas, no me alcanza para más el dinero. Gracias, hasta otro día. Con esas compras retorné a mi casa. Llevando mi pena. Buscando a mi madre lloré mucho, mi madre limpió mis llantos como de un niño. Mis pequeños hermanos me miraban como si fuesen unos polluelos.

—Ya no llores, me dijo. Llorarás cuando yo muera. Hijo mío junto con tus cuatro hermanos menores.

—Sí, perdóname madre.

—¿Por qué compraste tan pocas cosas?

—Madre. Las cosas comestibles ya no hay en las tiendas. La gente compró todas, también cuestan muy caro, el dinero que llevé no alcanzó. Por eso compré hasta donde me alcanzó el dinero.

—Amañaya waqaychu, waway. Ñuqa wañuruptiynan waqanki. kay tawa sullkachaykikunawan kuska.

—Ari, mamay pampachaykullaway.

—¿Imaynampitaq kaychallataqa rantiramunki?

—Mamay. Llapa mikuykunaqa manañan kanñachu rantina wasipiqa. Llapa runakunam rantirusqa llapachanta, hinaspapas achka achka qullqin kachkan, chay qullqi apasqayqa manan aypamunchu.

—Kunanqa imataya mikuykusunchi.

Llarqaymantachiki wañurusunchik.

—Mamay. Manam wañusunchikchu, ni chay unquywan, ni llarqaymatapas,

Mamay chaynata niptinmi. Taytayta yuyarini, wiqi ñawiywan. Kay qipa wasipi. —taytay qam kaypi kaptikiqa allinmi kachkachuwan. Imaynampi wañukuranki, ay taytallay kunan mañakuyki llapaykuta pusarikuwayku, maypi kasqaykimanpas, ama hina kaspayki. Taytallay. Nispaymi taytayta mañakuni. Lucho, José, Doris, Carlos. Uña sullkaykunapas tapuwanmi ¿Maytan ripukun papayninchik nispa? Chaymi anchata llakikuni. Kunampas taytachatam mañakuni, chay unquy mana kay llaqtaman chayamunampaq.

Kimsa killanam, wichqasqa kachkaniku. Chay presidente kamachikuq cuarentina nisqamnata. Llapa ayllukunamantapas huk qari, huk warmillan llusichkanku, ima rantiqpas. Ñuqapas sapallaymi lluksini aylluymanta, rantipakuq. Villa llaqtaman

Wayrawasimantapas, nimunmi runakuna, imayna makinchikta aywinanchikpaq, (huk ñiqin nin makiykita achka yakuwan uhuchay, Iskay ñiqin nin, chaymanta makiykita kay jabón nisqanwam qaqukuy pusuqunakama,

rukanaykikunatapas. Kimsa ñiqin nin, makiykita qaqukuy iskay chunka ñiqinnisqankama, chuyay chuyaykanakama. Tawa ñiqin nin, makiykita chakiy chakiyta qaqukuy latapachawan, hinaspa wischuy, utaq kañaykuy).chayta uyarispaymi ñuqapas makiytaqa aywikuni chuyay chuyayta. Uña sullkaykunatapas yachachinin chuyay chuyay aywikunankupaq, mamayniytapas yachachinim. Simi tapakutapas rantini, mamaypaq, uña sullkaykunapaqpas.

Chaskachay punchawpin kachkaniku. llapayku allinlla. Mama killapas sumaqllatan kanchiykamun. Mamapachapas mikuytaqa quwachkankun allin kawsakunaykupaq. Mikuykunapas kunan wataqa allintatan puquykamun. Llapa runakunapas kay llaqtaypiqa allinllam kachkanku, manam pipas unqunraqchu.

Chaymi qawanata qawani, chaypin huk periodista runa nimun, Perú suyunchikpi iskay chunka waranqañam wañurun. Chayta qawaptiyimi llapa ima umayman chayamun. Huknikunapiqa kusionisqa kani, mamaywan, sullkaykunawan pukllakuniku. Mamaypas kusiskusionisqam qawawanku.

Chayna kusionisqa kachkaptiykun. Qunqaymanta, punkuta takaykaramun

—¿Pillan? Nispa nin mamallayqa

—Ñuqallaymi kani, mama Isidora.

—Yaykukamuy tayta Antonio ¿Imaynallataq kachkanki? Kaychika watamantañaqa kutimuchkanki, Lima llaqtamanta.

—Ariya. Mama Isidora. Ñuqallayqa allinllam kachkani. Kay unquy rikuriramuptinmi ripumuraniku Lima llaqtamanta, llapa aylluyniywan. Kayqaya chayaramuniku allimilla.

—¿Ahora qué comeremos? Moriremos de hambre.

- No moriremos, ni con esa enfermedad, tampoco de hambre, madre. Mientras dije a mi madre. Recordé a mi padre con llantos en mis ojos. Si estuvieras en estos últimos años, padre mío, las cosas estarían mejor. ¿Por qué te moriste? Ay, padre mío, ahora te pido, llévanos a todos hasta donde estés, por favor, padre mío. Así recordé a mi padre. Lucho, José, Doris, Carlos. Mis hermanos menores nos preguntan, ¿a dónde se fue mi padre? Por eso tengo tanta pena. Ahora mismo pido a Dios para que esa enfermedad no llegue a este pueblo.

Estamos encerrados desde hace tres meses por la cuarentena que ordenó el presidente. Mis familiares salen, una vez un varón y otra vez una mujer, para hacer las compras. También salgo solo por parte de mi familia, para hacer las compras al pueblo de Villa. Por la radio informan para que las personas aprendamos a lavarnos las manos (primero dice mojarse las manos con abundante agua; segundo, enjabonar la mano hasta que haya abundante espuma, también los dedos; tercero, frotar las manos durante veinte minutos, hasta que estén bien limpias; cuarto, secar las manos con un papel toalla, luego arrojar a la basura o quemarlo). Al escuchar esos mensajes yo también lavo mis manos hasta que estén muy limpias. Enseño a mis hermanos menores para que se laven correctamente, también enseño a mi madre. Compré también los cubrebocas, para mi madre, para mis hermanos menores. Estamos en el día viernes. Todos estamos bien. La luna alumbraba en su plenitud. La madre tierra nos proporciona buenos alimentos que nos dan buena vida, este año hubo buena producción. En este pueblo toda la gente está bien, aún nadie se ha enfermado. Miro la televisión, habla un periodista, en nuestro

Perú ya hay veinte mil muertos dice. Cuando vi eso a mi mente llagaron todas las imágenes. Por otro lado estoy contento, jugamos con mi madre y mis hermanos. Mi madre nos miraba con alegría. Cuando estábamos contentos. De sorpresa alguien tocó la puerta.

—¿Quién es? Dijo mi querida madre.

—Soy yo, señora Isidora.

—Ingrese usted, señor Antonio. ¿Cómo está usted? Está volviendo después de tanto tiempo. De la ciudad de Lima.

—Así es, señora Isidora. Yo estoy bien nomás. Con la aparición de esta enfermedad me vine desde Lima, junto con mi familia. Hemos llegado aquí muy bien. Véndeme papa, por favor.

—Hijo, trae las papas, están dentro de la casa.

—Sí madre.

—Mama Isidora, tu hijo ya está grande.

—Así es, solo él me ayuda en la chacra, en la casa, también trabajando en otras cosas.

—¿Cuánto tengo que pagarle, señora Isidora?

—Llévese nomás. En nuestro pueblo hubo buena producción de alimentos.

—Gracias. Hasta otro día, señora Isidora.

—Que estés bien, señor Antonio.

Luego de tres semanas mi madre empezó a enfermarse sin motivo. Le dio la gripe, dolor de cabeza, tos y fiebre. Luego se echó en su cama. Ya no se levantó de ahí. Fui a buscar medicina, encargué a mis hermanos menores para que cuiden a nuestra madre, si pide agua le alcanzan agua tibia les dije. Yo debo salir a buscar medicina, para nuestra madre. Cuando salí al exterior de la casa mucha gente estaba llorando.

—¿De qué están llorando?, pregunté a don Alfonso.

—Manuelito, ¿acaso no te enteraste? Se murió don Antonio, también se murieron toda su familia en su casa.

—¿Don Antonio?

Papaykitaya rantikuykuway, ama qina kaspayki.

—Waway, aparamuy chay papakunata. Uku wasipin kachkan.

—Ari mamay.

—Mama Isidora wawaykipas hatunña kasqa.

—Ari. Payllan yanapawan chakrapi, wasipi, imachapipas llamkapakamuspan.

—¿Haykataq mama Isidora?

—Apakuyqinalla. Kay llaqtanchipiqa sumaq sumaqmi ima mikuypas qispurun.

—Pay. Huk punchawkama mama Isidora.

—Qamlla allinlla, tayta Antonio.

Kimasa panas punchawman puririchkaptiykun.

Mamay qunqaymanta unquyta gallaykurun.

Chulli, umananay uqu, rupariy qapirun.

Qinaspanmi kawituman wischukuykun.

Chaymantaqa mana qatarinñapaschu. Qampi maskay rinaypaqmi, uña sullcaykunata nini.—

mamanchiktam qawachkankichik, yakuta mañakuptinmi huni yakuta qaywaykunkichik.

Ñuqaqa lluksichkani qampi maskaqmi, mamanchikpaq. Qawata llusiruptiyimi llapa runakunaqa waqachkasqaku.

—Imaynanpitaq qankunaqa waqachkankichik.

Nispaymi tapuni tayta Alfonsuta

—Manuelcha, manachu qamqa yachanki. Tayta Antonio, wañukusqanta, llapa aylluntinmi wañurusqa wasimpi.

—¿Tayta Antonio?

—Ari. Pay puni. Lliw comunero masinchikunapas unquytan gallakuykunku. Imataya ruwaykusunchik. Tayta hatun kamachikuqmanpas willaramunikunan. Paypas luku lukullanan rin hampina wasiman, ichaya chay hampiq runata pusaramunman.

Mana imata nispaymi rinka rinkaylla siqakuykuni, eukaliptupa yuran pallaq, aqus

pallaq, miel nisqan maskaq. Chaypin yuyariruni tayta Antonio Lima llaqtamata qamusqanta.

Paymi aparamum kay unquy corona virusta, kay llaqtayman. Chayna kaptinqa rinkasaqya wasiyma. Mamachallaypas chay unquywanmi kachkan. Kunanqa imataya ruwaykusaq.

—Mamaaaaayyyyyy mamaaaaayyy. Allinlla kachkanki. Joséééé, Luchoooo, Doriiiiis, Carlooscha. Mamanchiqa imaynallam kachkan.

—Uku wasipin puñukuchkan. —nispa niwan sullcaykunaqa

—Mamaaaaayyy!!!!!! Mamaaaaayyy!!!!!!

Mamay ama wañuychu, ama wañuychu mamay, kutimuy kutikamuy mamay, kaypin kachkaniku mamay. Llapaykum kachkaniku, mamay. Ama saqiwaykuchu, mamallay. Amahina kaspayki kutimuy, kutikamuy mamallay. Imatan kunan ruwaykusaqku. Mamallay.

Chay punchawmi mana mikuytapas tarinichu.

Uña sullkallaykunallamami mikuykachini.

Paykunapas llaki llakitam waqanku. Luchuchan tapuwan. —mamanchik puñuchkanchu?

Nispan. Chaynata niwaptinmi, makallaykuni, uyachampi muchaykuni. Ama waqaychu,

Luchu. Ama waqaychichu, Jose, Doris,

Carlos. Nispay nini. Makiywanmi wiqinta pichaykuni. — Kay llapin suyawankichik,

aman asuykunkichikchu mamanchikmanqa.

Kunallanmi kutiramusaq. Nispaymi runa maskaq pasani. Mamayta pampaysiwananpaq.

Wiqi ñawiywanmi tukuy ñanta rini. Chaypin qayakuni llapa runakunata, mamayniyta

pampaysiwananpaq. Manam pipas

llusqsimunchu. Tayta kamachikuqpa wasintapas rinin, paypas chay unquywanmi kachkasqa.

Chayna kaptinmi kutirimuni sapallay.

—Sí. Él mismo. Nuestros comuneros empezaron a enfermarse. ¿Qué haremos ahora? Ya hemos avisado a la máxima autoridad. También él se fue al hospital muy preocupado, esperamos que pueda traer a un médico.

Sin decir nada me fui corriendo a recoger el eucalipto, el ajo, busqué la miel. En ese momento recordé cuando llegó don Antonio desde Lima. Él es el que trajo la enfermedad de coronavirus a nuestro pueblo. Entonces debo correr a mi casa. Mi madre también está afectada por esa enfermedad. ¿Ahora qué voy a hacer?

—Madreeeee, madreeee. ¿Te sientes bien? José, Lucho, Doris, Carlitos. ¿Cómo está nuestra madre?

—Está durmiendo en el interior de la casa —me dijo Josecito.

—¡Madre! ¡Madre! Madre no te mueras, no te mueras madre, regresa, regresa madre, aquí estoy, no nos dejes a todos tus hijos, regresa, regresa no nos dejes, regresa por favor, madre mía regresa, ¿qué haremos ahora? Madre mía... Ese día no hallé ni comida, solo di de comer a mis pequeños hermanos. También ellos lloraron su inmensa pena. Lucho me preguntó, —¿Nuestra madre está dormida?—. Cuando me dijo eso lo abracé, lo besé en su mejilla. —No llores, Lucho. No lloren, José, Doris y Carlos—. Así les dije, les limpié sus llantos con mi mano. —Aquí mismo me esperan, no se acerquen a nuestra madre, ahora mismo regreso—. Así les dije y me fui a buscar a personas que me ayuden a enterrar a mi madre. Nadie quiso salir. Fui a la casa de la autoridad, también él estaba con la misma enfermedad, así que volví solo.

—José, Lucho, Carlos, Doris, ayúdenme a trasladar a nuestra madre, tenemos que enterrarla. No lloren. Desde ahora vivirán conmigo. No lloren—, diciendo eso la cubrí

con dos mantos. A mi querida madre. Así la trasladamos hasta el lugar del entierro. Llegamos y empezamos a cavar junto con mis menores hermanos. Terminamos de cavar muy cansados. Así enterramos a nuestra querida madre los cinco hijos. Como dijo mi madre, somos la comida de la tierra, retornamos a la tierra como las flores. Esa noche llovió demasiado, nunca había llovido tanto. Mirando esa lluvia pensé de esta manera: —los llantos de mi madre están lavando este mundo para que esté lindo—. Con ese pensamiento me dormí profundamente junto con mis hermanos menores.

Al día siguiente al levantarme miré este pueblo de Rumirayku, entonces nadie salió de sus casas, tampoco los niños. Con mis hermanos menores fuimos a ver a la gente, encontramos solo a niños, saltamos hacia ellos. También ellos nos contaron llorando sobre la muerte de sus padres. También yo, llorando, les consolé. — Todos juntos haremos que nuestro pueblo salga adelante—, les dije a estos niños sobrevivientes. De mil personas solo sesenta sobrevivimos. Por eso yo, el Manuelito, escribí este poema con todo mi corazón, para que nuestro pueblo esté bien, para que no seamos comida de la tierra.

¡Enfermedad!

Qué lindo estás agazapada en mi pueblo.

¿La muerte pintas y cantas alegre dentro de mi boca?

¿Matas a las personas y bailas en los platos dentro de las casas?

¿Bailas vestida de viento al entristecer el gran corazón de mi madre?

Te juntas con el calor en este día de muerte.

Hoy día las mariposas

que bailen batiendo sus alas, que canten,

para que la muerte no se coma a los niños en

—José, Lucho, Carlos, Doris, mamanchikta aparaysiwaychik, pamparamunachikpaq. Ama waqaychikchu. Kunanmantaqa ñuqawanmi yachasun. Ama waqaychikchu. Chaynata nispaymi iskay qatawan atuykuni, kuyay mamallayta. Hinaspa wantuniku pampana wasikama. Chayaruspaykun uchkuuya qallaykuniku uña sullcaykunawan. Pisipay pisipaymi uchkutapas uchkuruniku. Hinaspa mamallaytaqa pamparuniku, pichqayku.

Mamaypa nisqanpi qinapas allpapa mikuyninmi kasqanchik. Allpamanmi kutiykunchik wayta qinapas. Chay tutan parakaykamun llumpa llumpayta, mana puni parasqanta hina. Chay parata qawaspaymi umanchani kaynata nispay. – mamallaypa wiqillanmi taqsamuchkan kay llapa pachakunata sumaq sumaq kanampaq. Chaynata nispaymi puñurusqani, una sullkachaykunawan.

Paqarintiman qatarispaymi qawani, kay Rumiryaku llaqtayta. Manam ima runapas llusqsimunchu, ni uchuy warmakunapas. Chaymi uña sullkachaykunawan ñanninta riniku, runa maskaq, chaypin uña warmakunallata tariramuraniku. Paykunapas waqastinmi kachkasqaku, taytan wañuruptin. Chaymi ñuqapas waqastin nini, ama waqaychikchu. Llapallamchikmi kay llaqtanchikta puntaman puririchisun, nispay nini kawsaq warmakunata. Kay waranqa runamanta. Suqta chunka runachallana kawsarusqaniku. Chaymi ñuqa Manuelcha qillqaykuni kay harawita, tukuy sunquywan. Kay llaqtayta allinmam puririchinaypaq. Ama ñuqaykupas allpapa mikuyniqa kasaqkuchu.

¡Unquy!

Ima sumaqmi laqarayanki llaqtaypi.
Wañuyta, llimpispachun kusionqallana takinki simiy ukupi.

Runata sipispachun tusunki matikunapi
wasikunapi.

Icha mamaypa hatun sunqunta llakichispachu tusunki
wayrawan pachakuykuspa
rupaywan kuskanchakuykuspa,
kay wañuy puchawpi.

Kunan punchawya pillpintukuna raprarispa tusunchun,

takichun,
ama wañuy wawakunata mikunampaq
kay chiripi

qasapi

lastapi

ñankunapi

parapi...

¿Mana ima kaptinchum sisarinki Sillkaw qina?

Ama niwaychu imatapas qasilla tiyay chay punkupi wawakuna mikunakama hinaspaya ripuy wayrantin qasantin wañuy punchawkama.

Ima sumaqmi laqarayanki llaqtaypi wañuy. ◀

este frío
en la helada
en la nieve
en los caminos
en la lluvia...
¿Al ver que hay carencias floreces
como el abrojo?
No me digas nada
siéntate quieta en la puerta
mientras comen los niños
luego aléjate junto con el viento y la helada
hasta el día de la muerte.
Qué lindo estás agazapada en mi pueblo. ◀



Este milagro no es mío **Fotografías de Wilder Limay Incil**



Resiliencia: La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas.

En la coyuntura actual, la realidad peruana viene atravesando no solo la emergencia sanitaria, sino que a esta catástrofe se suman las innumerables denuncias por casos de violencia sexual contra la mujer. El Perú se ha convertido en un territorio en donde cada dos horas un niño es violentado. Nuestro país condenó a pena de muerte tres casos de violaciones a niños. En 1970 es fusilado en Cajamarca Udilberto Vásquez, tras ser acusado de violar y descuartizar a una niña de 11 años en la provincia de Chota. En la actualidad, curiosamente, Udilberto ha trascendido su ejecución consolidándose como un santo popular debido a que no se habría llegado a determinar verazmente su culpa, finalmente este declaró que fue su hermano quién habría sido el culpable, pero decidió autoculparse para salvarle la vida. En el imaginario de algunas familias cajamarquinas este “santo” se ha convertido en la esperanza mesiánica ante la fatalidad del virus COVID 19, rezos, promesas y regalos se le otorgan a cambio de bienestar y salud, rezos que ocultan la escabrosa historia de la muerte de aquella niña, una historia y memoria que fueron invisibilizadas para crear un cuerpo de fe en la figura de Udilberto. Este caso delata y se asemeja a un sacrificio macabro a cambio de una salvación. ¿Es posible validar esto como una transacción? ¿El bienestar de mi cuerpo puede construirse sobre el olvido de la memoria de los cuerpos martirizados?

Este proyecto plantea al ser humano como un rumiante de otro y de sí mismo, en el sentido de que extraemos selectivamente lo que necesitamos del otro, es decir, lo que creemos que necesita nuestro cuerpo para completarse día a día, para mantenerse en un estadio orgánico y configurarse en una estructura morfológica y espiritualmente idealizada. El proyecto utiliza excremento de res, materia ya rumiada, ya extraída, que ya completó un cuerpo. Este contiene restos de clorofila que han pasado por un proceso digestivo y adquirido una consistencia fotosensible al haber sido separadas de sus estructuras vegetales (cloroplastos). Estas heces se convierten entonces en soportes fotosensibles, la clorofila ha sido foto-sensibilizada en un acto de rumia, y son el elemento básico para configurar y dar existencia a la memoria de cuerpos rumiados, invisibilizados, evaporados. El proceso digestivo de la res es entonces el símbolo del consumismo interesado de los cuerpos hacia otros cuerpos. El acto de revelar fotografías en estas superficies, es también un acto de adaptarse a los cambios, a echar mano de lo último para sobrevivir. Mi acto resiliente es un acto por reforestar la vida visibilizando cuerpos anónimos. cuerpos destruidos por el virus y por la indiferencia. Cabe mencionar que esta técnica no utiliza químicos y tintes, la imagen se forma por insolación, por el desgaste de clorofila.

TRABAJADORES ESENCIALES



Uno de los cambios más visibles que trajo la pandemia fueron las cuarentenas, que mantuvieron encerradas a millones de personas y familias en todo el territorio peruano, y en todo el planeta. Sin embargo, para los trabajadores de la salud, de la limpieza, de la seguridad y algunos otros campos, el trabajo presencial no se detuvo sino que, al contrario, devino esencial, recordándonos que algunos oficios, como la limpieza de las calles y el recojo de basura, que en la vida cotidiana muchas veces nos parecen invisibles o poco importantes, son en realidad fundamentales para el funcionamiento de la sociedad.

Esta sección explora el trabajo de trabajadores de limpieza, recicladores, trabajadores de la salud, policías, maestros y estudiantes, y a través de sus historias personales y sus representaciones, nos reubica en el presente de la pandemia. Se ilustra, por ejemplo, a los trabajadores esenciales con alas e iconografía prehispánica, conectando su labor con nuestro pasado milenario, enraizando ese trabajo y a sus trabajadores con nuestra cultura ancestral. Se evidencia el dolor, el miedo y el sacrificio de los trabajadores de la salud,

quienes están en permanente exposición a un virus que conocen mejor que el resto de nosotros. Acompañamos a maestros y a estudiantes, y en la textura de las historias vamos descubriendo que la pandemia golpea al país también en su interseccionalidad. Que no es lo mismo vivir en las ciudades que en el campo, ser hombre que ser mujer, ser adulto que ser niño, pero en el aprendizaje de convivir con este virus, acompañamos y aprendemos también de la esperanza y las ganas de aprender y mejorar de los estudiantes que le escriben al maestro enfermo, dándole su cariño, su respeto y esperando que regrese para continuar, para superar juntos los retos impuestos por la enfermedad.



Los ángeles

Ilustración de Saúl E. Ponce Valdivia

He realizado esta ilustración inspirado en los barrenderos y barrenderas de las calles, quienes, en su labor humilde, han demostrado su verdadero valor como actores de la sociedad. Ellos, para mí, tienen un simbolismo muy humano, pues, por su condición laboral, se entiende que vienen de hogares modestos y con oportunidades de desarrollo limitadas, muchas veces maltratados por la sociedad, pero ante un estado de emergencia, y a pesar de los altos riesgos, están presentes en primera fila sirviendo a todo el país. Hago un tratamiento simbólico de estos personajes alegando a la presencia de ángeles, quienes liberan nuestro entorno, nuestra casa, de la enfermedad, de la muerte.

La inspiración gráfica de la anatomía humana proviene de algunos cerámicos pre Inca. Lo Moche también está presente en la grafía a manera de sello. Finalmente, inserté una ligera idea de la Escuela Cusqueña para decodificar las alas.

Mi trabajo personal consiste en interpretar las figuras de manera sustancial, usando lo menos posible, solo lo imprescindible en forma y color. En este caso, trabajé formas vectoriales planas en cromatismos rojos y tierras, para hallar un lenguaje de color contemporáneo pero con una identidad no colonizada, muy del peruano nato desde sus orígenes. Es para mí indispensable plasmar la identidad peruana desde las épocas antiguas, con una línea gráfica muy personal alejada de ciertos cánones populares y del mercado masivo. Creo firmemente que la ilustración, más allá de ser una técnica artística, es un medio comunicativo, educativo y reflexivo.



Línea recta

Ilustración de Luz María del Rosario Alcarraz Riera

Cuando no queda nada más que una línea recta, sinónimo que es el final, una vida más, ¿cuántos más han de ser?

El pánico y el dolor se apoderan de los compañeros de trabajo, un médico se adelantó, la doctora no da cabida a lo que ven sus ojos: una línea recta, y el marcador en 00/S (cero pulsaciones por segundo) el doctor se resigna mientras una enfermera cubre el rostro del colega con la sábana blanca.

La técnica se concentra en desconectar el suero que aún le mantenía vivo. Olvidan el distanciamiento, el dolor es más fuerte, los colegas se unen en un fuerte abrazo ocultando sus rostros de dolor, se sumen en llanto y desesperación, y se preguntan en silencio: ¿Quién será el siguiente?

Una pandemia que nadie esperó pero que, sin duda, nos lleva a todos en línea recta, solo queda vivir con intensidad y cuidado antes que esta línea nos alcance.





Anónimos I, II, III
Fotografía de Denis Mayhua Coaquira

En Arequipa, los sectores de limpieza pública de las municipalidades no han dejado de trabajar durante el estado de emergencia, decretado en marzo por el gobierno. Ellos también están en la primera línea de la lucha contra la pandemia, pero sus ingresos apenas llegan a los 1,500 soles y no han recibido bono alguno del Estado, no obstante, siguen arriesgando su salud para mantener las calles limpias.

Personal con traje blanco, escobas, agua y desinfectantes enfrentan una batalla contra el coronavirus en Arequipa. En la ciudad blanca se detectaron varias zonas como principales focos de contagio de COVID 19. La población infectada asciende a más de 80 mil casos positivos. Para enfrentar este avance los distintos sectores de limpieza de Arequipa participaron en distintas jornadas preventivas y de desinfección de los lugares más concurridos por la población.

El objetivo es evitar el avance y contagio de COVID19, tratando de mantener las calles limpias en una lucha silenciosa y anónima que enfrenta diariamente el sector de limpieza.

Las municipalidades, a través de sus alcaldes, son las principales responsables de velar por la seguridad de este sector laboral; sin embargo, no les entregan equipos de bioseguridad, con la excusa de que no tienen presupuesto.

Actualmente se han registrado que hay más de 250 trabajadores municipales con COVID 19 y 6 fallecidos a causa del virus. Además, siguen sin recibir la atención de sus empleadores. Por ello, muchas veces se han visto obligados a paralizar sus actividades para realizar plantones con la finalidad de que los alcaldes les brinden los insumos necesarios para seguir trabajando.

Así mismo varios municipios se vieron obligados a reducir el servicio de limpieza por la falta de personal que iba enfermándose a causa del nuevo coronavirus. Uno de los distritos más golpeados en Arequipa fue el de Paucarpata, quedando semanas sin el sistema de recojo de basura y dejando a la población vulnerable.

La noche anterior

Cuento de Yero Chuquicaña Saldaña

La bomba *Hudson* pesaba unos veinte kilos y llevaba un tiempo en el almacén acumulando polvo. El obrero a cargo de capacitarla le acercó el equipo y le pidió que se lo probara. La muchacha metió los brazos en los tirantes de la bomba y dejó caer el peso del artefacto tras su espalda. Ahora intentaba mantener el equilibrio.

Puedes sola, ¿verdad?, dijo el hombre con suspicacia, la llené con agua. Ella afirmó con la cabeza mientras daba pasos largos hacia adelante y atrás, pretendiendo que no llevaba el equipo encima. Pero, en realidad, el traste le dañaba los músculos de la espalda.

Ahora libera la manija del tanque y dirige la boquilla de la vara hacia el objetivo, dijo el obrero, señalando un neumático tendido en medio del patio. Y presiona el gatillo de la pistola, ese de ahí, pero con fuerza. Verás cómo se pulveriza el líquido mientras haces presión. La joven disparó hacia la rueda de goma y empapó todo su contorno perfectamente.

Muy bien, dijo el hombre. Ahora imagina que la llanta es el cadáver. La boca, la nariz y los ojos del finado: debes cubrir esas áreas bien para el doctor, que pasará a revisar el cuerpo después de ti. Los operarios se ocuparán de retirarlo al final.

El instructor agregó que, al concluir una diligencia, tendría que pintar a cada miembro del equipo. Los situaría de pie con los brazos extendidos y esparciría el desinfectante en ambos lados de sus trajes. Él lo llamaba una *pintada exprés*.

Jamás olvides las suelas de las botas, enfatizó el obrero, o podrían llevarse el virus de yapa. Después volvieron al almacén y prepararon una solución consistente en agua y lejía en un cubo de plástico. Eran los primeros días de la crisis. Nadie sabía con certeza cómo desinfectar

correctamente los cuerpos y sus entornos, pero el agua con lejía tenía un efecto positivo, aunque no óptimo.

Se valieron de un embudo para llenar el tanque de la bomba, y sobró suficiente líquido para llenar un bidón.

La lejía con agua tiene un olor fuertecito, comentó el instructor mientras ambos trasladaban la bomba y el bidón hacía la batea de una camioneta, pero con la máscara apenas lo vas a sentir.

La muchacha asintió otra vez y luego aguardó en silencio. El obrero cerró la compuerta trasera del vehículo y sentenció que eso era todo. La capacitación había concluido. Con la suerte de su lado, aprendería el resto en el campo de acción.

¿Y cuál es tu causa?, preguntó el hombre de pronto.

¿Mi causa, señor?

El obrero miró fijamente a la joven y le pareció que no había comprendido la magnitud de su interrogante. Intentó ser más específico:

¿Por qué te uniste?, el instructor había adoptado una postura paternal. Digo, apenas puedes cargar la bomba y las condiciones de trabajo no serán las mejores. No quiero decir que no puedas con las tareas que se te encomendaron solo porque eres la única mujer del equipo, porque lo eres. ¿Pero hay algún motivo en especial? Puedes sincerarte conmigo.

La muchacha miró alrededor del patio con el rostro impávido. Hizo ruido al exhalar el aire que contenía en los pulmones y fue muy terminante al abrir la boca para contestar: Solo quiero ayudar.

Se trataba de una casita con las ventanas tapiadas de hule y el techo superpuesto de calaminas oxidadas en Ciudad Blanca. Estaba apartada de los demás lotes en aquel

vecindario pobre, asentada de forma solitaria en un extremo empinado y rocoso, donde la luz ámbar del poste de alumbrado solo alcanzaba a darle caricias. La camioneta y la *van* fúnebre se habían aparcado a unos quince metros de la casa en cuestión, ya que el camino irregular y angosto les impedía avanzar. Y los vecinos se habían apostado en sus puertas; mascullaban, chiflaban y algunos invocaban el nombre del Señor con los barbijos en los rostros. Los perros, en sus patios y techos, habían enloquecido en cuanto notaron la presencia de los extraños; enfurecieron más cuando el chofer apagó el motor y el doctor y la técnica de desinfección bajaron de la camioneta.

La *van* también detuvo su marcha. En su interior, los operarios se arrellanaron en sus asientos, expectantes.

Había un patrullero de policía estacionado del otro lado de la calle. Un par de oficiales establecieron un perímetro cuando los vecinos empezaron a acercarse, entre paso y paso, para no perderse nada. Un tercer agente, el que estaba al mando, se acercó al doctor con cierta cortedad y lo puso al tanto. El oficial regresó luego con sus colegas, más sereno y aflojado, como cuando uno se quita

un peso de encima. Ahora era problema del equipo humanitario. Tenemos una mujer. Recicladora. Sesenta años, más o menos. Posible demencia senil.

El doctor dictaba los pormenores del caso a la técnica mientras esta se calzaba el traje de seguridad desechable.

Sin parientes ni conocidos. Los vecinos le dejaban algo de comer a veces y otras veces no. Lleva un par de semanas sin ser vista. Asumo que tiene el mismo tiempo muerta si falleció adentro. Los polis ya forzaron la chapa, tú entra nomás y apóyate con la linterna.

¿La tratamos como sospechosa?, preguntó la técnica, embutiendo los dedos de una mano en un guante de látex.

No lo creo, dijo el doctor mientras sacaba el teléfono móvil de su bolsillo, pero fíjate bien en la escena, la posición del cuerpo, las cosas alrededor, para cargarla de una vez nomás... ¡Aló! Dígame, doctora...

El hombre se apartó para contestar.

La técnica ajustó la máscara respiradora alrededor de su cabeza y luego se colocó las gafas de protección. Levantó la bomba *Hudson* de la batea de la camioneta y se la colgó en la espalda.

Ahora se había concentrado un silencio inesperado alrededor de la muchacha. Incluso los perros habían callado de un momento a otro, a medida que se acercaba a la vivienda al final del vecindario. Al llegar a la entrada, vio que la puerta de lata y cartón estaba entreabierta. Y el interior estaba más oscuro que la misma noche. Encendió la linterna y se abrió paso alumbrando primero sus pies.

El silencio se hizo más subterráneo a cada segundo y ahora podía oír su respiración dentro de la máscara, fuerte y apresurada. La luz de la linterna develaba objetos corrompidos: cajas de madera para fruta, sacos de rafia con botellas plásticas estrujadas, periódicos amarillentos de años (o tal vez, décadas) anteriores. Un olor a orina con heces de gato se filtró en la máscara al situarse al medio de aquella primera estancia; el cuarto que buscaba estaba al fondo, cruzando aquel pequeño basurero.

La joven pensó que el hedor del cadáver putrefacto la golpearía primero, no la orina. Aunque, sin duda, alguien había pasado sus últimos días allí. Podía percibirlo por la carga en el ambiente. Comenzó a disparar el

desinfectante de la bomba para sentirse más segura. El olor a lejía comenzó a calar fuerte también, colándose a través de la respiradora. Y ahora esos gatos que la observaban desde sus escondites habían salido para darle un susto de muerte. Uno, muy blanco y espectral, cruzó por debajo de sus piernas con los pelos erizados y casi la derribó de la impresión. Los demás, dos o quizá tres, huyeron por la ventana cubierta de hule.

¿Y cómo te fue en tu primera noche?

El obrero y la muchacha se encontraban en el almacén preparando el desinfectante de la siguiente jornada. Vertieron agua y lejía en una cubeta y luego revolvieron la mezcla con una pequeña tabla. La joven llenó el tanque de la bomba y un bidón extra, como debería hacer cada tarde antes del horario nocturno.

Ella había intentado apartar aquel recuerdo desagradable de la noche anterior, aspirando la esencia de infusiones calientes cuando volvió a su hogar. Sin embargo, después de intercambiar algunas inquietudes y novedades con el instructor, la anécdota salió a relucir. La piel de la anciana se desprendió cuando le cayó la lejía, dijo la muchacha, pero muy rápido, como en las películas.

Lo estaba recordando todo en un pequeño estado de trance. El episodio de la recicladora muerta en soledad había regresado a su mente cuando volvió a oler el desinfectante. Y aunque charlar al respecto con alguien le había servido de ayuda, ya tenía las mucosas irritadas de nuevo. Los gatos también comenzaron a rondar dentro de su cabeza. Primero uno muy blanco y esquelético; después un grupo de dos o tres felinos alborotados, que se mimetizaba con la oscuridad.

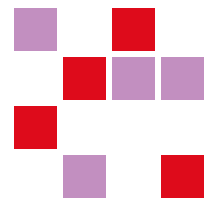
Suele pasar cuando el estado de descomposición

está muy avanzado, reflexionó el hombre. Pero ya me lo imagino, no debe ser bonito de ver. Me lo recuerda de inmediato, dijo la joven, cerrando la compuerta de la camioneta, el olor a lejía. Y desde entonces, relacionaría ese aroma con la muerte.

Pronto lo olvidarás.

No sé si pronto, repuso, ojalá.

Avanzaron hacia la salida en silencio. Aún era muy temprano para olvidar. ◀



GUARDIANES DEL MUNDO

Protectores de vidas



Guardianes del mundo protectores de vida **Ilustración de Luis Príncipe Castillejo**

Para mi trabajo he seleccionado, de entre los temas propuestos, a los trabajadores esenciales. Y en específico he querido centrarme en el personal de salud, quienes han sido un equipo fundamental durante esta época. La ilustración muestra así, a modo de narrativa gráfica, diversos momentos por los que estos valerosos guardianes han estado viviendo durante esta pandemia, los que los han mostrado en su aspecto más valiente al estar en primera línea durante esta batalla contra el COVID 19. Tanto en Perú como en el resto del mundo, ellos dan la cara en la lucha. Corren contra el tiempo llevando las camillas con los pacientes. Se muestran como un batallón de guardianes que también ha sufrido pérdidas (Por ello, entre sus filas, también asoma una silueta que nos recuerda hasta dónde ha impactado esta batalla y lo cruel de su avance). Para mi propuesta he querido resaltar su misión de cuidar de los ciudadanos, sobre todo de los más vulnerables: de los adultos mayores, de los niños y de los recién nacidos. Valiéndome de diversas fotografías aparecidas en diversos medios durante el periodo de confinamiento y aún después, las que he retocado, alterado y trabajado de manera lineal y expresiva, he elaborado una especie de collage cuyas escenas guardan historias independientes. A través de mi ilustración intento ennoblecer y mostrar el heroísmo de médicos, doctores, enfermeros y todos los miembros de este necesario grupo humano y recordar cuán fundamental son para toda la sociedad.





Hay esperanza frente al COVID
Ilustración de Oscar Mamani Pochuanca

Los peruanos, a pesar de todas las grandes dificultades que ha generado el COVID 19, estamos tratando de sobresalir, aún existiendo la adversidad en contra, todos unidos desde el sector salud hasta educación todos nos estamos uniendo para poder salir de este problema, por ello el trabajo esta realizado con dibujo con esmalte sintético y acuarelas, usando materiales que están a la mano sin necesidad de tener muchos elementos sobre cartulina corriente, composición cerrada, el mensaje se precisa que en los sectores rurales las personas han tomado muchas previsiones para evitar que el contagio se expanda además de ello está demostrado que la agricultura y la vida con productos naturales es la única solución para posteriores problemas similares, el virus se ha expandido pero gracias al mensaje del presidente Martín Vizcarra, en la solución de la vacuna estamos convencidos y teniendo la esperanza. Técnica: Dibujo a esmalte sintético con acuarela de base.

Nakay kawayta yachakuy

Cuento de Frank Mamani Barrantes

Pusaq tuyunami, tsaytami pacha tupuqñii niman. Kay tuyuqa nuqa yupanatanami yachaykatsiman. Yachakuqñiikunata yachaykatsiman llapanpa kallpankunata shuntashqa yupaykashllanchaw hatunyachin shumaq kallpachakushqanyaq, mana pipis tsay kallpakunata qichunampaq ñuspayninchikpa qipanpa aywashqaq.

Hapallaa yachachikuqmi markachaw kaa, kananqa imayka rurayniipis mirakashqami Perú suyuupa ñuspayninta wiñachinapaq. Ñuqapa makiichawmi kaykan quyay quyay yachakuqñiikuna yachakunampaq, tsaypaqmi yachachikuq kaa. Ñuqa rikakayamanampaqmi kaa. Llapankunapa chakinta pushanaapaqmi kaa. Hapayninkunaqa yanapanqami suyunchik hatunyanampaq.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpa. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpa.

Pusaqwan pichqa tuyunami. Josafatpa

chakranmannami tsayraq charii, payqa qillqana maytunkunawanmi shuyaraykaman. Pisarata qurqurir yachachita qalaykuu. Qanyan simanalarq Josafatpa taytan wañurishqa. Taytanqa wilapitawan masarata suyuchaw rantikuq karqan. Taytanqa qishyata tsarirkush manami kurkunqa allapa takayta tsarikuyta qushtsu. Josafatqa musyanmi mana pishikayta mana qipakanampaq. Musyanmi taytampa ñuspaynin kashqanta, taytanqa munaq, churin hatun yachayyuq kananta. Musyanmi mana chakralachu kaway kashqanta. Payqa yachan nakaykunata yupayta yachaykunatapis. Kananqa mirachiyta yachakushqanchik, Josafatqa musyan taytampa ñuspaynin paywan shamushqanta tsaymi mirachinqa llapan kallpakunata.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpa. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpa.

Isqun tuyunami, Mariatanami rikaa, pishilla watanwan musyannami turin llapan markachaw takanakur puriqta. Turinga pulisiami quyay quyay yarqun qishyata upichinampaq. Mariaqa turii kallpayuqmi niman, ahcka kuti pakayllapa waqashqantapis nimanmi turinta tsaynaw rikar. Payqa wawqinkunata wañuqta rikash. Rikashqa llapan imanaw wañushqanta. Tirinpa warminpis tsay qishyawanmi kaykan, mantsan wañunanta. Shumaq mikushmi kayan tsaymi alli yarquyanqa. Yachakuqkunapis mana manchakuq kayta yachachimanchik. Mana pishikayta yachachimanchik. Nakaywan kawayta yachachimanchik.

Aprender a vivir sufriendo

Cuento de Frank Mamani Barrantes

Ya son las 8, eso me dice el que mide el tiempo. Estos días me están enseñando a contar. Mis estudiantes me están enseñando a juntar todas las fuerzas mientras están cuentan cómo llegarán a ser grandes con gran esfuerzo, para que nadie les arrebatase sus esfuerzos, y me enseñan que vayamos tras nuestros sueños. Soy el único maestro en el pueblo. Ahora han aumentado mis quehaceres para hacer crecer los sueños de nuestra patria. Todos los días, el aprendizaje de mis estudiantes está en mis manos, para eso soy maestro. Soy como su modelo, estoy para guiar sus pasos, y esos pasos ayudarán a engrandecer nuestras provincias. En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos.

Ya son las 8 y 5, y recién llego a la chacra de Josafat, él me estaba esperando con sus cuadernos. Ahora ubico mi pizarra y empiezo a enseñar. Recién hace una semana murió el padre de Josafat. Cuenta que su padre era vendedor en la provincia de Masarate. A su padre le agarró la enfermedad y su cuerpo no

pudo resistir mucho. Josafat sabe no descuidarse para no atrasarse. Conoce las aspiraciones de su padre, que quería que su hijo fuera un gran estudiante. Sabe que en la chacra no hay prosperidad. Conoce lo difícil que es aprender los números. Hoy hemos aprendido la operación de la multiplicación, Josafat conoce el sueño de su padre que ahora lo acompaña, por eso hará todos los esfuerzos posibles.

En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos. A las 9 veo ya a María, es infante pero ya sabe que en el pueblo su hermano anda en problemas. Su hermano es policía y sale todos los días para mitigar la pandemia. María me dice que su hermano tiene mucha energía. También me cuenta que ha lo visto llorando varias veces a escondidas. Él ha visto morir a sus hermanos. Ha visto como todos mueren. La mujer de su hermano también está con esa enfermedad, tiene miedo de morir. Si se ha alimentado bien entonces resistirá. Los docentes también nos enseñan a no tener miedo. Nos enseñan a no ser débiles. Nos enseñan a vivir con el sufrimiento.

En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos. A las 10 me está esperando Carlos. Él es el hijo único. Sus padres trabajan en el pueblo. Carlos no sabe que sus padres sufrieron los primeros días. Carlos no sabe que les quitaron

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpaq. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpaq.

Chunka tuyunami, Carlos shuyaraykaman. Paya hapallan churimi. Taytankuna markachaw aruyan. Carlos manami musyanchu taytankuna nakashqanta puntakaq punchawkunachaw. Carlos manami musyanchu taytankunapa rantikuyninkuna wichqashqanta. Carlos manami musyanchu taytankuna yapay qallaykushqanta kawayninchaw. Carlos manami musyanchu taytankuna wakin Peruanukunanaw kallpayuq kashqanta. Peruanukunaqa manami imawanpis yalichikunchichu. Mana manchakuqkunami kanchik, quyay quyay kawayninchikta ashik kanchik. Carlos tapuman ¿imanirtaq mana wasichaw quyakuu? Mana musyachu ima niytapis, atipachu yaskiyta.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpaq. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpaq.

Chunka hukniyuq tuyunami, Juliana mamanwan shuyaraaman wasinpa punkunchaw. Kanaqa waskatami qurquu tupuykunata yachachinapaq. Karu karu taaranata qallaykunchik tupuyta mana qishyawan tupananchipaq. Nirkur murush chakrakunata tupunchik. Tsay murushkunapita llapan markakuna mikuyan.

Llapan wamrakunachaw alli kaway rikayqa kushichikunmi. Achka ñuspaykunami kaykan ruranapaq. Mama pachanchichaw alli kaway kaykanraqmi. Juliana shumaq umayuq wamrami tsay markapita kan. Llapanchikmi markachaw payman yarakunchik imayllapis markanchikpa umalliqnin kanampaq, markata hatunyachinampaq.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpaq. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpaq.

Kanan manami Felicitanata rikaq aywashaqtsu. Ayllunmi puntakaq kay qishyawan qishyakaq kayarqan. Kay qishyaqa shuntakaachikuq rakichikuqmi. Shuntakaachikuq achkaqkuna ayllunkunawan achka patsata tarpayaanampaq. Rakichikuq qishyawan tupanata mantsakur. Felicita chiskalakaq llapan yachakuqniikunapita kashqa, markapa rikayninkuna trukashqanta yarparaykaa. Alli ñawiwani manami ayllunkunata rikayaqtsu, mantsakuylawan kawayninkuna antsapin markapa aywakaarish. Qanyan musyayashqantsi Felicitanawan taytan wañushqanta. Paqta chay wañuyqa washaakuyta yachachiyaamashqantsik, markantsikpa umalliqninkuna anyapayaamashqanchikta wiyakuyta.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpaq.

sus productos vendibles. Carlos no sabe que sus padres empezaron de nuevo. Que sus padres, como otros peruanos, hacen muchos esfuerzos. Los peruanos nunca se dejan de ganar por la adversidad. Hemos perdido el miedo, diariamente luchamos por la vida. Carlos me pregunta ¿por qué no tardas en la casa? No tengo qué decir, me esfuerzo en responder. En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos.

Ya es 10 días, Juliana con su madre me están esperando en su puerta. Hoy voy a sacar mi soga para enseñar a medir. Para estar a cierta distancia iniciaremos a medir para no contagiarnos de la enfermedad. Después mediremos los terrenos sembrados. De esos sembríos todos los pobladores se alimentan. En todos los pueblos los niños gozan de buena salud, eso me alegra. Hay muchos proyectos por hacer. En nuestra madre tierra todavía hay una buena convivencia. En este pueblo Juliana es la niña que tiene buen pensamiento. Todos en el pueblo confiamos en ella para que en algún momento sea dirigente del pueblo, para que nuestro pueblo progrese.

En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos.

Hoy no pude ir a visitar a Felícita. Mi familia

cayó también con esta enfermedad. Esta enfermedad es aisladora de la familia. En varias partes se separaron las familias y se juntan para que vivan un buen tiempo. Con el miedo del contagio. Felícita era una niña de las más graciosas de todos los estudiantes, estoy recordando los cambios que ha sufrido mi pueblo. A mis familias no veo con buenos ojos, cuando nuestra vida peligra de miedo se fueron a mi pueblo. Ayer nos enteramos que el padre de Felícita había muerto. Esa muerte nos ha enseñado a defendernos, los dirigentes de nuestro pueblo nos ha aconsejado a escucharlos.

En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos. Me falta visitar al último de mis alumnos. Su nombre es Ricardo. Cuando tenía 3 años le agarró una enfermedad que no le permitía moverse. De todos mis estudiantes es el más alegre. La docencia nos hace conocer muchas formas de vida. Desde niño él qué no ha sufrido, pero todos los problemas que se presentan los supera. Anda ayudándose con un bastón, así también está bien. Cuando está odiando la vida vuela. Se agarra de sus sueños cuando los días se le hacen más difíciles.

Nuestro maestro quiere esto. Para que enseñe a los demás a no dejarse ganar nunca como hombre.

En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre

Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpaq.

Qipakaq yachakuqniipa wasimparaqmi pishiykaman aywayta. Shutinga Ricardumi. Kimsa watayuq kaptin huk qishyata payman rikayaanq mana shumaq kuyuy kachapaqta. Payqa llapan yachakuqniikunapita kushi kushilla yachakuqniimi. Yachachikuq naw aruyqa achka niraq kawaykunatami riqichimanchik. Wamrallapita mana nakaypita qishpiq. Llapan nakay yuripaqqunata yalish. Huk tukruwan yanapakuylapa purin, nikarpis alli kaykan. Kaway chikikuykaptin paarin. Ñuspayninkunachaw tsarikun. Quayay quyay aywaqwan aruyninkuna mirakan. Yachachikuq kaytami munan. Wakinkunata yachachinampaq mana imaykawanpis yallichikuq tsay runa kayta munan.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpaq. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpaq.

Chawpi punchaw aywarishnami, nuqa wasiiman kutii. Esther warmii timpuykaq lawawan shuyaraaman. Churii Nicolas pilutanwan witipaman ratulla pukllarkachinapaq. Kanan kushichikuq aruy kashqa. Taytaa warashqanpita tsakahsqanyaq aruqta yarparaykaa. Mana imaypis paywan panpachaw pilutawan pukllayta pukllayashqatsu. Musyami pasaypa arushqanta, nuqanchik yachayyuq kananchikpaq. Kanan hunaqkunachawqa achka ayllukunami shuntakaayash. Achka taytakunami

wamrankuna wiñaqta rikaykaayan. Alli tayta, qusakaytapis yachakuraykan. Churii Nicolas wiñaqta rikaykaa. Paywan pukllaykaa. Aylluupaqqis pacha kanmi, paykunawanmi quyaashaq kawaynii ushakaykashqannaw.

—Alli punchaw, tayta Jovaldo.

—Alli punchaw, hampikuq hipash.

Hampina wasichawqa pasaypami karaykan. Hampikuqkunata rikaa qihyaqninkunapa kawayninta alliyachiyta. Wakinkunaqa puñuni karaykan, nakaywanmi ichikuyanpis. Winchilla nimaq hampikuq hipash manami wawanta rikantsu kay wichqakay qallaykushqanpita. Paynaw kikinkaq hampikuqpis ayllunkunata silularlapami rikan.

Carolina Sanchezmi tsay quyay quyay hampimanchiq hampikuq hipash kaykan. Willamash ayllumpaqa kallpayumi, wasimasinkunapanaqa manchakuy kaykan. Kikilaa tapukuu ¿imanirtaq ahanay kanchik?, ¿imanirtaq wawqinchikunata tantiyanichikchu? Kay tapuykunapaqa manami imaypis yaskinta tarishaqchu. Hukaqkaq puñuna wasichaw Susana kaykan. Paymi llapan hampikuna wasi chuyalla kanampaq kamakachin. Paqaspami quyay quyay pichananwan shamun. Pay mana kaptin ¿imanawraq kashwan?. Manchakaypaqmi quyay quyay kaynaw runakunata rikayqa Peruninchik huknaw kanampaq. Llapan punchaw waraptin tantiya mana hapalla kaykashqaata. Tantiya llapanchik karaykashqanchikta.

Katalami piliyanichik. Qanyan kawitu masiy, Ronal aywakush. Kushishmi aywakush. Ishkay chunka punchawpita tsayraq ayllunta rikanqapaq. Warminwan tinkuringa, ishkan

nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos.

Ya se fue el mediodía, vuelvo a mi casa. Esther, mi esposa, me espera con su sopa hirviendo. Mi hijo Nicolás se me acerca con su pelota para jugar un momentito. Hoy fue un trabajo satisfactorio. Me acuerdo que mi padre trabajaba desde que amanecía hasta que oscurecía. Con mi padre nunca he podido jugar en el campo con la pelota. Sabía que trabajaba demasiado, para que nosotros tuviéramos educación. Estos días muchas familias se han juntado. Muchos padres de familia ven crecer a sus hijos. Aprenden a ser buen padre, aprenden a ser buen esposo. Yo veo crecer a mi hijo Nicolás. Con él estoy jugando. Tengo tiempo también para mi familia, con ellos viviré mientras me dure la vida.

—Buen día señor Jovaldo.

—Buen día señorita enfermera.

En el hospital están por demás, veo a los enfermeros que están curando a sus pacientes. Algunos todavía están sin dormir, es difícil pararse. La señorita enfermera que me ha saludado no visita a sus hijos desde que empezó la pandemia. Igual que ella, el doctor solo se comunica con su familia por su celular.

Carolina Sánchez es la señorita enfermera que nos cura todos los días. Me cuenta que su familia tiene mucha energía, que entre vecinos hay mucho temor. Yo solo me pregunto ¿por qué somos tan tercos? ¿Por qué a nuestros hermanos no los orientamos? A estas preguntas nunca he encontrado una buena respuesta. En el otro dormitorio está Susana. Ella administra todo el hospital para que esté completamente en orden. En las noches viene todos los días

con su escoba. Si ella no estuviera, ¿cómo estaríamos? De esta manera todos los hombres tenemos miedo y eso debe cambiar para que cambie nuestro Perú. Todos los días, cuando amanece, pienso que no estoy solo, pienso que estamos todos juntos.

Siempre peleamos, ayer se fue mi compañero de cuarto, se fue Ronal, se fue muy alegre. Después de 20 días recién visitará a su familia. Se encontrará con su esposa, los dos cocinarán, bailarán como en su juventud, así somos los peruanos. Con mucha energía. Por nadie nos dejamos vencer. Poniendo todo nuestro esfuerzo ganaremos a la enfermedad para salir primero. En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos.

—Señor Jovaldo, tengo una buena noticia para ti —dice la señorita enfermera—, ¡Buena noticia! —dice alegre— Tus alumnos han enviado estas cartas para ti.

“Contigo aprendí a contar y restar. Con todo corazón te pido de no cansarte, me falta todavía que me enseñes las divisiones. Mi profesor no te fatigues. Esté como un peruano como siempre. Tu alumno. Josafat”. “Profesor Jovaldo. Ya sabemos nosotros cómo estás. Sabemos que tienes pena. Sé que me quisieras enseñar como antes. Tú también ordenas tus sueños. Tú que me has enseñado, no separará nadie lo que nos estimamos. Con cariño. María”. “Ya terminaron las dos semanas que ya no estás con nosotros. Tengo mucha pena porque venías a nuestras casas para enseñarnos. Usted es una persona que tiene buenos conocimientos, tengo pena de

yanukuyanqa, mushu kayashqannaw
tushuyanqapis. Tsaynawmi Peruanukuna
kayanchik. Kallpayuq kayanchik. Manami
piwanpis imawampis yalichikunchikchu.
Llapan kallpanchikkunata yupaykur yalishunmi
qishyata ñawpapa yarqunapaq.

Unay watakunachaw shumaq alli kawayta
kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq
runakunami kanchik nuspayninkunapa
qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano
kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpa.
Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi
sharkukuyaashumpa.

—Tayta Jovaldo. Alli willapatami qampaq
charara —hampikuq hipash nin.
—Alli willapa! —kushishlla nii.
—Yachakuqnikunami kay kartakunata
qampaq kachakayaaman.

Qamwanmi yupaytawan qichuyta
yachakushqaa. Llapan shunquuwanni
mañakuu mana pishikaychu pishikanraq
rakiykunata yachachiyaamanaykita. Ama
pishipaychu yachachikuq. Tsaynawlla kaykay
Peruano kaqnaw. Yachakuqniyki, Josafat.
Yachachikuq Jovaldo. Musyanchinami imanaw
kaykashqaykita. Llakiyaamashqaykita
yachanchikmi. Unaynaw yachachita
munashqaykita yachaami. Qampis
achka ñuspayatami kamachinki. Qam
yachachimashqayki mana pipis
munayninchikkunata rakinanta. Kuyaywan,
Maria.

Ishkay simananami ushakarish mana
ñuqanchikkunawan kashqaykita. Llakikuu
wasinchikunaman shamuhqaykikunata
yachachiyaamanaykipaq. Llakikuu

niyaamanaykita qam alli yachayyuq
runami kankipaq. Kushichikuq
rimaynikikunatami llakikuu. Aruykunata
kachapayaamashqaykikunatapis llakiimi.
Musyami yapay nuqanchikunawan kanaykita.
Yachakuqniyki, Carlos.

Yachachikuq Jovaldo willashayki,
muruyniikunami hatunna karaykan.
Kay simanami taytaata chakra tupuyta
yachachishqa. Payqa kushishmi kaykan. Llapan
qam yachachimashqaykita taytaata yachachii.
Allyaanaykitaqa musyami. Llapan kuyayniwan
yachakuqniyki, Juliana.

Manami musyatsu ima qillqaytapis,
yachachikuq. Nishaykila qammi
anyapaynikiwan tantiyachimashqanki
yachakuyniita ushanapaq. Qam mana
nimaptikiqa, manami yachaywasiman
aywamanchu karqan. Paakilla, qamraykumi
yachakuyta kuyashqa. Qam yachachimashqayki
hatun runakunaqa ñuspaynimpa qipanpa
aywayashqanta. Nuqa muna qamnaw alli
yachatsikuq kayta. Kuyaami yachatsikuq
Jovaldo.

Achka hunaqnami aywarish, ishkay
simananami mana rikanichikchu, nikarpis
llapan ñuspaynikikunata rikanichik. Pisaraykita
rikaykantsiraq, raku qillqanaykitawan
maytuykikunatapis chaychaw qam
aruynikitawan ñuspaynikita Peruninchikta
pirqanaykipaq churakurqayki. Wawanchik
katala tapumaptin yaskii taytaykiqa alli runami,
wakin yanasankunanaw huk runakunata
yanapan. Allpanchikta alyachinampaqmi
nakan. Wamrakunata kushish rikaytawan
alli kawananta munayan. Kuyay Jovaldo.
Ichikuy, kallpachakuy, nuqanchik makilanchik

lo que me vas a decir. Tus palabras de alegría me dan pena. Por los trabajos que me dejabas también tengo pena. Sé muy bien que otra vez estarás juntos con nosotros. Tu alumno. Carlos”. “Te contaré profesor Jovaldo, mis sembríos ya han crecido. Esta semana a mi padre le he enseñado a medir el terreno. Él está muy feliz. Todo lo que me has enseñado yo le enseño a mi papá. Sé que te vas a recuperar. Con todo mi cariño tu alumna. Juliana”. “Maestro, no sé qué voy a escribir, te diré que por tus consejos y orientaciones voy a terminar mis estudios. Si tú no me hubieras dicho, no hubiera asistido a la escuela. Gracias, por usted aprendí a amar el estudio. Tú me enseñaste para ir detrás de los grandes hombres soñadores. Yo quiero ser como usted un buen maestro. Te amo, maestro Jovaldo”. “Ya se fueron varias semanas, ya son 2 semanas que no lo vemos, aun así, todos tus sueños los vemos. Estamos viendo todavía tu pizarra, tu plumón grueso, también tus libros allí esta tus trabajos con tus sueños de construir un Perú que has venido forjando. Cuando nuestro hijo a cada momento me pregunta, le respondo que tu padre es un buen hombre, como alguno de sus amigos ayudan a las personas. Padecen para reparar nuestras tierras. Quiere ver a sus niños vivir bien y muy alegres. Amado Jovaldo. Levántate, esfuérzate, nosotros con los brazos abiertos te esperamos. Con todo mi amor, tu esposa”. “Querido padre, Te escribo esta carta para decirte que me acuerdo y tengo pena. Los días no son iguales sin ti. Cuando no estás hasta la comida no es agradable. No puedo jugar alegre. Cuando estoy jugando pelota me acuerdo de ti, de lo que me has enseñado a jugar. Cuando leía mi libro pienso en lo que me has enseñado a leer, y cuando veo mis letras empiezo a llorar. Espero que vuelvas rápido. Mi mamá me dice que varias personas se han sanado, y pienso que tú

también te sanarás. Tú eres mi padre, enseñas muy bien. Te estamos esperando. No te olvides de tus discípulos que tú has enseñado: agárrate bien en tus sueños. Con todo mi amor. Tu hijo Nicolas”. “Profesor Jovaldo, Tu familia y tus alumnos te estamos esperando. Tú no estás solo. Somos los hombres incansables. Como usted todos nos hemos enfrentado a esta enfermedad. Sabemos que mañana será un buen día”.

En los años pasados hemos administrado una buena convivencia, como hombres incansables que vamos detrás de nuestros sueños hasta conseguirlos, como peruanos que somos siempre nos levantaremos. Hemos ganado todos los enfrentamientos siempre, así nos levantaremos.

Como gritamos cuando hay un gol, así nos juntaremos. Nos levantaremos en toda la tierra para cantar nuestro hermoso canto... saldremos juntos de aquí. Saldremos primero alegres por haber ganado. Nosotros somos los que estamos en la primera línea. Somos los que enfrentamos hasta el final. Hemos enfrentado al virus curándonos. Seremos como la policía para hacer saber a los que nos escuchan. Cuidándonos en nuestras casas ya no podemos trabajar. Somos la esperanza de nuestras provincias, por eso trabajamos. Nos acostumbramos en los cambios. Somos la esperanza de nuestro pueblo. Somos los incansables vencedores. ◀

kichashmi shuyarpaykaa. Llapan kuyayniwan, Warmiyki.

Kuyay taytay. Kay kartata qillqarkamuu llakiimi yarpami ninapaq. Punchawkunapis manami qamwannuuchu. Mikuypis manami hinallachu qam mana kaptiykiqa. Kushsish pukllayta manami kamapakuuchu, pilutata haytaykashlaachaw qamta yarparkuu pukllayta yachachimashqaykita. Maytuta ñawinchaptii ñawinchayta yachachimashqaykita yarpa, siqiykita rikaptinaq waqayta qallaykuu. Shuyaraa ras kutimunaykita. Achka runakuna alyashqanta mamaani niman, nuqa musyami qampis alyaanaykiyta. Allı taytawan shumaq yachachikuqmi kanki. Shuyaraykanchikmi. Ama yachakuqniykikunata yachachisqaykita qunqaychu: ñuspaynikikunaman tsarikaariy. Llapan kuyayniwan, churiyki Nicolas.

—Yachatsikuq Jovaldo. Aylluykiwan yachakuqnikikunami shuyaraykashunki. Qamqa manami hapallaykitsu kaykanki. Qamnaw llapanchikmi qishyawan yalinakuykanchik. Musyantsikmi waray allı punchaw kanantaqa.

Unay watakunachaw shumaq allı kawayta kamatsiyashqanchikmi kanchik. Mana utikaq runakunami kanchik nuspayninkunapa qipanpa tariyashqanyaq aywarqa. Peruano kayninchikwan katalami sharkukuyaashumpa. Llapan takanakuykunata yalishqanchiknawmi sharkukuyaashumpa. Golta qaparayashqanchiknawmi shuntakayaashun. Sharkukuyaashunmi llapan pachapita kuyayllapaq takinchikta takinanchikpaq... Pariihumi kaypita yaraqushun. Puntatami kushishlla yalishqanchikpita yaraqushun, puntakaq siqichaw kaykaqmi kantsik.

Ushakashqanyaq takanakuqkunami kanchik. Virus qishyawan takanakuraykaq hampikuqmi kantsik. Pulisiyakunawan murukukunami kantsik mana wiyakuqkunata wiyachir. Qamkunata taapakur mana wasinchikchaw arupakuqkunami kanchik. Suyunchikpa yarakuyninmi kanchik tsaymi aruykashun. Trukaykunachaw yachakaqmi kanchik. Suyunchikpa shuyaaramaqninmi kanchik. Mana pishikaq yachachikuqkunami kanchik. ◀





Sin límites

Ilustración de Lucy Espilco Barrera

Esta obra retrata el sueño de todo peruano y peruana por ver a su país seguir siempre adelante pese a las adversidades que tenemos como nación. A puertas de celebrar el bicentenario hemos tenido que afrontar la pandemia del nuevo Coronavirus, enfermedad grave que ha golpeado duramente al Perú, ubicándolo como uno de los más afectados de la región. La enfermedad logró evidenciar las partes más sensibles de nuestra sociedad, mostrándonos la falta de conciencia social, políticas públicas (en especial en el sector salud) responsabilidad, formalización del trabajo, etc. Sin embargo, la esperanza por mejorar esta situación la tenemos latente. Esperanza de que, al fin, podamos vivir libremente en un país consciente y justo, aquella que alguna vez se vio reflejada en el mítico sueño de José de San Martín, quien —según se cuenta—, tuvo una visión sobrecogedora del ave parihuana, que lo inspiró para la creación de la bandera del Perú y partir de ello, proclamar su independencia; acto que, doscientos años después, sigue vigente en el corazón de cada ciudadana y ciudadano amante de su país, y que ve en los niños y niñas un futuro sobresaliente donde se pueda decir con toda la confianza del mundo que somos un país rico, justo, libre y así seámoslo siempre.





Mi sueño

Ilustración de Marianela Gallo Durand

Esta obra retrata el sueño de todo peruano y peruana por seguir adelante pese a las adversidades que tenemos como nación. A puertas de celebrar el bicentenario del país hemos tenido que afrontar la pandemia del nuevo Coronavirus, enfermedad grave que ha golpeado duramente al Perú, siendo uno de los más afectados de la región, y que ha tocado las partes más sensibles de nuestra sociedad, evidenciando que aún nos falta mucho por recorrer en cuanto a conciencia social, políticas públicas, en especial en el sector salud, responsabilidad, formalización del trabajo, etc.

Asimismo, el significado de la obra representa también la esperanza de vivir libremente en un país justo, aquella que alguna vez se vio reflejada en el sueño de José de San Martín, quien —según se cuenta—, a partir de una visión sobrecogedora del ave Parihuela, se inspiró para la creación de la bandera del Perú y proclamar su independencia, acto que después de doscientos años después sigue vigente en el corazón de cada ciudadana y ciudadano que ama su país y que ve en los niños y niñas un futuro sobresaliente donde podamos decir con toda la confianza del mundo que somos libres, seámoslo siempre.



+ JP
JPSA

+ JP
JPSA

Personal médico protegiéndonos **Ilustración de Jean Paul Silva Alcalde**

El trabajo de todo el personal médico ha sido y está siendo increíble y sorprendente al lidiar con el COVID 19, ellos han estado dando lo mejor de sí para el cuidado de nuestra salud. Exponiéndose a esta enfermedad con tal de servirnos.

Esta ilustración representa el arduo trabajo que nuestro personal médico está dando, batallando con el COVID 19, con tal de protegernos y mantenernos a salvo. La intención es darnos cuenta de la importancia de esta profesión y cuánto debemos valorar lo que hacen estos profesionales exponiéndose a este virus mortal con la finalidad de que nosotros podamos disfrutar y tener un hermoso futuro.

RESILIENCIA



La aparición del coronavirus, el desarrollo de la pandemia, y la destrucción que ha ocasionado en todo el planeta nos sorprendieron a casi todos. En el Perú, además, no esperábamos que sus efectos fueran tan devastadores, y de alguna manera, somos —y deberíamos— ser un país en duelo. Sin embargo, tras el golpe inicial, por muy duro que sea, toca levantarse, y en el país (y en el mundo) se han dado y se dan todos los días enormes muestras de resiliencia, tanto a nivel personal como comunitario, aunque todavía nos falta demostrar una resiliencia conjunta como sociedad.

Esta última sección del libro explora nuestra resiliencia. Comienza con el sentimiento más común: la desesperanza, justificada por la situación de desigualdad que se vive en el país, pero conforme avanza la sección se muestra más bien la lucha, la resistencia, la fortaleza para enfrentar y sobrellevar la pandemia. Vemos esta resiliencia expresarse de distintas maneras en los trabajos creativos de esta sección, pero destacan sobre todos, la respuesta mítica ante lo desconocido que viene a desordenar nuestro mundo, y la esperanza representada, fundamentalmente en los niños. Se nos

cuenta así las historias de Mama Corona y de Llaroco, por ejemplo, en las cuales vemos cómo el coronavirus se incorpora a los mitología local, se hace parte de nuestra cultura. La fotografía de esta sección, además, se centra en los niños, en su capacidad de organizarse, su tesón para acceder a la educación aún en las circunstancias más difíciles, la fuerza que le dan a su entorno, la esperanza fundada en esa fuerza. Y en la ilustración vemos nuestro mundo transformándose, adaptándose, reinventándonos, y obteniendo fuerzas los unos de los otros.

Esta pandemia nos ha sumido en una de las mayores crisis sanitarias del último siglo, pero nos ha dado la oportunidad de repensar nuestro lugar en el mundo y en nuestra comunidad, de reinventarnos, de revalorar a las personas y las cosas que, en muchos casos, habíamos dado por sentado. Sabemos que saldremos de este tiempo más fuertes si nos hacemos más solidarios, hagámoslo.



ARTIST'S SIGNATURE

Sin esperanzas

Ilustración de Gian Pool Pachari Gomez

En mi obra represento a una mujer indígena que, al no tener apoyo de las instituciones, por vivir en lugares muy alejados de la ciudad, solamente le queda esperar la fría muerte. La muerte espera detrás suyo para llevársela, pues al no tener ni sustento ni un hospital en su comunidad, no le queda más remedio que sufrir junto a sus paisanos. En mi obra observamos a la mujer cabizbaja, muy apenada por todo esto que está pasando al mundo con respecto a la pandemia mundial del COVID. La mujer lleva un cubre-bocas hecho con tela de tocuyo, elaborado por ella misma. Esta tela también es utilizada para sus vestimentas típicas. Mientras la señorita está triste por lo que ocurre, la muerte, detrás, está un tanto alegre y cogiendo la cabeza de la mujer, representando que al morir, lo último que perdemos es el conocimiento. La muerte está acechando a la mujer pues, como sabemos, esta enfermedad que vivimos en la actualidad, no respeta edades ni estatus sociales.





Resiliencia en la cumbre

Fotografía de Vicente Javier Ninanya Campos

En la comunidad de Macón (Junín) nadie imaginó que una enfermedad llegada de un país lejano, los aislaría más de lo que ya estaban, pues la ausencia de señal telefónica, internet y de los medios de comunicación, no permitían saber lo que realmente pasaba.

En los días siguientes al inicio de la cuarentena, fueron informados que debían quedarse en sus viviendas y que las clases para los estudiantes serían por internet, la TV o radio, ¿pero cómo, si no existe ninguno de esos servicios? Inmediatamente los padres y madres de familia en una reunión comunal concluyeron que la exclusión tecnológica no perjudicaría a sus hijos, y que ameritaba un esfuerzo único ante tal situación. En un emprendimiento decisivo, las familias agricultoras consiguieron equipos móviles y hasta un par de laptops, pero el esfuerzo caería en los estudiantes pues debían caminar en ascenso cerca de 2 horas hasta la cumbre de un cerro empinado para acceder al internet y la comunicación con sus docentes. Abrigadas con mantas, un fiambre y unos tapabocas, Medaly y Kelly de IE “San Francisco de Asís”, acompañadas por su hermano menor, logran visualizar los contenidos educativos con la intención de forjarse un futuro mejor profesionalmente.

Mama Coronapa chayamuynin

Cuento de Esperanza Majerhua Mendoza

Tomanga llaqtam karu karu suyupi kachkan. Llaqtayuqkunam allinlla llamkakuspanku hawkalla kawsakuchkarqaku. Chaymi qunqayllata Perú suyuman, wak hatun unquy Mama Corona nisqan, karu pachamantaraq chayarqamun. Kay hatun unquyqa lliw runakunatam rataykuspa wañunankama unquchin. Mama coronaqa, hatun apu llaqtakunata, wakcha runakunatapiwanmi unquchispan wañuchin.

Tomanga llaqtapi wawachakuna, pasñamaqtachakunam Mama coronamanta uyarispanku urayman, hanayman kallpakachanku “achachaw mama coronam chayarqamunqa”, qaparirispaspanku. Chayna wawakuna mancharisqallaña kachkaptinkum, Iskuylapi yachachiq tayta, ama runakuna mancharisqa kanankupaq huk willakuy, cuento nisqanta, paqarichisqa.

Yachachiq tayta manaraq chay aranwayta (cuento) willakuchkaptin, lliw warmakunata qayan pim llallinakuspa limpisqa, “bordasqa” uyachuku kaqlla, simichukukunata ruranman, nispa. Chay simichukuqa mana mama corona ukunchikman yaykunanpaq suysuqmi. Warmakunaqa yachachiqpa nisqantam rurayta hallaykunku. Ña llallinakuypi hapinakuspan

simichuku rurayta tukurqukuña. Warmakunaqa kusi kusiylam ruqasqankuta yachachiqman qawachinku. Kanmi sumaq kurniyuq, siwarqintiyuq, wiskachayuq llimpisqa, “bordasqa”, sirasqa simichukukuna; chaymi yachachiq taytaqa kusikuspa warmakunapa rurasqankumanta lliwta riqsikuspa taqllakun, hinaspa chanichaspa akllasqanta aranway willakuy tukurquptinña saminchanqa (premiará).

Yachachiq taytaqa aranwaynin willakuyta hallaykun.

Huk punchawsi Sallqayasa urqupa ñawchinmanta llipipirispaspan intipachata Kanchisqa. Pachatas Apu Mama Corona kamachisqa. Kay kamachiq mamas iskay llullu wawanpaq, hinaspa chunka warmi wawanpaq miski qinwa tiqtita yanukuchkasqa. Chunka warmi wawankunaqa pachata waqaychaqsi llamkaq rirqaku. Kay aylluqa, wañu wañuyupaqsi pachata waqaychaspa qawan, mana pipas nanachinanpaq, usuchinanpaqtaq, chaynallataqsi chakranpi llamkanki. Pachawan kuskanchakuspas kay aylluqa sapa punchaw kusiqa kawsakunku. Qunqaytas, huk punchaw siwarqinticha llakita Mama Coronam willan. “Mamáy, huknin wawaykim, mayupi waranqa challwa mana miyu (veneno) hampiwana yañunanpaq amachakuchkaptinmi, wañuyupa patanpiña kachkan”, nispa. Runakunam umiñayuq urqupi (mina de metal) “cianuro, ácido sulfúrico” nisqanta llamkaspanku kay miyukunata rikurichinku. Paykunam lliw mayuta miyurqunkutaq, chaymi tukuy challwachakunaqa iqipaspanku (qiqipay, quechua chanka) wañunku. Mama Coronas qikchu qikchuyta waqaspan wawanta maskamun, iskaynin llullu wawanta siwarqintiman quykun waqaychaspa

La Llegada de Mama Corona

Cuento de Esperanza Majerhua Mendoza

En un lugar muy alejado de la ciudad se halla el pueblo de Tomanga. Sus habitantes y niños se encontraban muy asustados corriendo para arriba y abajo repitiendo miles de veces “¡achachauya chayaramun, Mama Corona!”, por la temible pandemia que afectaba a todo el mundo, desde los países más desarrollados hasta los más pobres. Escuchando y viendo esto, el maestro tuvo la magnífica idea de crear un cuento para calmar a los niños y de realizar un concurso para saber quién haría la más hermosa mascarilla. Al día siguiente los reunió en la plaza central del pueblo y les comunicó que la semana siguiente les iba a contar un cuento, con la única condición que hicieran sus propias mascarillas, ya sean bordadas o pintadas diseñando de lo que más les gustara del pueblo.

Llegado el día tan esperado, los niños presumían lo que habían hecho: flores, aves, plantas, medicinales, animales como el cóndor, picaflor, vizcachas y otros, cada uno con diferentes técnicas tanto de bordado como de pintura. Sorprendido el maestro al ver la habilidad de los niños felicitó a todos y anunció que tenía una sorpresa para el ganador, pero que la diría al finalizar el cuento. El maestro empezó a contar el cuento...

“Cierta día cuando el sol resplandecía en lo más alto del cerro de Sallqayasa, Mama Corona era la máxima autoridad de la naturaleza y se encontraba cocinando un rico guiso de quinua para alimentar a sus dos hijas más pequeñas que la acompañaban en su casa de campo, y también a sus otras 10 hijas que estaban trabajando, protegiendo el medio ambiente, entregando sus vidas por el bienestar de la naturaleza; rol que también cumplirían las menores en un futuro. Todo parecía ir bien hasta que un día Mama Corona recibe el comunicado de un picaflor que una de sus hijas estaba agonizando por tratar de salvar miles de truchas entrando al río, pero el olor a cianuro y el ácido sulfúrico que había sido utilizado por la minería que recientemente había llegado al lugar la había ahogado. Mama Corona, destrozada por dentro, fue en busca de su hija, dejando a las pequeñas al cuidado del picaflor. Cuando llegó al lado de su hija la recostó en sus brazos para escuchar las últimas palabras que la niña trataba decirle a su madre. Lo que logró escuchar Mama Corona antes de que su hija le dé la última mirada y parta al otro mundo, fue que nunca se rindiera y que siga luchando por la naturaleza. Las otras hermanas seguían trabajando, pero al pasar los años ellas seguían muriendo una tras otras por el accionar del hombre que solo trataba de hacer más daño a la naturaleza, así que Mamá Corona dolida por la muerte de sus 10 hijas se estaba quedando sola con las 2 menores. Mama Corona estaba viendo la forma de controlar la furia de la humanidad que estaba destruyendo al mundo, la naturaleza y a sus hijas por querer darle una mejor calidad de vida al mismo humano que le hacía daño.

”Las dos pequeñas se hicieron señoritas y siguieron su rol en el cuidado de la naturaleza,

qawanapaq. Mama Coronaqa wawan wañuy patanpi kachkaqtas tarirqusqa, hinaspas, ña mamanpa marqayninpiña wañurichkaptinsi nin: “Mamáy amam pachanchikta (naturaleza) saqinkichikchu, ñuqahinam wañunaykikama waqaychapuwanki”, nispas wañukusqanpachapi hanaq pachaman ripukun. Chunka sipas wawankupas chaynallas mama pachata waqaychaspanku tumpa tumpalla sapa killapi, sapa watapi wañukunku, runakuna miyusqanmanta kawsanpi.

Mama Coronapa iskay taksa wawanqa ña sipaskunañam kachkan. Paykunapas mama Coronawan kuskanchakuspas, mama pachata waqaychaspanku qawanku imapas ama, mana pipas usuchinanpaq, wañuchinanpaqtaq. Huk punchawsi kay sipaskuna, chuya pursilasqa hanaq pacha kachkaptin, kusiçqallaña, mana mamanpa yachasqanta, wikuña sukayninwan pasñakunata qayan pampa Galeraspi tusunankupaq. Kay pampapis iskay chaquq runakunawan tuparqunku. Kaykunaqa iskupitanwansi wikuñata wañuchinku millwan rutunankupaq. Chaquq runakunas iskupitanwan wikuñata wañuchinanpaq kachkaptin huknin sipas amachakuspa chay uywakunam kallpaylla asunkun. Chaysi sipastapas mana manchakuspanku wañurqanchin; chaynallas huknin sipastapas amachakuchkaptin mana sunquyuq supay runakunaqa wañurqahintaq. Kay sipaskunas pampapi ñustakunahina wañusqa chutarayanku; ayankuñataqsi hanaq pachata pawastin ripukunku. Mama Coronas wasinpi wawankunata wakutun. Manaña kutimuptinsi mama Coronaqa wawanta suyaspas llakisqa waqakun, hinaspas makinwan pitukuykuspa Apukunata mañakun chinkasqa wawan rikurichimunapaq. Chayna

kachkaptinsi Apu Wamani, qapaq Kunturqa, Mama Coronapa hayllanman paqway wañu wañuy pisipasqa rikurirqamun, iskaynin warmankuna maskamusqanrayku. Kay apu kunturqa Mama Coronaman, chaquq runakuna Galeras pampapi imayna wañuchisqankuta willan. Kay mamaqa chayta yacharquspas pampaman qunqurakuspan wichiýkun. Ima sunqulla, Mama Coronaqa utiytas llakiwan waqakun, chaysi ancha piñasqallaña lliw kay pachapi kaq runakunata manchapa supay ñakayta waqyan. Apu Kunturqa kimsa punchawsi Mama Coronawan llakinpi kuska kanku kaypa sunqun tiyanankama. Mama Coronapa sunqunsi iskayrayan, runakunata allinlla hatallinanpaq utaq lliw wañunankama awqananpaq, imanasqa: tukuy chunka iskayniyuq wawankuna wañuchisqanmanta. Mama Coronaqa yanayasqa uqi puyumansi asuykun. Chay puyuca llakisqa wiqintas pachaman chaqchuyta qallaykun. Sapa wiqis chay unquchispa runa wañuchi Virus nisqanman tikrakun. Chay punchawmantas Corona Virus sutichasqa kanqa, chaynallataq kay llaqtakunapiqa Mama Coronawan riqsiñaku. Mama Coronaqa lliw runakuna wañuchinanpaqsi hatun muyu pachapi tukuy llaqtakunatas watukunqa. Kay mama coronaqa runapa kasqanpis hatallikunqa, chaysi rataykunqataq runa masinman. Chaymi awyunkunapi, karrukunapi, bisiklitapi, sapatupa suyulanpi, tukuy hinastinpi kawsanqa. Mama Coronaqa unquq runakunata, machu taytata, paya mamata, wira runakunata, policíakunata, hampiq warmi qarita, wawachakunatapiwansi rataykuspan unqunankama wañuchin. Kunanga tukuy muyu pachapim kay mama Coronaqa mirarqun. Chaymi Organización Mundial de Salud nisqanku, sutichan Pandemia nispan.

pero con el cuidado de Mama Corona a su lado. Cierta día que el cielo estaba despejado ellas decidieron disfrutar, pero se alejaron demasiado sin que sepa su madre al escuchar el silbido de las vicuñas para que vayan a bailar al campo de Pampa Galeras. No se dieron cuenta que había dos cazadores de vicuñas que merodeaban para obtener su finísima lana. Cuando los cazadores apuntaban a una vicuña, una de las señoritas se aventó y cayó aparatosamente. La otra hermana fue a su auxilio pero ya era tarde, el cruel cazador apretó una vez más el gatillo, dejando así a las dos hermanas apagadas, y sus almas fueron subiendo hasta cielo y su cuerpo quedó tendido cual princesa durmiente.

”Cuando Mama Corona se dio cuenta que sus hijas no estaban, mandó a buscarlas pidiéndole ayuda a los Apus. Esperó y esperó contando los minutos, pero no había noticia alguna de sus hijas y no sabía qué hacer. En ese momento se acercó el Apu Wamani, el majestuoso cóndor de los Andes casi moribundo por el largo viaje que había hecho buscando a las hijas de Mama Corona, muy apenado por la muerte de dos protectoras sin saber cómo darle la trágica noticia y cuál sería su reacción por la pérdida de sus hijas. Cuando el Apu terminó de contarle lo sucedido con sus hijas cayó al piso de rodillas y dio un grito temible empezando a maldecir a los humanos, el Apu se quedó con ella tres días para ver que se encuentre bien. Parecía estar resignada pero por dentro estaba planeando vengarse de la humanidad por la muerte de sus doce hijas. Lloraba lágrimas de sangre, y dijo: “seré la más temida y nadie podrá calmar el dolor que tengo en mi corazón de madre, no podrán hallar el remedio que me calme, no habrá fuerza que me detengan”. En un momento de rabia dijo “acabaré con

la humanidad como ellos acabaron con mis doce hijas y la naturaleza”. Se dirigió adonde estaban las personas transformadas en una nube gris derramando lágrimas al mínimo gesto de tristeza, y las gotas de lágrima se fue convirtiéndose en una epidemia.

”Empezó a viajar por todo el mundo en aviones, buses, autos, bicicletas, en la suela de los zapatos, no había un solo objeto donde no se movilizara. Cuentan que su presencia era letal, por donde ella se encontraba afectaba a ancianos, niños que lloraban por la pérdida de sus padres o abuelos, jóvenes, personas importantes como policías, los que labraban la tierra y muchos más, incluso a los mismos doctores que trataban de auxiliar. Aunque los presidentes de diferentes países proclamaron la llegada de Mama Corona ordenando un decreto para que las personas se quedaran en sus casas, aunque algunos trataron de escapar, pero la Mama Corona estaba ahí con ellos caminando, no hay forma de cómo deshacerse de ella. Nada la detuvo. Parecía que era el inicio de una guerra nuclear, que nadie se salvaría de esa maldición. Empezó la pobreza, el hambre, la miseria, se apoderó de todos el miedo, la ansiedad. Empezaron a quebrar empresas, desde las más importantes hasta las más pequeñas, no había empleo y los hospitales estaban llenos totalmente, personas muriéndose en las calles a falta de oxígeno, hasta el ángel del oxígeno ya había fallecido pese a su corazón noble, facilitando el oxígeno a la gente pobre. Para Mama Corona, la única vez que se sintió feliz fue en la cuarentena, cuando no hubo contaminación y aprovechó la ocasión para limpiar el agua de los ríos de los sucios que se encontraban por el accionar del hombre.

Wakin qaritukuq, apu tukuq, runa waqachiq, ayqikuchkaq runakunatapas, kay virusqa upallallas, chinka chinkallas, mana pipa rikusqaraykus wañuchin. Kay pandemiaqa yaqa guerra nuclear nisqan, kaqllas runakunata wañuchichkan. Muchuy watapihinas runakunaqa yarqaymanta wakchayachkanku, chaysi manaña llamkaypas kanchu, manañas hatun empresa nisqanpas kanchu. Corona virus unquywansi runakunapas sisikunahinas mirarqunku chaysi uspitakunapipas manaña qaypanchu, hawa kallikunapis runakunaqa kay unquywan wañuchkanku mana wayra ukunpi kaptin. Wayra rantikuq, wakcha sunqu runapas corona viruswansi qunqayta wañukun. Cuarentena nisqanta Gobiernukuna kamachikuptinsi, Mama Coronaqa kuisqas runakunapa qanrachasqan yakuta, mayukunata, pampakunata mayllan, hatun mayukunamantapas lastikukunata, qispikunata akllaspa sumaq chuyay chuyaykama mayllan, ama hatunkaray challwakunapas wañunanpaq; sachakunapas mana chakinanpaqtaq. Wawayuq warmikunas wañusqa wawankumanta llakikuspa waqakuptin, Mama Coronapas chunka iskayniyuq wañusqa wawanmanta yuyarispam llakikun. Manañayá kay Mama Coronaqa imatapas rurayta atinmanchu; manapas kay unquyta chinkachinmantaqchu. Chaynas chay ñakaynin. Mama Coronas allin runakuna mama pachata kuyaspa waqaychaqta qawaspas sunqun tiyan, chaysi mana llumpaytaqa unquchinchu. Mama Coronaqa llapan muyu pachapi yachaq runakunatam yachachin kaynata nispan: “aman kay pachataqa qanrachanaku, qacha química nisqanwan miyunachu; mayukunata, quchakunata, sachakunata, uywakunata, pawaq pisqukunata, lliw kawsaqkunatam kuyakuspalla waqaychana”, nispan. Chaynaqa wakin runakuna mana kay yachakuyta ruraptinga, mama coronam unquywan wañurqachinqa.

Mama Coronaqa, ñawpaq kusi kusilla chunka iskayniyuq wawanwan sumaqla kawsakusqanta yuyarispam illasqanmanta kutikamun, kaypi mama pachata qawananaq, nanachinanpaq, waqaychananpaq.

Yachachiq tayta kay aranway willakuyta tukurquptinmi, wawakunaqa llakikikuspa waqakuchkasqaku. Paypas, Mama Coronahina, lliw uyariqninkunata nin “Mama pachataqa kuyakunam, waqaychanam, nanachinam mana pipas allquchananpaq, usuchinanpaq, miyuchinanpaq. Kay mama pachataqa chayna kaptinchikqa allintam hatalliwasunchik, kawsachiwasunchik, mikuchiwasunchik, qispichiwasunhinam.

Yachachiq tayta, aranway willakuyta tukurquptinmi, huk alumna tapun, pim llallinakuspa sumaq simichuku rurasqaykupi samincharqun (ganó). Yachanchikñam, kay simichukutaqa lliw llaqtam apaykachanqa mana mama corona ukunchikman yaykunanpaq. Arí, ñiñacha, ñam kay llallinakuypi kanña sumaq uyachuku saminchasqa. Mana chaynaqa Mama Coronam wiqinwan chaqchuykamuwasunchik, nispan Yachachiq rimaykamun, “Kay simichuku ruraypi saminchaqmi, feria nisqanpi, chaynallataq hatun saminchaypi partisipanqa (participará), hinaptinga ichaya muyu pachapi lliw runakuna apaykanchanman Corona Virusmanta manchakuspanku.

Canto de honor:

Yarawí a Mama Corona:

Amaña aswanta waqaychu, Mama Corona; wiqiykich chayamuwanman, Mama Corona. No llores más Mama Corona tus lágrimas me llegan al cuerpo Mama Corona ◀

”Mama Corona al ver llorar a tantas madres por sus hijas, recordaba a sus doce hijas que fueron muriendo una tras otra y le partía el corazón, pero ya nada podía hacer, ya todo estaba hecho. A veces por error atacaba a aquellas familias, que si eran buenas con la naturaleza, amándola y protegiéndola, pero así mismo también había personas que no hacían caso, a quienes les gustaba contaminar la naturaleza echando la basura a la playa, plásticos y vidrios, afectando a las ballenas y delfines y las demás especies acuáticas más hermosas del mundo que quedaban, aunque para Mama Corona los que contaminaban debían pagar las consecuencias de sus propios actos.

”Ya era tarde, los lamentos de Mama Corona, a su paso dejaban muchos fallecidos, entonces poco a poco fue calmando su propósito. Ella, finalmente, quería hacer entender que tengan respeto a la naturaleza en toda su dimensión y a su nombre, las que respetan y la trataban con cariño no los lastimaba tanto como aquellas personas que se burlaban de Mama Corona y que pagaron con sus propias vidas. Finalmente, ella se vino para quedarse aquí ya que perdió todo lo que la hacía feliz, el campo, la naturaleza y a sus hijas, ahora ella es la guardiana de la naturaleza, la madre de todas las coronas más temible”.

Cuando el profesor finalizó el cuento los niños estaban llorando porque más que ser un cuento era la realidad, el profesor les hizo entender a los niños que hay que amar el medio ambiente ya que es importante para la humanidad. Finalmente, una alumna preguntó al maestro sobre quién era el ganador del concurso de la más hermosa mascarilla de todo el pueblo, a lo que él respondió “Ahora todos somos ganadores porque con sus mascarillas prevenimos a

contagiarnos de COVID 19, no vaya a ser que Mama Corona nos eche sus lágrimas”, dijo el maestro, además de decir que el ganador participará con otros en una feria para exportación de mascarillas en diferentes países.

Canto de honor

Yarawí a Mama Corona:

amaña aswan waqaychu Mama Corona wiqi
aycha chayay Mama Corona

No llores más Mama Corona tus lágrimas me
llegan al cuerpo Mama Corona. ◀



Aire puro entre lazos familiares
Ilustración de Katty Jiménez Campos

Mi obra es un homenaje a la gran disposición que han demostrado muchos maestros, al iniciarse sorpresivamente el trabajo a distancia. Aunque no hubiera el dominio y la experiencia en el uso de las TIC, encontraron las estrategias en cursos virtuales o con ayuda de parientes cercanos, de tal manera que al inicio de las actividades estuvieron listos para iniciar las sesiones, de acuerdo a sus posibilidades y adaptándose a las posibilidades de cada uno de los estudiantes, procurando brindar una conexión empática y cálida, en la que el tiempo y la distancia se fue superando.

Por ello la representación del árbol como símbolo de crecimiento ante el nuevo reto. Los árboles, aunque con miles de hojas, todas están conectadas y las ramas buscan su camino para avanzar, de igual manera, el docente viene buscando la forma de conectarse con cada uno de sus estudiantes, brindándole las pautas o alternativas para que avancen al igual que los demás.

Toda esta experiencia tendrá sus frutos y va en miras a lograr estudiantes preparados para la vida, que puedan superar las adversidades. “La voluntad vence los límites”.





Algún tiempo después de marzo
 Ilustración de Humberto Saldarriaga Pérez

La declaratoria de emergencia e inmediato confinamiento desde mediados de marzo cambió abruptamente nuestros patrones y costumbres a nivel mundial. Si bien es cierto, el hombre es un ser de costumbres, resulta todo un proceso desacostumbrarse para adoptar nuevas rutinas. Cuando uno imagina el significado de la familia, visualiza un grupo variado y diverso dentro de un hogar, unido por vínculos filiales, pasando momentos agradables. Sin embargo, el drama que desborda nuestra imaginación es la cruda realidad de tener que convivir con los nuestros, las 24 horas, por tiempo indefinido. Sin más opciones, pues fuera de casa el panorama no era nada alentador, y dentro la situación tampoco estaba para alegrarse. Primero, el espacio, uno podría sentirse muy solo o completamente invadido. Los horarios de despertarse, el turno de usar los baños, soportar mascotas, escuchar tipos de música ajenos a nuestros gustos, ganar la mejor posición para tener el control del televisor. Si había llegado visita y no se pudo regresar, tener que soportarlo más de la cuenta, etc., además de tener que usar mascarilla dentro de tu propio hogar al momento de estar en contacto cercano con tus familiares, sobre todo con niños y adultos mayores. Y lo peor de todo, sentir la infinita tristeza de que personas que amábamos, conocíamos, nos gustaban o queríamos, ya no estarían más con nosotros, al margen de los que tenían una relación de enamoramiento.

“Algún tiempo después de marzo” resalta esa asimilación posterior al impacto, la flexibilización que aún nos cuesta aceptar pero que con el tiempo se va haciendo costumbre, la oportunidad para mirar dentro de nosotros mismos y saber que nos habíamos descuidado en brindarnos tiempo de calidad para nosotros y con los nuestros. Aceptar que no todo es dinero y que con el esfuerzo de todos se puede mantener la calma, que es la única esperanza de estos tiempos difíciles. Es así que una madre y su hija en la mesa realizan un home working, un padre que se ha quedado sin trabajo lava los platos, una abuela (vestida de luto) que antes odiaba a su gato, ahora juega con él mientras ve la televisión, un abuelo le corta el pelo a su nieto veinteañero. Un familiar visitante para congraciarse barre la sala. Un niño juega y otros dos hermanos llevan clases virtuales. En el caso de los que realizan actividades de contacto directo, están usando mascarillas. Signos de la nueva normalidad.

Qilla Antoniomantawan sumaq

Ch'askamantawan

Cuento de Hugo Apaza Apaza

Ñawpa watakunapis Ichhupampa ayllupis Antonio maman Ch'askapiwan awichanpiwan ima kawsakuq kasqaku. Kay aylluqa Qulla Suyuq chhiqanpis tarikun. Chay ayllupiqqa hinantinpis munay waylla ichhu, kuru ichhu, q'illu ichhu ima wiñaq kaq kasqa, Apunkunapipas munaytas machu rit'i intiwan k'anchaq kaq kasqa, intipas nina ruphay hinaraqsi ruphaq kasqa, mayunkunapas munay ch'uwa unuyuqsi mach'aqwa hinaraq urqunkunamanta aysaykakamuq kaq kasqa, muñapas chachakumapas salwiyapas q'awsillupas ch'iri ch'iripas punki t'ikapas munaytas t'ikariq kaq kasqa Antonioqa yaqapas chunka watayuqñas kaq kasqa, huch'uyninmantapachas yana warayayuqllapunis puriykachasqa, imaymana pallayniyuq punchuchayuqsi, usutachanpas thantallañas, chukchanpas warmiqta hinas, wirapachallas, qhali qhalillas ichaqa simi sapas, pukllaylla pukllaqsi, qilla imas; khuyukuspallapunis wichaymanpas uraymanpas puriykachaq kaq kasqa. Mamantaqsi Ch'aska sutiuyuq sipas khuyay taksa warmillas, yana muntirayuqsi, puka chumpayuqsi, q'umir pullirallayuqsi, thanta usutayuqllapunis puriykachan. Awichantaq huch'uy payachallas, ichaqa qhali qhali warmis, qharihina rakhu kunkayuq warmis, irqinmantapachas kawallu sillallapi puriq, uywayuqsi, chakranpas imaymanamantas, ichaqa murkhu p'achallayuqpunis purinaqan, q'ala chakillas, yaqapas qanchis chunka watayuqñas, qharinpa wañuqapusqanmantapachas phiña phiñallas purinaqan. Antoniop taytantaqa q'ihu q'ihus wañurqachipusqa huch'uyllaraq kachkaptin, manas payqa taytantaqa riqsikunchu. Kimsantillankupunis paquchakunata, uwihakunata, llamakunata ima michispa kawsakunku; hinallataq, p'isaqakunaq

El joven Antonio y su abuela sabia

Cuento de Hugo Apaza Apaza

Hace muchos años, en una comunidad de extensos pajonales, vivía Antonio junto a su madre C’haska y su abuela. Esta comunidad pertenece a la región del Altiplano. Por estos lugares crecían diferentes variedades de paja silvestre; asimismo, los nevados majestuosos en los cerros tutelares, ¡qué hermoso resplandecían con los rayos del sol!; el sol calentaba como el calor del fuego, también los ríos con sus aguas cristalinas, ¡qué lindo se deslizaban desde los cerros como la serpiente!, así mismo las plantas silvestres como la muña, la chachacoma, la salvia, el q’awsillu, el ch’iri ch’iri, el punki t’ika, ¡qué bonitas florecían!

Antonio tenía como 10 años, desde pequeño andaba con su pantalón negro de bayeta, con su poncho tejido con diferentes diseños, sus ojotas viejas, con sus cabellos como los de una mujer, era bien gordito, con buena salud, pero contestón, que solo jugaba y jugaba y además era ocioso. Su madre Ch’aska era una mujer triste, joven, de estatura baja que andaba vestida con una montera negra, chompa roja, pollera verde y ojotas siempre viejas. Su abuelita era una pequeña anciana, pero una mujer sana con voz gruesa que andaba desde niña montada sobre el caballo. Tiene animales y chacras, pero anda siempre con ropa sucia y descalza, tiene ya cerca de 70 años. Desde que su esposo falleció anda como enojada. Dicen que al papá de Antonio el q’ihu q’ihus lo ha matado cuando aún era pequeño, él no recuerda a su padre.

Cuentan que siempre los tres se mantienen pastando sus alpacas, ovejas y llamas, así como recolectando los huevos de las perdices y cazando codornices. Así mismo produciendo papa, oca, olluco, isaño, haba, maíz, cebada, avena, quinua y cañahua. Ellos conviven a

runtunkunata pallaspa, lluthukunata wañuchispa ima. Chaymantapas, papata, uqata, isañuta, illakuta, awasta, sarata, siwarata, awinata, kinuwata, qañiwata imas ruranku. Paykunaqa k'aminarikuspas waqarikuspas kusirikuspas llakirikuspas maqanarikuspas kawsakunku. Ichaqa, sapa kutis awichaqa ususinta k'amin, imaraykuchus hawayninta manas imatapas rurachinchu pukllayllas pukllachin, ñahu wawata hinas luylun —Imatan chhaynata irqita uywanki, manachu kamachiwaq, wiñaspan ñakasunki. Taytan kawsachkanman karqan hinaqa manam chhaynatachu irqita uywanman karqan, qampuni simi sapata, qillata ima uywanki - ninsi awichanqa.

Chayta uyarispas Ch'askaqa mamapaq phiñakun, hinas kayhinata nin:

—¡Ama rimapayawaychu! ñuqachá imaynatapas wawaytaqa uywakuyta yachani, sapa kuti chayllata niwanki, manachu imapas ruranayki kan.

Ususinta uyarispas awichaqa kutichin:

—Wiñaspa ñakasunkim, huch'uyninmantapachan wawataqa kamachina. Manam wawataqa chhaynata uywanachu nitaq yachachinachu.

Antonioqa manas yachay wasimanpas purinchu, sapa p'unchawhinas rumiwan, ch'ampawan, allpawan wasikunata ruraspa pukllan, manas imapipas yanapakunchu, mamantaqsi mana ima ruraytapas qunchu mana atispa waqanman nispa.

Huk p'unchawsi hachakachi wasinkuman mankakuna, p'ukuna, hik'ikuna, pusillukuna, wisllakuna q'ipiykuspa chayasqa. Kay hachakachiqa k'amiq hinaraqsi Ch'askataqa rimapayasqa:

—¡Yaw! yarmi manachu hamut'arikunki sunquyki ukhupi. Imatam kaypi wawayuq warmi watan watan uywakunawan kawsanki,

manachu ñuqahina hatun llaqtaman ripuyta munanki. Wawaykipas empresariochá kutipunman, manañan kaypi hinachu allpawan qhilli kawsawaqchischu. Hatun llaqtapiqa wasiyuq, awtuyuq, qhatunayuq, achka qullqiyuq ima kayta atiwaq.

Hachakachita uyarispas Ch'askaqa:

-Chiqapas kanman riki, manataq qullqiypas kanchu, sapa kuti hinataq mamaypas k'amichkawan-nispas sapallanpaq rimaykum. Sapa p'unchaw hinas chayllapi musphayachkan, hinas qunqayllamanta huk p'unchaw mamantaqa nin:

—Mamay hatun llaqtamanmi ripusaq, ichapas allin runan chaypi kayman.

Ch'askata uyarispa awichaqa waqay ñawintinsi nin:

—Ama waway hatun llaqtamanqa puriychu, muchuytam tarinki. Hatun llaqtakunapiqa manam pipas yanapasunkichu, aswanpas millaytam qhawarparisunkiku. Manam pipas imatapas quykusunkichu, nitaqmi qhawaykusunkichu.

Manas Ch'askaqa mamantaqa uyarparinchu, aswanpas sunqunta rumicharqukuspas nin:

—Manam mamay, sapa kutihina k'amiwanki. Pachapaqariytam ripusaq.

Awichaqa Ch'askata chhaynata rimaqta rikuspas nin:

—Chhayna kaptinqa yachankichá ¿imatachus rurachkanki chayta?

Antonioqa mamantawan awichantawan siminakuqta rikuspas, mamanta nin:

—Mamay ¿imaraykutaq hatun llaqtaman purisun?

Churinta rimaqta uyarispa Ch'askaqa kutichinsi:

—Waway Antonio hatun llaqtapiqa qampas yachay wasimanmi purinki, ayllunchikpiqa manam yachay wasipas kanchu. Qhillipas qhilli purinchik allpawan uywawan sapa p'unchaw

veces discutiendo, llorando, alegrándose, entristeciéndose incluso peleando. Pero la abuelita constantemente le riñe a su hija al ver que a su hijo no le asignan responsabilidades, solo lo deja jugar y lo engríe como a un bebé.

—¿Por qué crías así a ese niño, acaso no le debes dar responsabilidades? Cuando crezca te va a maldecir.

—Si su padre viviera no le tendría así, tú eres la que lo cría contestón y ocioso—, le dijo la anciana. Ch’aska al escuchar eso se molesta para su madre y le responde así:

—¡No me estés riñendo! Yo sabré cómo criar a mi hijo, todas las veces me dices lo mismo, ¿acaso no tienes nada que hacer?

Escuchando a su hija la anciana le responde:

—Al crecer te va a maldecir, desde niño se le debe dar responsabilidades. Al hijo no se le debe criar ni acostumbrarle así.

Antonio no asiste ni a la escuela, todos los días juega a construir casas con piedras, terrones y tierra, no ayuda en nada, su madre no le da ninguna responsabilidad creyendo que al no lograr algo puede llorar. Un día llegó a su casa un comerciante cargado de ollas, platos, cucharas, pocillos y cucharones. Este hombre como exhortándole le habló a Ch’aska:

—¡Ay, mujer! ¿Acaso no sientes al interior de tu corazón? ¿Qué hace una mujer con hijo viviendo aquí año tras año junto a los animales? ¿Acaso no piensas como yo en irte a vivir a la ciudad? Tu hijo puede ser empresario y ya no vivirían como aquí ensuciados por la tierra. En la ciudad puedes lograr tener casa, auto, negocio y mucho dinero.

Ch’aska al escuchar al comerciante:

—Puede ser una oportunidad, no tengo dinero, todas las veces mi madre me riñe—, se dijo a sí misma. Todos los días va pensando en lo mismo, y de repente un día le dice a su madre: —Mamá voy a irme a la ciudad, tal vez allí pueda ser una mejor persona.

Escuchando a Ch’aska, con lágrimas en los ojos le responde:

—Hija no vayas a la ciudad, vas a encontrar sufrimiento. En la ciudad nadie te va a ayudar, al contrario, te van hacer a un lado. Nadie te alcanzará algo, tampoco van a ver por ti. Ch’aska dejó de escuchar a su madre y más bien endureciendo su corazón le dijo:

—No madre, como todas las veces me riñes, al amanecer me iré.

La anciana al ver hablar así a Ch’aska le dice: —Si es así sabrás lo que estás haciendo—. Antonio al ver la discusión que tienen su madre y su abuela, le pregunta a su madre: —Mamá ¿por qué vamos a ir a la ciudad?

Ch’aska se ve en la necesidad de responder a su hijo:

—Hijo, Antonio, en la ciudad tú podrás ir a la escuela, en nuestra comunidad no hay ni escuela. Aquí andamos sucios por la tierra y los animales haciéndonos doler la cabeza. Allá tal vez tengamos buen dinero y podré comprarte buena ropa. Quiero una mejor vida para ti.

Cuando aún era de noche y el ruiseñor aún no había iniciado su cato matinal, Ch’aska se levantó de su cama y también su hijo; se vistieron con ropa nueva y emprendieron su viaje en un auto viejo hacia la ciudad. Camino a la ciudad el olor que despedía el auto los mareó, les dio sueño y hambre, sintieron frío

umata nanachikuspa, chhaqaypiqa ichapischá allin qullqiyuq kasunman, hinataq p'achatapas allinta rantipuykiman. Munay kawsayta qampaq munani.

Tutapas ch'amakaraq kachkaptinsi, phichitanqapas manaraq ch'ikimuchkaptinsi Ch'askaqa puñunanmantam hatarirqun churinpiwan allin musuq p'achakuwan p'acharququspas hatun llaqtaman huk thanta awtupi chinkaykapunkus. Hatun llaqtaman puriypis Antoniotaqa mamantawan awtuq asnaynin sunqunkutas muyurqachipun, puñuytas aysaykapunsi, yarqayqachikapunkus, chiriykachikapunku mana sayariy atinankukama, chakinkupas t'ukurqapunsi. Hatun llaqtaman chayaspas awtumanta uraqarquptinku tunuraqsi kurkunkupas, umankutaqsi uwihap uma muyun hinaraqsi. Sayaykuspa wichayman uraymanraqsi qhawarikunku, ichaqa kay llaqtaqa mana yuyaysi: wasimanta, awtumanta, runamanta. Chayta rikuspas Antonioqa mamantin muspharikusparaqsi qhawanku, manas hayk'aqpas chayhinata rikurqankuchu musqhunninkupipas.

Antonioqa mamantin k'iqlu uray k'iqlu wichaytas hatun llaqtapi puriykapunku, ichaqa manas atipunkuchu mayman puriyta, aswanpas payirqachikapuspas qullqi apakusqankutapas suwarqachikapus. Ayllunkuta yuyarispas churintin mamantin waqaykunku mana imata mikhuyta atispa, mana maypi puñuyta atispa. Chayhina, kachkaptinkus huk munay sunquyuq runas wasinta pusasqa wasi qhawaq qhipakunankupaq, kay runaqas ayllunkuq apu yanapayninwansi ñanninkupi rikhurisqa.

Antonioqa manas yachay wasimanpas ripunchu, aswanpas mamantas sapa p'unchawpihina misk'i qhatuyta k'iqlu uray, k'iqlu wichayta yanapapun, tutaqsi wasi qhawaq kanku. Irqiraqtaq chayqa qullqitaq

rikurqapun, chayraykus tutamanta tutamanta mamanti qatin sapa p'unchawhina. Paykunaqa yanapakuspas huk, iskay, kimsa killa kaykapunkus, ahinatas chunka kuraq watata qhipaykakapunku.

Ahinatas misk'i qhatusqallankupis watan watalla puririrqapusqa. Antoniopas hatunkaray kallpasapa waynas puquykapusqa, ichaqa manas ñawinchayta nitaq allin rimayta atinchu mana yachay wasiman purisqanrayku. Mama Ch'askataqsi qhatuchkasqanpihinas payayarqapusqa, tulluyarqapusqa imas; manañas kallpanpas kanñachu, ichaqa wiksanrayku llamk'achkallaqsi inti q llusqimusqanmanta inti q chinkaykunankama. Kay tukuy watakunapiqa manas awichaman watukuq risqankuchu.

Chay pachakamaqa Antonioqa imaymanakunatas rurayta yachapusqa hina allin mana allin ruraykunata ima, purisqanpihina hinantin llaqtakunamantas runakunata riqsipusqa. Hinallataq, imaymana ruraykunapim llamk'aq kasqa hina pichapakuspa, q'ipikunata q'ipipakuspa, mikhuykunata yanapakuspa, p'achata qhatupakuspa ichaqa manas pipas unaymanqa llamk'apunanta munasqachu.

Chayhinatas, Antonioqa mamantin kusirikuspa, waqarikuspa, k'aminarikuspa ima kawsaq kasqaku. Huk p'unchawsi wak hatun llaqtapi huk mana riqsisqa unquysi rikhurirqamusqa, kay millay unquyqa utqayllatas suyumanta suyuman mirarirqusqa. Runataqa ch'uspita hinaraqsi sipirpariq kasqa, kay unquyqa wayrapis purinman karqan nispas ninku. Kay unquywanqa llapa machu payakunata, wiksayuq warmikunata, wawakunata, unqusqakunata imas wañurparichipusqa. Hampina wasikunapas hunt'as, hampiqkunapas manas hampiyta runa masinkunata munapuqkuchus kasqaku. Chhayna kaptinsi,

hasta no poder sostenerse y sus pies también se adormecieron. Llegando a la ciudad, al bajar del auto sentían su cuerpo entumecido, su cabeza daba vueltas como la de una oveja enferma. Al pararse miraron hacia arriba y hacia abajo, pero esta ciudad es para no ubicarse: con tantas casas, autos y personas. Al ver esto Antonio y su madre se vieron como en un sueño porque antes no habían visto algo parecido ni en sus sueños.

Antonio y su madre caminaron por las calles hacia arriba y hacia abajo, sin embargo, ya no sabían hacia dónde ir; estaban extraviados y les robaron el dinero que llevaban. Al recordar su comunidad, al no tener qué comer y dónde dormir madre e hijo se pusieron a llorar. Cuando estaban en esa situación un hombre de buenos sentimientos los llevó a su casa para que se queden allí. Este hombre se les presentó en su camino gracias al amparo de los cerros tutelares de su comunidad.

En la ciudad, Antonio tampoco asistió a la escuela, más bien acompañaba a su madre a vender caramelos calle arriba y calle abajo, y por las noches se iban a cuidar la casa. Como todavía es un niño y aun no razona sobre lo que sería conveniente para él, se dejó llevar por el gusto del dinero, entonces acompaña a su madre cada día desde en la mañana. Ayudándose entre ellos se quedaron uno, dos, tres meses y así permanecieron más de diez años.

En lo que vendían caramelos los años transcurrieron. Antonio se había convertido en un joven alto y fornido, pero no había aprendido a leer ni a hablar bien porque no asistió a una institución educativa. En cambio, su madre Ch'aska en su oficio de todos los días,

había envejecido y adelgazado, también había perdido sus fuerzas; sin embargo, para llenar su estómago trabajaba desde que amanecía hasta que oscurecía. Y en todos estos años no habían ido a visitar a la anciana.

Hasta este tiempo Antonio había aprendido en sus andanzas diferentes quehaceres: algunos buenos y otros malos, y también conoció a personas de distintos lugares. Así mismo, consiguió trabajo en diferentes puestos como barrendero, cargador, dispensador de comidas, vendedor de ropas; sin embargo, sus empleadores no lo mantenían por mucho tiempo.

Así es como Antonio y su madre vivían; a veces alegrándose, llorando y otras veces discutiendo. Un día, en un pueblo lejano apareció una enfermedad desconocida, rápidamente se extendió a otros países, mató a muchas personas como a moscas, dicen que esta enfermedad se encontraba circulando en el aire. Mató a ancianos, mujeres embarazadas, niños y personas con enfermedades preexistentes. Los hospitales colapsaron, los médicos y enfermeras ya no pudieron atender a los enfermos. Al estar en esta situación el presidente del país anunció: —¡No salgan de sus casas! Esta enfermedad es peligrosa, reflexionemos para luego no estar llorando desconsoladamente—.

Antonio, al estar joven, quería salir a jugar con sus amigos y dentro de él decía: —¿Cómo podría afectarme esta enfermedad? Soy un joven sano y fornido, no me haría nada y mejor voy corriendo a jugar con mis amigos.

El joven se fue a jugar fútbol con sus amigos sin imaginar que ellos ya tenían la enfermedad; así fue que se contagió y llevó la enfermedad

hatun llaqtaq umalliqninga nin:

—¡Ama wasiykichikmanta llusimuychikchu!
Kay unquyqa supay supaymi, aswanpas
hamut' arisunchik ama qhipaman maris marista
waqachkanchikpaq.

Antonio waynaqa waynataq chayqa pukllaqsi
masinkunawan puriyta munan, chayraykus
sunqullanpi nin:

—¿Imanawanmantaqri kay unquy? Qhali
kallpasapa waynan kachkani, manam
imanawanmanpaschu kay unquyqa aswanpas
phawasaq masiykunawan pukllaq.
Waynaqa qara p'ullqu pukllaqsi masinkunawan
pasapusqa, chay masinkunaga unquyniyuqñas
kaq kasqa. Antonioqa wasinman unquytas
pusarqapusqa, chayllawansi mamanqa
unquykarqapusqa; umansi nanaq, sunqunpas
phataqirkuytas munaq, manas samaytapas
atipugchu, chiri rughaytaqsi huqarirqapug,
mikhunatapaspas manas munapuqñachu mana
mikhuspa tulluyarqapuntaqsi.

Huk tutas Antoniotaga puñuchkaspa
ñit'ichikuchkasqa, riqch'arinanpaqsi mamanqa
wañusqaña chutarayachkasqa. Waynaqa
imanakuytas mana atipunchu, qaparinsi,
sunqunta takakuspas nin:

—Mamalláy mama, imanaptinmi
wañurqukunki. Amallapas llusiymanchu
karqan, kay millay unquy sipirqapuwan
mamayta.

Antonioqa pisi qullqillanku karqan chaywasi
mamantaqa p'anpaykapun. Manas pipas
maman watuykuqqa purisqachu, sapallansi
payqa waqarikuq kaq kasqa. Aswanpas,
wasiyuqsi nin:

—Ripuy wasiyanta, mamayki chay millay
unquywantaq wañun chayqa qampas
unquskachá kanki ¡Ripúy, ripúy!

Waynaqa wasimanta llusirquspa manas
mayman puriyta atiqchu kaq kasqa.

K'iqllukunapis q'alapacha puñusqa,

yaraqaywanpas taripachikapuqsi, manas pipas
imallatapaspas khuyaykunchu. Mana imanakuyta
atispas awichanta yuyarirquspa Ichhupampa
ayllunman kutipug kaq kasqa. Manas awtupas
unquyrayku kaqchu kasqa, chayraykus
chakillapi ayllunmanqa kutiripusqa;
lliw chakipas lluch'isqas, t'uqyasqas,
chhanchapas chhanchaspas chayan ayllunmanqa,
purichkasqanpihinaspas tulluyarqapusqa,
chukchallanraqsi wiñarqapusqapas,
sillunkunapas hatuchachaqsi wiñarqapusqa.
Hatun llaqtamanta Ichhupampa ayllunmanqa
sinchi karus kaq kasqa, manas runakunaga
chakipi chayayta atiqkuchu aswanpas
awtullapipunis puriq kasqaku.

Ayllunman chayayquptinsi awichanqa manas
riqsiqatasqachu, aswanpas:

—¿Pin kanki? – nispas nin.

Antoniotaqsi nin: - awichalláy manachu
riqsiqatachkawanki hawayniykitaq kachkani.

Awichantaqsi nin:

—Chay rumi sunqun wawanchu kachkanki,
¿Maytaq kunanr?

Waqakuspas waynaqa nin:

-Mamaytaq chay millay unquymi
wañurqachipun. Qamnanmi kutimuchkani,
chaqay hatun llaqtapiqa mana allin kawsaymi
wawa masikunata wañuchipuchkan, manam
mikhunallapas kanchu. Manam hatun
llaqtamanqa kutiymanchu.

Awichaga ancha thulltu waqay ñawinwansi
kutichhin:

—Ama nichkaptiypacha hatun llaqtata purin,
mana purispaqa kunan kawsachkusqanman
karqan. Qilla p'asñaqa mana muchkaptiy purín,
wañuyninta taripakamunanpaq.

Antonio waynata qhawaqataspas awichaga nin:

—¿Qamrí, ima ruraykunatataq atinki?

Waynaqa: - imaymana ruraykunatam atini
rurayta- nispas nin.

Awichaga: - ¡Pawayyá chakrata hallmarqamuy!

a su casa. Pasados algunos días su madre se puso muy mal, sintió dolor de cabeza, empezó a agitarse y tuvo dificultades para respirar, tenía fiebre, perdió el apetito y empezó a bajar de peso. Una noche que Antonio dormía tuvo pesadillas, al despertar su madre ya estaba tendida sin vida. El joven no supo qué hacer, se lamentaba golpeándose el pecho:

—Madre mía, por qué te fuiste. No debí salir, esta terrible enfermedad mató a mi madre. Con el poco dinero que tenían enterró a su madre, nadie le acompañó en el sepelio, él se encontraba solo entristecido y llorando. Al contrario, el dueño de casa donde vivían le dijo: —Vete de mi casa, si tu madre falleció con esa enfermedad peligrosa entonces tú también estas contagiado. ¡Vete! ¡Vete!

El joven al salir de esa casa no sabía ni tenía a dónde ir, dormía en las calles sin abrigo, le daba hambre y nadie se compadecía de él. Al no saber qué hacer se acordó de su abuelita y regresó a su comunidad de extensos pajonales. Al llegar a su comunidad su abuelita no le logró reconocer: —¿Quién eres?— le preguntó. Antonio le dijo: —Abuelita, ¿acaso no me reconoces?, soy tu nieto.

—Tú eres el hijo de la mujer de corazón endurecido, ¿dónde está ella? —Le preguntó su abuelita. El joven llorando habló: —Esa terrible enfermedad mató a mi madre. A tu lado estoy volviendo, en aquella ciudad grande no hay buen vivir, esa pandemia está matando a las personas, no encuentras ni comida. No volvería a la ciudad.

La anciana muy afectada, con lágrimas en los ojos, le dijo: —A pesar de mi advertencia se fue a la ciudad, si no hubiera ido ahora estaría viva. Por ociosa se fue sin obedecerme y encontró su muerte.

La anciana dirigiendo su mirada hacia Antonio le preguntó: —¿Tú qué sabes hacer?.

—Sé hacer de todo— le respondió el joven.

—Si es así, ¡anda a la chacra a aporcar!— le ordenó su abuela.

El joven Antonio casi sin fuerzas, limpiándose las lágrimas de sus ojos, se fue a la chacra. Las plantas de la chacra están grandes y qué hermoso juegan con la brisa del viento. Pero Antonio no sabe trabajar la chacra, cuando aun era niño su madre no le enseñó, más bien le dejó jugar y jugar. Antonio al recordar esa vivencia se puso a llorar: —¿Madre, por qué no me has enseñado? Para no estar ahora así llorando— se dijo. Su abuela al verlo así le habló: —¿Acaso no recuerdas? Cuando eras niño te advertía, por eso te exigía.

Desde aquel día el joven Antonio acompañaba a su abuela todos los días: —Abuelita enséñame todo lo que sabes para ser como tú una persona de bien—, le planteó. Ante la petición de su nieto, la abuelita día a día le enseñó lo que sabía, solo así este joven fue una persona de bien. Con esa satisfacción su abuelita tuvo una muerte feliz y todos sus bienes se los destinó a él. Después de algunos años se casó y asumió la autoridad de su comunidad, pero ya no es respondón como antes. Por todo ello, conviene que a nuestros hijos desde pequeños debamos enseñarles los oficios y los quehaceres de nuestra comunidad para que más tarde no pasen sufrimientos. Por eso las personas del Ande crían a sus hijos enseñándoles sus saberes para vivir bien como sus antepasados. Con ello se puede lograr una vida dulce para convivir bien entre todos los habitantes de este mundo; ayudándonos, sin miramientos, sin odios, sin lastimarnos y sin peleas; como personas con lazos de hermandad debemos convivir en

—nispas nin.

Antonio waynaqa wañu wañullañas waqay ñawinta picharikuspa picharikuspas phawaylla chakraman chinkarin.

Chakraq yuranqa kaychikachapsi, munaytas wayrawan pukllarachkan. Antonioqa manas chakra rurayta atinchu kaq kasqa, irqillaraq kachkaptinqa manas mamanqa yachachiqchu, aswanpas pukllayllas pukllachiq kaq kasqa.

Antonioqa chayta yuyarispas waqaykum:

—¿Imanaptinmi mana mamay yachachiwarqankichu? Kunan kayhinata khuyay waqanaypaq – nispas nin.

Chayta awichanqa rikuspas nin:

—Yuyachkankichu icha manachu, irqiraraq kaptiyki k'amisqaykita, chayraykuyá k'amiq kayqa.

Chay p'unchawmantapachas Antonio waynaqa sapa p'unchawhina awichanta qatipan: -awichay yachachiway imaymana yachasqaykiyta allin runa qamhina kanaypaq-nispas nin.

Awichanqa imaymana yachasqantas Antoniomanqa sapa p'unchawhina yachachin. Chhaynallatas, kay waynaqa allin runa kapun. Chayta rikuspas awichanqa ancha kusionqallaña wañukapun, llapan ima kayninkunatapas Antoniomansi saqipun.

Unay watakunamantaqa masachakuspa ayllu umalliq imas kapun, ichaqa manañas ñawpaq hinachu similla simiyuq.

Chayraykus, wawanchiktaqa huch'uyninmantapacha imaymana ayllu ruraykunata yachachina mana qhipaman ñakanawanchikpaq. Chaymin anti runakunaqa sumaqta wawakunata uywanku, allinta yachayninkunatapas yachachinku, kay allin sumaq kawsaman puririnanchikpaq ñawpa awichunchikkunahina. Chaywanmi sumaq kawsata taripasun, kay tiqsi muyu allinta runahina kawsarinanchikpaq, yanapanakuspa,

ama qhawanakuspa, ama chiqninakuspa, ama waqachinakuspa, ama maqanakuspa; wawa masihina munaytam tiyakunanchik sumaq kawsaypi.

Yachasqanchikhina ñawpa awichunchikkunaqa munayta sumaq kawsaypim kawsakuq kanku imaymaña ruraspapas. ◀

armonía y respeto mutuo. Como sabemos, nuestros antepasados con todo lo que hacían llevaron una vida en armonía. ◀





Salcabamba

Fotografía de Jorge Jaime Valdez

Las imágenes de este brevísimo testimonio gráfico, dan cuenta de la capacidad que tenemos los peruanos de reponernos ante la adversidad (Resiliencia), en este caso específico de adultos mayores que son la población más vulnerable o de mayor riesgo en esta pandemia que nos ha tocado vivir.

Me tocó pasar parte de la cuarentena en Salcabamba, que es un distrito de Tayacaja en Huancavelica. En la actualidad me encuentro en Huancayo que es mi ciudad de residencia y trabajo. Las tres fotografías fueron hechas en Salcabamba en el mes de abril.

Dos de las tres fotos que conforman esta serie fueron hechas el viernes 17 de abril, el día que se pagó Pensión 65. Ese día adultos mayores de todos los anexos cercanos y lejanos de Salcabamba fueron a cobrar su bono a la Municipalidad de Salcabamba, a pesar de la intensa niebla (Puyu en quechua) muy frecuente durante el invierno en esta zona de Huancavelica. El dinero fue llevado por una empresa de transporte de valores porque en el pueblo no existe una agencia del Banco de la Nación tampoco cajeros automáticos. Tras cobrar este programa social los pobladores volvieron a sus hogares después de hacer compras de alimentos y abarrotes en las tiendas o comercios locales en vista que en sus anexos no hay bodegas ni establecimientos comerciales. Por esos días se empezaban a ver las mascarillas o barbijos, muy extraños hasta entonces y muy frecuentes en la actualidad. También podemos apreciar en las fotos que los pobladores usan aun esas mantas multicolores muy propias de la región y que son hechas o tejidas a

mano, el color de la lliclla define la procedencia de las mismas.

En la segunda fotografía (Qhaway) vemos a una mujer joven enseñando a un adulto mayor, que presumo debe ser su padre, algún contenido en un teléfono móvil, mientras toman un descanso y reponen energías, antes de emprender la caminata de vuelta hasta su lugar de origen.

Llaróco

Cuento de Elvis Panduro Ruiz

Úmíjjité ihdémúnáaúvuváa mítyane nútsohíjkyá íámema amómeke illííñájááíyóne tááboháñe. Téhduréváa nútsohíjkyámé cheméháñe míamúnáake ékéévenéhjí muhdú íapííchojtéeveri ityáábóíñe llúúvaháñe. Tsaatéváa táábómeíhíjkyá cúúmúmuke ityáávaki, áánetúváa tsijtye táábómeíhíjkyá amómeke illííñájáaáki, áánetúváa tsijtye mamávyéhíjkyá muhdú ííñimyému íhdó, majcánu llúúvá, tsiimáva llúúvá, téhdure tsíñéhjí chémeháñe muhdú illúúvánúíñéhjiri. Ehdúváa pahdúváré táábímeyehíjkyámé panévatúré wáájacúmé téhdure íñháhoóki.

Tsáijyúváa tsájkeeme Coronabíiro chémé, téenere Covid-19 némeíñe chémé, diityé coomívú píihine illéébóne táábímeyéjyucóo taavápíwu íñéeki, ávyéjyútváa: “Tsá kíájivú ámuha ámúhá comíñetu me pééityúne. Téhdure tsiélléhjítú ámúhá comíñevu péémeke tsá múu wáátsúcutúne; tsáijyu múu diitye teene chemécoba tsajtyéhi”, néene illéébónema. Aabéváa tsájcooji taahó ihjíné, máatikyó miihéné, oohíbyé ihjíné, téhdure méwáájí ihjínema ííñimyé padójcoháñe ipíhkyúnetu taabo imyéénune diityédí mamávyé, diityéduváa taavápíwu íñééroki. Ároobéváa teene taabó júúvá muhdú táuhbádú tsa áwatú, díbyekéváa

táábome bóíjkyunéhjí lléébótuúbe. Aabéváa eene lliíñája táábó díbyeke tsaímíyé líívaane, taavápíwu íñéene iwáájácúro tsájcooji lliíñájaavu péjucóo bájú pañévú, íojtsívá paajínema tsíñéhjí illííñájá pihchúcunu. Aabéváa téjcooji múúbéúbake táávátuube bájúháñeri pevénéré iúllehíjkyátsihjídú cuuvétujkéveu ihjyávú oomíjyucóohíí. Aabéváa pájcoojíré imájchótúneri pávyeenúúbé chooco ihjyúúvari óomihíjkyánáa tsahi teehi íjkyoohóbari pájtyeíyónáa ájtyumí míamúnáácoba juuvá úníuri ácújcatyémeke. Áámécobáváa dibye ellétú tsáane tsíhyullétú iúvanúne chooco íáájábájcatsíñe téhi pañévú dsiinéjucóo panéjcuváú cóóhóbá lliíñevu, dibyéváa cóóhoba pájtyeíñe iwáájácúnema.

Aanévéa téhi pañe cóóhóbá lliíñe míamúnáácoba íjkyámedi ícúvétuube tsúúca íjkyoohóbari pájtyéébeke panéjcuvatú nújpákyori tsojtsójucóomé: “¡Áábyeke Llarócoke mé ekééve! ¡Áábyeke Llarócoke mé ekééve!”, táúhbájcatsímeyere; áronáacáváa tsá tsáapíubaré diityédítú díbyeke ímíllétú íékeevéne. Mítyanévéa illímíyé díbyeke, ihdyúváa dibye apííchoobe íjkyaaabe mívájíhcó néené déjúcotu. Aabéváa pátooha ditye múriúcuube cóóhoba tsúúca éhnéjcuvíjuco pájtyénéllíí újcuíñújucóomé tsiíñe: “¡Áábyeke Llarócoke mé ekééve! ¡Áábyeke Llarócoke mé ekééve!”, íhjúcunúmére. Áánéllíihyéváa tsúúca dsiinéjúcoobe diityéké ipállójcóroki, áronáacáváa tsaatétsáhjí ícúí dsiíneme

Llaróco

Cuento de Elvis Panduro Ruiz

Los antepasados del pueblo Bora, los de mayor prestigio, usaban algunos poderes o esencias extraídas de los poderes de los animales para ser cazadores o pescadores eficaces. También practicaban ícaros de cómo curar enfermos. Algunos se preparaban o practicaban cómo cazar monos choro, otros a cómo pescar o atrapar diversas especies de peces. También aprendían a cómo curar la mordedura de serpientes venenosas, a cómo curar o sanar ahogados, así como aprender ícaros para que las mujeres gestantes tengan un buen parto (alumbramiento). De esta manera se curaban o protegían a las personas de influjos negativos, a través de sus encantos mágicos, para demostrar su poder como curanderos o chamanes.

Cierto día un anciano Yashingo se informó por los comentarios de algunas personas, de que se avecinaba una nueva y rara enfermedad llamada Coronavirus, la misma que fue denominada COVID 19. Al enterarse de la noticia, el anciano Yashingo se curó para ser cazador y pescador, porque también escuchó decir a las autoridades: “ninguno de ustedes saldrá fuera de sus comunidades, está prohibido, tampoco permitan el ingreso de personas que vienen

de otros lugares a sus comunidades, porque puede ser que ellos tengan esa enfermedad”. El anciano Yashingo¹, bajo la orientación de un sabio curandero, salió a buscar y obtener plumas de Martín pescador, piel de lagartija vercosa, cerda de perro, plumas de gavilán y mudas de piel de serpientes, para que el sabio le prepare un remedio o esencia.

De esta manera, con el efecto de este tratamiento, el anciano podría ser cazador o pescador, como los animales de los cuáles obtuvo los insumos del remedio. Sin embargo, el anciano Yashingo incumplió la regla de la dieta que le indicó el curandero.

El anciano, luego del tratamiento, para comprobar el efecto o la eficacia del brebaje, alistó sus lanzas y se fue de cacería al monte. Estaba andando todo el día en busca de animales en toda la espesura del bosque, pero no encontró ningún tipo de animal. Ya se hacía tarde y el anciano estaba muy cansado y preocupado porque no le resultó el efecto del preparado de los insumos que con tanto esfuerzo logró conseguir.

Por la tarde, antes que fuera de noche, el anciano Yashingo decidió retornar a su casa. Como todo el día no había comido nada, se sentía débil, aun así empezó a regresar caminando lentamente por su trocha. Cuando estaba cerca al puente de una quebrada, vio mucha gente sentada al costado del camino. Ellos, al verlo, se levantaron y empezaron a caminar a su encuentro, pero cuando estaban cerca a él

¹ Esta palabra refiere al padre o dueño de los animales y aves del bosque. Conocido también con el nombre de chullachaqui y shapshico. Cabe mencionar que el chullachaqui es un ser mitológico de feo aspecto: tiene un pie grande y otro pequeño. Es un espíritu del bosque, travieso y burlón por excelencia que se encarga de confundir a los cazadores y a la gente que transita por el monte para que se pierdan y, de esta manera, llevárselos y convertirlos en uno de ellos. Mientras que el shapshico es un demonio mitológico que engaña a sus víctimas aparentando ser un animal o un familiar.

tsúuca dííbyedívú úújetémé íjtyehjírē
íjkyámeke íapííchojtéeveri móóhóuri
iwájtyúhíñúmeke wááoobe tétsihjírí
pácajájí íjkyá cajájí pañévu, aaméváa
tétsihjívú coéváhi. Aanéváa díbye díityé
nahbémuke ityábéjcúmeke móóhóneri
dóhjinúné iúvanúne tsíjtyehji tsá dííbyedívú
píihívetúne. Mítyanéváa téeneri iíllityéne
wájucóóme.

Aabéváa ihjyávú patooa íuujétú
pávyeenúúbé wájtsíibeke ítsiime dillóhi:
“Muhdúami eene, lli, patooa íuujétú ú
wajtsi. ¿Iná uke pajtyéhi? Muuráhjané
tsá tene álletúne ¿Íinetú eene u wáábe
rapáhrápá u tsááhií?” Áamekéváa
iwáyéévétsihjídú úúbálleebe néehií:
“Llihíúmu, iiná,
;muutáhjáubá cóóhoba o pájtyéróóbeke
oke tsojtsó, ‘;Áábyeke Llarócoke mé
ekééve, Áábyeke Llarócoke mé ekééve!’,
néemere. Aaméne tsúuca cóóhoba o
pájtyene íájtyúmíne oke úráávyémedítýú
tsaatétsáhjike o cháávíñúmekéne ó wááoíñú
juuvá úníuri íjkyá cajájí pañévu, áameke
cána péjcore tsitsííveu mé úújetéco. Muutá
iiná néhnihívame íveekí ehdu oméikye
dáriivé íiné allútúhaja”.

Ahdújucóváa ítsiime ováhtsámú tsíjkyooji
tsitsííveu, cáániváa úúballédújuco, péeme
áácuke ájtyúmiténé teene téehí tsiñéjcuri,
juuvá úníuri, díbyéváa íjpiinéháñetu
chíjchume técajájí pañe íjkyámeke,
áamekéváa ípíhkyúne ihjyávú itsájtyémeke
dóómeé. Ihdyúváhacáa aacu míamúnaádú
cuuvé tujkéveu cóóhoba pájtyéróóbeke
Llarócoke máváríchohíjkyá, díbyéváa
lliiñája llúúva táábó bóijkyúné áwátúné

déjúcotu. Aanéváa tsúuca iwáájácúne
ítsiime dííbyeke bóijkyú kiávú díbye
ipyéétuki; íjyévéhreváa íámé míamúnaádú
íjkyáne dííbyeke máváríchohíjkyáné
iwáájácúnema. Teenéváa lliiñája táábo
llúúvaháñé ímí iñújtsotúné ehdu dííbyema
péene iwáájácúnema. Áánélliihyéváa
cáhcújtssoobe tsúcájá tsá ihjyátú ímíllétú
kiávú ipyééneé.

Aabéváa tsúcájá ihjyárí íkkyahíjkyátsihjídú
tsájcooji: “Tsúúcajáubá mávaríjchoháñé
óhdityu péjucóó”, iñéene tsiíñe lliiñájaavu
péébe íjyunú bájú pañévu. Aabéváa cuuvé
pañe ihjyúúvari chooco cúúvétsihjídú
óómihíjkyáná juuvájpiine ájtyúmité
míamúnáá níwáúcoba dííbye éllevu
tégoñíkyunu. Áauríváa iíllityéróne
íicúí nóónóhoba tétsihjídú iújcúhbari
áámútsoobe teeu niwáuke, ánemáváa
péjúcoóbe.

Aanévéa idyé tsíjkyooji tsitsíívevu ítsíímeke
neébe: “Llihíúmu, niwáúcóbakéne cuuve
juuvájpiine íjkyáúcóbake úménebávú o
áámútsoíñuu cána mé uujéte”. Ahdújucóváa
ítsiime cúúvénetu tééu néhcovu péeme
ájtyúmité úwáhllojiúvú juuvájpiine íjkyáábé
allúrí úméneba wátyuúcunúneri tsá díbye
píivyetétú kiávú iwáámenéne, áábekéváa
iújcúne wallóóme. Ihdyúváhacápe
úwáhlloji eene míamúnáá níwáúcobádú
díityéjcaaníkyé máváríchohíjkyáhi.
Kiávuváhjané pééroobe tsúuca
íjyunúhíjkyáhi, áábekévané eene díbye
llíiñájááiyómé íámé páhdúvátsohíjkyáhi.
Áánélliihyéváa imúnaa tsá ímíllehíjkyatú
kiávú díbye iiye péérone, áronáacáváa
eene iiye ímíllehíjkyaaabe iúllene.

se detuvieron y entre ellos hablaban en voz baja. Luego, se metieron a la quebrada y se ubicaron debajo del puente a ambos extremos, porque sabían que el cazador (o sea, el anciano) iba a pasar por ahí.

El anciano, sin dar mayor importancia a esa gente que se posesionó debajo del puente, que era una madera redonda de regular tamaño, continuó caminando, y cuando estaba pasando por el puente, ellos empezaron a mojarlo arrastrando el agua con sus manos, dándose órdenes entre ellos con el siguiente canto: “¡Agarren a ese Yashingo!, ¡agarren a ese Yashingo!” (“¡Áábyeke Llarócoke méekééve!”). Así gritaban muchas veces echándole agua, pero ninguno de ellos se animó a agarrar al anciano, porque todos le temían. No era cualquier anciano, era un sabio brujo curandero. Además, tenía el secreto de cazar y exterminar animales. De ese modo, el grupo de gente, que eran animales transformados en humanos, no se atrevió a cogerlo para hacerle daño o matarlo para devorarlo.

El anciano logró cruzar el puente y siguió caminando más rápido. No tenía suficiente fuerza para correr, porque estaba débil. El grupo de gente, al ver que el cazador ya había pasado el puente, empezó a seguirlo gritando y cantando otra vez: “¡Agarren a ese Yashingo!, ¡Agarren a ese Yashingo!” (“¡Áábyeke Llarócoke méekééve!”). El anciano, haciendo un esfuerzo, empezó a correr para escaparse, pero varios de ellos

lograron alcanzarlo. Entonces, el cazador cogió a varios de ellos, los amarró de sus cinturas con su támishi icarado y con sus poderes mágicos y, tras arrojarlos a los bajiales o lugares pantanosos, los dejó. De esa forma, los otros miembros del grupo ya no se atrevieron a acercarse al anciano ni continuar persiguiéndolo. Él estaba muy asustado y así logró salvarse y escaparse de ellos. Llegó a su casa, casi al anochecer, mojado y muy cansado. Sus hijos, al verlo en ese estado, le reclamaron: “¡Cómo es posible, papá!, ¡estás llegando mojado, muy cansado!, ¿qué te pasó? Porque no ha llovido, ¿de qué te has escapado para llegar tan agotado?” De esa manera, el anciano, luego de un buen rato de descanso, ya recuperado respondió a sus hijos: “Hijos, no sé quiénes me mojaron cuando yo estaba pasando por el puente, vi que era un grupo de gente desconocida que con gritos decían “¡Agarren a ese Yashingo²!, ¡Agarren a ese Yashingo!” (“¡Áábyeke Llarócoke méekééve!”). Luego de cruzar el puente, yo seguía caminando y ellos empezaron a seguirme, pues logré atrapar a varios de ellos y los amarré con mi támishi icarado y los dejé arrojándolos en los pantanos. Por eso, a ustedes les encargo que vayan mañana a verlos, para saber quiénes eran esos individuos que han querido hacerme daño sin motivo alguno”.

Al día siguiente, los hijos jóvenes de Yashingo se fueron a buscar a los amarrados en el sitio que les indicó su papá. Al llegar al lugar, encontraron varias ranas comestibles

² Esta palabra está derivada de icarar, que significa proteger a una persona u objeto a través de ícaros o encantos mágicos. También refiere al acto de curar a una persona con ícaros y soplos de humo de tabaco realizada por curanderos y chamanes.

Ijtsúcunúúbeváa íapííchojtéeveri íámeke illííñájááne diityédítýú íapííchojte dííbyeke páhdúvájtsómeke ipállójcóiyóne. Ávyétá nuuhéjувáa diibye Llaróco. Dityéváa: “Tsá eene u óóvéityú taabo u ádóné ajchóta”, néerone diityéké tahjállehíjkyaaábe. Áané boonéhjiúvuváa tsájcuuve íiibíi iwárihcóne ihjyá bóunáálleri íjkyáné tavíhyééné lliíñétú táávíñutéróóbeke tsaate míamúnaa íñánílbyeke

piichújucóó bájúháñé pañe pápejcoré úmehééné níjcaúúnetu, móáñé lliíñétú, adówááñé pañétú, úménebááne lliíñétújuco tohjáháñé pañétú. Aabéváa diityé újibááne allúrí cúwaabédú wállaúcunúúbeke pápejcoré pahúllevátú ipííchúne tsúúca tene tsítsíivéíñéllíi tsivájucóomé ihjyávu. Áábekéváa íákyéjtsóóbeke baavu ipááróóbeke tsuullécuiñúmé juuvári ihjyá tujkévetu. Aamedítýuváa tsaate: “Íchihvúréi, peñu, úhdityu ó coéváhi”, néemere tsáápiitsádí juuvá úniúúnevu coévahíjkyáhi. Tsaapíváa, cááméébécoba íjkyaaabe, úmehé tujkéveu íjyócuuvéhi; tsijpíváa, ujcáváábeúvú néébe, ácuuvé juuvá úniúvu; tsijpíváa, pámujcúriújí néébe, páwajcá allúvú íñeríivýéne tétsihvu cuwáhi; áánetúváa nihñéejpíyé, újtsíibyeúvú néébe, ihjyájpíihítú íñehe íjkyahévú pítyáhaavéhi. Ehdúváa diitye míamúnaa ikyóhbody Llarócodítýú coévá patsíhjíváu. Aabéváa Llaróco téjcuuvénetu, naavémú dííbyeke pécohajchótá pííchuhíjkyáneri cúwáveebe, ikyúwátúné ihde tsiíñe íítsíimeke néehíi: “Lihíúmu, muutáhjáubáhjané ípyejco pápejcoré oke

pííchuméne juuvá úniúúnevu coéváhi. Tsaapíñe, cááméébécoba néébe, páábyéhé tujkéveu íjyócuuvéhi; tsijpíñe, ujcáváábeúvú néébe, ácuuvé juuvá úniúvú, éhne nóónóhoba juuvájpiinétú me ríjyáávétsihvu; tsijpíñe, pámujcúriújí néébe, íjcumúhé wájca allúvú íñeríivýéne tétsihvu cuwáhi; áánetúne nihñéejpíyé, újtsíibyeúvú néébe, eene ámúhá íityáállé picámííhé íñíñetu íñehe íjkyahévú pítyáhaavéhi. Cá, mé uujeté muuté múnáa ditye íjkyámeke”.

Ahdújucóváa ítsiime teenémáyé, cáániváa néhdújuco, péeme dibyéváa úúbatsíhjí néhcotémé tujkénú ájtyúmité íñéhé pañe kíkyuu mátsívahíjkyáábeke, áábekéváa taaváme. Átsihdyúváa tsiíñe néhcoméré péeme ájtyúmité tóhjícoba wájca allúrí cúwahíjkyáábeke, áábekéváa téhdure ityááváábeke piichújucóóme. Átsihdyúváa tsijpiikye tsiíñe néhcoméré péeme ájtyúmité muhmúucoba ííñújí allúrí uráhtsá tééutu wáápécunúu, aaúváa íujcúne piichúmé cuuvé pañe wáámyuke íójtsoki. Aaméváa nihñéejpiikyéré néhcoméré péeme ájtyúmité ááhyau móóhou páábyéhé

tujkéveri téwajcátú téohbákyunu, aaúváa ujcúmé tsíjju uvérújtsí íñúúkií. Átsihdyúváa óómimye cááníkye úúbáalleté muutéhjíhjané dííbyeke pííchúpéjcovéné míamúnaádu. Aabéváa Llaróco tsíijyu tsiíñe mamávyéjucóó cheméháñé muhdú múúne me táábóiyóneri, áábekéváa téene llúúva júúvá táuhbá naavémú avyéjúúbedítýú ájpitáhó dibye idyójtúcuki; téenejtéeveri Coronabíiro chémema tsííñehí cheméháñé taabómúnáajpi

(aácu) al costado del camino, amarrados de sus cinturas con el támishi mágico de su padre. Aquí, sus hijos entendieron que era el mismo Yashingo, como dueño de los animales, que había estado burlándose y confundiendo a su anciano padre cazador por haber incumplido la regla de la dieta que le indicó el curandero. Esa fue la razón por la cual su papá no encontró ningún tipo de animal cuando estaba de cacería el día anterior.

Sus hijos, al saber la razón por la que su papá estaba siendo burlado por el dueño de los animales, le prohibieron salir de su casa para que no sufra ninguna venganza de los animales, por haber incumplido las reglas de la dieta que el curandero le había recomendado. Sus hijos sabían que cuando alguien se somete a esa cura o práctica mágica, debe dietar durante los días indicados por el curandero.

El papá, haciendo caso a sus hijos, se quedó en su casa por un tiempo. Un día pensó: “A lo mejor el espíritu travieso del bosque ya no me atormentará”. Pensando así se fue de cacería al monte y allí le dio la noche. Empezó a regresar a su casa en la oscuridad, tratando de ubicar el camino. En ese instante, vio en la trocha una cabeza de humano que le miraba y se reía burlándose. Eso le causó mucho susto, así que cogió una madera que estaba en el suelo y lo puso sobre la cabeza humana que lo miraba para que la tapara. Después, siguió su camino hasta llegar a su casa. Al día siguiente, el

anciano dijo a sus hijos: “Hijos, cuando yo estaba regresando de noche, encontré una cabeza de humano en el camino, al que apreté con una madera encima. Por favor, vayan a ver”. Sus hijos, haciendo caso a la indicación de su padre, se fueron al lugar y encontraron a un ave llamado tuayo que estaba apretado con una madera. Esta ave no estaba muerta. Así que ellos retiraron la madera y la soltaron. De esta manera, sus hijos entendieron que, en realidad, era el tuayo que estaba confundiendo a su padre en forma de cabeza de humano.

El anciano ya no podía andar por ningún lado, porque cada vez que él salía y se oscurecía, los animales que él debía cazar, lo molestaban asustándolo. De ese modo, los paisanos del anciano no permitían que él vaya solo a ningún lugar, aunque él insistía. Creía que su poder mágico y su brujería lo iba a proteger cuando salía de cacería. Era un anciano muy rebelde que no obedecía los consejos de sus paisanos ni de sus hijos. Cuando ellos le decían: “No debes comer tal alimento cuando estás bebiendo tu brebaje”, él no obedecía.

Una tarde, el anciano estaba preparando su coca y, para mezclarla, se fue a coger hoja de cetico de la parte más alta de la parte trasera de su casa. Allí se le apareció un grupo de personas, quienes lo llevaron cargando por el monte durante toda la noche. Él sentía que lo llevaban por encima de los árboles, por las profundidades de las aguas, por las colpas y por lugares con

íjkyaki. Téené íjtsaméimávaa íjkyaaabe ujcú kíkííjyé núúmihoo, oohííbyéjtúwámiihócuu, pápihchúúmeva uumémukee, píinéehójsímeva nííkyúmukee, tsáhojtsímeva toorómuu íjkyanéhji. Aanévaa íicúvé caráájiri tuube adówatu iújcúne nujpákyori. Áané pañéuváa wátyuácoobe téhiwá nijkénetu iújcúne neewáyu; áanemávaa tsápéjco cúvepéjco, dííbyé uwáábomúnaávaa néhdújuco, pécójpiine ádoobe, múubará dííbyeke íítétúnáaaca. Áanerívaa tépejco mamávyeébe.

Aanévaa mamávyé dííbyeke llívaane iwáájácu tsápejco cóohóbá níjcaúvú wálláaveebe, éhne múúne dsíjiveebédu. Waajácuubévaa téhbari papéjcovaré córovájibáané naavémú pátyehíjkyáne. Aabévaa tétsii éhne múúne dsíjiveebédú tódsiúcunúhíjkyánaa tsúúca naavémú tééjuri tsájucóó nújpákyo ádovu. Áamedítuyvaa tsaapi naavéné tsuullerí tsáabe Llarócuúvuke íajtyúmíne néehíi: “¡Eje! ¿Muhdúami mé náhbe rááhyó íjkyáju, ámuúha? ¿Muhdúami mé náhbe rááhyó íjkyáju? ¡Cá, mé uujéva!” Áanélliihyévaa tsijtye naavémú íñahbe wáníjkyámeíñé illéébóne dííbye éllewu dsiinéhi, árónáacává diityé avyéjuube Curitsetséi, dííbyedi ájpitáhó íjkyaaabe, tsúúca ténehji wáájácuube, tsá péétune. Aamévaa naavémú Llarócoke wápóllánuhíjkyará díbye íbóhiíki, árónáacává wáájácúroobe állíjchútuube íjkyaaabe waajáwu tsá vaaúmeítyúne. Tsucáaháñevaa íhyálluúneúvú réhvóbánáa ítyájkíiúvú tsatújkeve. Aamévaa eene

naavémú íavyéjúúbedi wáníjkyámeíyónáa tsá díbye ímííletú ipííhivéne. Waajácuubévaa míamúnáajpiyé íjkyaaabe páhdúvá nééneé, áanemávaa tsá díbye pííhívetúne. Árónáacáváa éhniíñevúré tsijtye naavémú Llaróco íitémeho wájpóllanúme dííbyeke ííhbúcúne wááohíjkyá tsadúré tsatújkeve. Aamévaa dííbyeke ímííñevú ííte me íhju ipááyúcuúne arahjúcu toocúwu; tsúúca dsíjiveebe toocújucóóhií.

Ehdúvaa Llaróco íitémeho naavémú iúújérone néé íavyéjuubeke Curitsetséikye: “Íináami tsíiméneúbájíi íitéméhoke ú illi. Muurá tsucáaháñéha dsíjiveebe tsúúca toocújucóóhií. Cóóji me íjkyaca muurá áñumu dííbyeke dóoiyáhi. ¡Cá, íllewu tsááne díhtévá mé náhbe rááhyó íitémeho!” Áanélliihyévaa naavémú avyéjuube Curitsetséi, apííchówuúvaa tsanééré bájcune íikyáávema íbajtsíhllahíñé íjkyáábé píújíjpiinétú teene ájpitáhó, dííbyé Apííchó neewáyu íjkyau, acháhachá rútuúcunú wáábyáú níjcautu. Aabévaa eene naavémú dííbyeke píuvané ícáhcújtsóne chooco tsájucóó Llaróco íitéméhoke iúvanúki. Aabévaa Llaróco allúvú íjyócuúvéne dííbyeke tétsihdyu tsucájá íítehíjkyárone dííbye éllewu ítsíívéébedítú teene ájpitáhó bájcúneba íikyáávé íjkyánéjpiinétú dííbyé úmí allúvú túra úújetéhó íicúí Llaróco itábahjúcuúne dsiinéjucóó íjkyátútsíhjíma. Áaneréjucóvaa naavémú avyéjuube Curitsetséi imúnáake úhbane: “¡Eje! ¡Néhnihívaabe múúbéjtsiiméne tsúúca óhdityu táapííchó ájpitáhó dojtúcúhi! ¡Muuráhjané ámúhake ó neerá páhdúvá múúne néébe táájpitáhó oke íñaníyo

muchas espinas. Ellos lo cargaban sobre sus hombros mientras el anciano se hacía el dormido. Después, cuando ya estaba cerca del amanecer, ellos regresaban al anciano cerca de su casa y lo despertaban parándolo en el suelo. Luego, ese grupo de personas caminaba hacia su casa. Algunos de ellos decían: “Aquí nomás, amigo, aquí yo me quedo”. Hablando así se iban quedando uno por uno. Uno de ellos, el más alto, se paró detrás de un árbol. Había otro, el más gordo, quien se quedó sentado al costado del camino. El de cuerpo musculoso, se subió sobre una rama y se quedó ahí. Finalmente, el último, que era un flaco, se quedó arrimado a un tronco de aguaje que estaba en el centro de la casa del anciano. Así iban quedando ese grupo de personas en diferentes lugares. El anciano Yashingo, que estaba trasnochado, antes de dormir dijo a sus hijos: “Hijos, yo no sé quiénes me han estado cargando toda la noche que, cuando ya estaba por amanecer, se iban quedando uno a uno en diferentes lugares. Había uno más alto que se quedó parado detrás del árbol de huayracaspi; había otro, el más gordo, que se quedó sentado al costado del camino: ahí donde hay una madera cruzada que se está pudriendo en el camino. También había otro de cuerpo musculoso, que se subió sobre una rama del árbol paucar y se quedó ahí; finalmente, el último que era uno flaco, se quedó arrimado en un tronco de aguaje que está antes del lugar donde su abuela amontona la cáscara de yuca. Por favor, vayan a mirar quiénes son ellos”.

Sus hijos, obedeciendo las indicaciones de su papá, salieron a buscar a las personas en los lugares mencionados por su padre. Primero, encontraron al papazo serruchero que estaba cantando en el tronco del aguaje, al cual atraparon para llevarlo a su casa. Luego, continuaron buscando y encontraron a un shihui que estaba durmiendo sobre una rama, al cual también cazaron. Enseguida, en el suelo encontraron a un comején que le salía espuma, y que se lo llevaron para que en la noche lo quemem y puedan espantar a los zancudos. Luego, seguían buscando y encontraron un támishi especial colgado del árbol de huayracaspi, que sacaron para que le tejan una canasta a su madre. Finalmente, regresaron a su casa llevando todo lo que encontraron. Al llegar donde su papá, le comentaron que eran los animales que encontraron, es decir, el comején y el támishi que se habían transformado en humanos para cargarlo toda la noche.

Un día el anciano Yashingo empezó a meditar sobre cómo curar enfermedades y, cuando él estaba concentrado con los espíritus de la naturaleza, el poder de los ícaros o encantos mágicos le dijo para que él le quite el poder del jefe o padre de los demonios, que es el otro Yashingo. Solo de esa manera podría curar el coronavirus y otras enfermedades. Él se quedó con esa idea y empezó a buscar y conseguir la oreja del murciélago, las uñas del tigre, tres sanguijuelas, cuatro isangos y cinco cucarachas. Todo eso lo puso en una olla de barro y lo cocinó con agua de la colpa.

éhduhji dáriívemeíñe! ¡Íícúi me úráávyéne
mé dojtúcu! Néhnihívaabe, tsúúca oke
táapííchó dojtúcúhi”.

Ehdúvaa naavémú avyéjuube Curitsetséi
ihyájkímuke úhbánéllií úráávyerómé
tsá píivyététú Llarócoke iékeevéne.

Muhdú mívájíhcó néébe íapííchojtéeveri
diityéké ipállójcóne íícúi dsíínebe tsúúca
ihjyávú úújetéjucóóhií. Áábekévaa
ihyájkímú tsúúca ájpitáhó díbye naavémú
avyéjúúbeke nániñe iwáájácúne tehmé
dihba ííhdénútsóhbama. Áábekévaa íícúi
macotsáariúúné báñe aamínema iúmenúné
ipéététsóne cáruhcojucóómé naavémú
apííchó dííbyeke iiná imyéénútuki.

Aanévané Llarócó naavémú avyéjúúbedítyú
Curitsetséidítyú ájpitáhó iújcúhori
tsúúca waajácú muhdú múúne panéva
chémeháñe illúúváuñe. Áánerívané
tsúúca lluvánuube ííñimyému íhdoháñé,
tsiñáave chémeháñé, eejéco chémeháñé,
téhdure tsíñéhji chémeháñe. Aanévané
tsúúca diityéjpiinévú, diityé cóómivu,
coronabíiro chémé úújetéróné ájpitáhori
ipállójcóne Llarócó lluvánú caatyé tééneri
chémeméhjike.

Étsihvúréhjáa ó cúwaiñú taalléroúvú oke
cheméháñe llúúvatu úúbállénaaaca. ◀

Cuando estaba hirviendo, le puso una piedra traída desde la cabecera de la quebrada. Luego, esa esencia la tomó a medianoche de una noche sin luna, cuando nadie lo veía, tal como le indicó su maestro. Después de eso, se concentró en cómo curar diferentes enfermedades.

Una noche, para comprobar el poder del brebaje que había tomado, se echó en uno de los extremos de un puente, aparentando que estaba muerto. Él sabía que por ese puente pasaban todas las noches los demonios más poderosos. Cuando él estaba ahí, los demonios venían para tomar agua de la quebrada. Uno de los demonios que venía adelante encontró al anciano Yashingo y pensó que estaba muerto, así que le dijo a los otros demonios: “¡Miren! ¿Qué le pasó a nuestro amigo? ¡Vengan todos, vengan rápido a verlo!” Escuchando esos gritos, vinieron todos los otros demonios corriendo. Sin embargo, el jefe de ellos, el otro Yashingo, que tenía el poder de los animales, no fue, porque sabía que el anciano Yashingo no estaba muerto. Todos los demonios se fueron donde el viejo Yashingo y lo empezaron a mover, porque creían que estaba muerto. No se movía y mostraba que sus ojos estaban volteados y sus extremidades estaban tiesas. Los demonios preocupados empezaron a llamar a su jefe, el otro Yashingo, pero él no les hizo caso, porque sabía que el anciano Yashingo solo aparentaba estar muerto. Entonces, los demonios le daban la vuelta al anciano, también lo botaban a otro

lugar, pero él seguía tieso. Nuevamente, los demonios revisaron todo su cuerpo y estaban seguros que ya estaba muerto. Así los demonios se acercaron donde su jefe el otro Yashingo y le dijeron: “¿Por qué tienes miedo al cadáver? Él ya está muerto, por eso está oliendo mal. Si fuese de día los gallinazos ya lo estaría comiendo. Ven, para ver qué podemos hacer por nuestro amigo”. Entonces, el jefe de los demonios, quien llevaban como collar el poder de los animales, que es una especie de piedra muy brillante, ubicada al interior de un pájaro de colores disecado, se acercó al supuesto cadáver y se paró frente a él para comprobar si realmente estaba muerto. Luego de un buen rato, el jefe de los demonios se acercó más, agachándose hacia el supuesto cadáver. Al momento de agacharse, su collar se colgó muy cerca a la cara del cadáver, así que el anciano Yashingo que se estaba haciendo pasar por muerto, aprovechó la ocasión para agarrar y arrancar el poder del jefe de los demonios. Así que, en ese mismo instante, se levantó el anciano Yashingo (supuesto cadáver) y se echó a correr a toda velocidad para que los demonios no lo atrapen. En ese instante, el jefe de los demonios se llenó de ira y empezó a reñir a sus subordinados por considerarlos cómplices del robo de su poder: “¡Miren!, ¡este desgraciado me ha robado mi poder!, ¡por eso yo no quise acercarme, pero ustedes me obligaron!, ¡vayan rápido detrás del anciano Yashingo y quítenle mi poder, porque ese poder me pertenece solo a mí, más no a él!”.

Así de fuerte, el jefe de los demonios, el otro Yashingo, les llamó la atención. De ese modo, todos los demonios se fueron rápido detrás del anciano Yashingo con la finalidad de quitarle el poder de su jefe. Sin embargo, no les fue posible atraparlo, porque él tenía un poder mágico que le ayudaba a escaparse de todo peligro. Cuando la noticia llegó a los oídos de los paisanos del anciano Yashingo, se alegraron muchísimo. Ese mismo momento empezaron a preparar una esencia de los ajíes más picantes que tenían ahumados, para esperar a su paisano Yashingo. En cuanto este llegó, quemaron los ajíes macusari (mezclados con hojas secas de tabaco) y, con ese humo, le ahumaron al anciano Yashingo para que, de esa forma, el poder de los demonios no lo penetre, y así evitar que le hagan daño. De ese modo, el anciano Yashingo logró obtener el poder del jefe de los demonios, el otro Yashingo. Con ese poder el anciano podía defenderse de todo mal o daño que otros intentaban hacerle. También podía curar mordeduras de serpientes venenosas, fiebres fuertes, gripes y otras enfermedades. Además, como la enfermedad del coronavirus ya estaba en su comunidad, el anciano empezó a curar esta enfermedad con el poder de la piedra que se había robado del jefe de los demonios, el otro Yashingo. ◀





Hogar de identidad

Fotografía de Yolanda Yarango Alcocer

Desde que inició la pandemia y, como consecuencia de la cuarentena, diariamente escuchamos que debíamos quedarnos en casa para estar a salvo. Sin embargo, muchos de nosotros nos encontrábamos varados en otros países o regiones diferentes a donde realmente nacimos. Ante la incertidumbre del mañana, el miedo se apoderó de nuestros pensamientos y, poco a poco, nos debilitamos. Es en ese momento cuando buscamos un elemento del cual sostenernos para sentirnos cerca de casa, de nuestro hogar. La música resulta ser uno de los mejores refugios que nos envuelve con el manto protector saturado de la diversidad de nuestros coloridos recuerdos y experiencias. Nuestra resiliencia nace desde la cultura e identidad, aquellos regalos de la patria que nos dio al nacer. Nadie nos lo podrá quitar, pero sí podemos compartirlo con nuestro entorno para que juntos nos levantemos con mayor fuerza.

Manos de ángel

Cuento de Elvis Panduro Ruiz

La tarde caía acompañada de una suave lluvia que teñía el ambiente solariego de un pesar nunca antes experimentado en la comunidad de Palo Viejo, región Loreto. A los lejos, en el pastizal, se oía el mugido de alguna vaca que tal vez llamaba a su becerro o tal vez presentía lo mismo que Ángel, el ahijado de 12 años, que acompañaba y distraía con algunos juguetes improvisados al primogénito de la madre que hoy se hallaba con dolores de parto de su segundo hijo, mientras don Juan Pacaya se hallaba preso en La Ciudad, como consecuencia de la declaración del estado de emergencia y la cuarentena obligatoria a causa de la letal pandemia que se avecinaba sin bruces ni modestias.

A medida que se acercaba la hora, no era posible que la madre aguantase las contracciones uterinas, que cada vez aparecían con más frecuencia. Entonces, entre sollozos y quejidos espasmódicos, entre la tenue luz del mechero que pendía de un horcón de la recámara, ella suplicó al adolescente que fuera a casa de la abuela, que vivía a unos kilómetros en medio de su chacra, y le diera aviso sobre tal situación. “Ñañito, corre onde la abuela y dile que venga. Corre rapidito, ñañito; ¡apura, cho...!” murmuró afligida la señora, y siguió sollozando.

En seguida, Ángel tomó una linterna de la tarima de corteza de punga de la doliente, se calzó unas botas viejas, tomó un machete como arma preventiva y se zambulló en el mar oscuro de la noche que, de vez en cuando, era interrumpida por un espeluznante relámpago, haciendo más lúgubre el ya desdichado ambiente nocturno.

Al recorrer el sendero irregular que conducía a la choza de los abuelos, por la espesura de la selva, después de atravesar el pastizal, a

veces se tropezaba con una raíz de amasisa que sobresalía del nivel de la tierra, cayendo aparatosamente sobre el césped del camino; pero este verdoso noble hijo de la madre naturaleza, solidario con las necesidades y desesperación del superviviente amazónico, lo recibía entre sus manos con gran suavidad, cual alfombra persa en manos de su hacedor.

Al cabo de varios tropezones y revolcones el muchacho llegaba a divisar la endeble luz del único mechero de la casa matriarcal, en tanto, los sabuesos guardias le ladraban desesperados, relamiendo sus manos empapadas de sudor y gotas de lluvia, a quien el alma había abandonado desde el momento que tomó el derrotero en medio de una noche de lluvia tenue y relámpagos incandescentes que le indicaban a veces el camino y, al mismo tiempo, cegaban de inmediato sus enormes ojos.

¿Qué ocurre en la casa, llullo?, le preguntó la abuela, como quien intuía la aciaga situación que el mensajero llevaba consigo y transmitía a través de las gruesas lágrimas que se dejaron escapar por sus entumecidas mejillas, al golpe de exhalar sofocantes hálitos de desconsuelo. No obstante, el valiente superviviente se reincorporó y, con voz tremolante, dióle la noticia: “Es mamá Pancha, abuelita. A mamá Pancha le duele su barriguita; y me mandó a llamarte, abuela. Apura, abuela; vamos rapidito a verla, que le duele mucho su pancita”.

“¡Ay, no, mi llullo!”, exclamó la anciana y corrió hacia la estatua de Fray Martín, que, enhiesta sobre una repisa en una esquina de la casa, tenía la mirada suave y serena, como quien brinda paz y consuelo a las melancólicas almas. Entonces, la abuela, con voz inaudible murmuró una fugaz oración al santo inmóvil;

luego, haciendo una reverencia, retrocedió unos pasos, con la mirada fija en el amuleto, y dijo al niño: “Tu abuelo ha ido al pueblo; se fue llevando el pequi-pequi, en busca de salsita para salar nuestro chiu-chiu, y pilas de linterna para revisar nuestro espiñel. Don Shilico ha dicho que el Gobierno ha decretado la cuarentena, y el bote que venía a vendernos sus productos no vendrá en unos meses, ¿quién sabe, motishquito? Descansa un poquito, mientras esperamos al abuelito. No te preocupes, hijito; todo irá muy bien con mamá Pancha; Fray Martincito me ha dicho en mi oidito”.

Ángel no sabía que aquella exigua figura morena se llamaba Fray Martincito. Solo sabía que la cabeza de la estatua inmutable, que descansaba sobre una repisa, tenía la cabeza quebrada, como consecuencia de un pelotazo que él mismo había pateado en una visita de hace algunas semanas atrás, y estaba apenas puesta en su lugar. Y como el abuelo Manuel Cahuamari demoraba en llegar, Ángel le dijo a la abuela que tenía que regresar a casa para cuidar del pequeño que dejó dormido en la hamaca, además de la señora que estaba a punto de traer a este mundo cruel un nuevo ser.

Después de recibir algunas instrucciones de la anciana, en tanto ellos debían de venir tras él, el mensajero se escabulló por el umbral de la puerta y desapareció en el terrorífico camino que lo trajo, cual caballero medieval en busca de nuevas aventuras.

Poco antes de llegar al pastizal, camino de regreso, Ángel tenía que cruzar un pequeño arroyo a través de un improvisado puente de madera, cuyas aguas habían crecido como consecuencia de la tormenta de aquel día. Como

el reflector de la linterna no llegaba tan lejos, a través de los relámpagos, divisó un enorme hombre que, erguido en la mitad del puente, impedía su libre paso de retorno a casa. Muy a pesar de ello, intentó ladearlo por uno de sus flancos, pero el corpulento e incógnito ser se inclinaba hacia él, amenazando atraparlo. Entonces, el impetuoso mensajero se armó de valor y se metió al agua, por debajo del puente, y cruzó a nado el arroyo hasta el lado opuesto.

Al notar el extraño ser que el niño era muy hábil y pertinaz, lo persiguió algunos metros, a paso ligero. Entonces, el niño emprendió una ágil carrera para alcanzar la escalera que separaba la selva virgen del alambrado del pastizal, para luego lanzarse de él, cayendo en medio del rebaño de vacas que descansaba en medio del camino. Y las vacas, creyendo que el otorongo, rey de la selva, las atrapaba, lanzaron unos fuertes mugidos y se dispersaron desesperadas por doquier. Esto asustó al extraño perseguidor, quien desapareció raudo por donde vino.

Llegando a casa, oyó que su amada madrina esta vez se quejaba con más fuerza, rogando por la ayuda de alguna mano misericordiosa. En seguida, el niño se dirigió a la cocina y atizó la casi extinta fogata con algunos leños que halló en la tullpa e hirvió un poco de agua en una olla. En esas circunstancias tan ajenas a la realidad, el niño no se inmutó, mas se armó de valor y, según las recomendaciones de alguna matrona, no dejó tumbarse a la madre al suelo, ni dejarse llevar por la situación.

En el agua hirviente introdujo una tijera, algunas agujas e hilos que sacó de su morral, para esterilizarlos. Luego, preparó té de hojas de algodón y lo convidó a la sollozante madre,

acompañado de huevo de gallina. Adoptada la posición adecuada, el trabajo de parto se inició con las previsiones necesarias para asegurar que el bebé naciera sin problemas. Cuando el niño nació, Ángel lo tomó en las manos y cortó el cordón umbilical, usando la tijera; en seguida, lo envolvió en unos pañales y lo recostó al lado de su madre, para que le diera de amamantar.

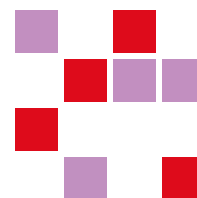
Horas más tarde los abuelos hacían su arribo al puerto de la casa y, apenas amarrado el bote en el mástil que apeaba la balsa a la orilla del Amazonas, corrían hacia la casa, lanzando gritos de desesperación. Cuando entraron a la recámara de la convaleciente, hallaron al niño y la madre muy dormidos, a la que despertaron despacito. Cuando le interrogaron cómo había hecho para atenderse sola, ella les dijo:

–Mamita, gracias por enviarme a ese médico que me atendió muy bien. Hoy tuve el mejor parto de mi vida; pues, el doctorcito que ustedes me enviaron tenía unas manos de ángel, que me atendió muy frágilmente, junto al niño. No me duele nada, mamita; tampoco siento dolores en la barriguita que puedan ponerme en peligro. ¡Estoy muy bien, mamita! ¡Mi llullo también!

Perplejos con tamaña confesión, los padres no dijeron absolutamente nada, ni se animaron a comentar algo ante ella. Más bien, se acercaron al niño y le interrogaron quién era aquel doctor que su hija acababa de mencionar. Contestándoles, el niño les confesó que no había tal doctor en medio de aquella soledad, que fue él quien atendió a la madre junto a su hijo, pero que no recordaba cómo lo había hecho.

–¡Hállalo, llullo! ¡Tú eres el niño médico de las manos de ángel! – dijeron.

A continuación, dieron aviso a la madre que no fue un médico quien la atendió, sino el niño de las Manos de Ángel. ◀







Resistencia de la niñez en tiempos de pandemia
Fotografía de Yda Elisa Ponce Vilca

La creatividad es la mayor de las resistencias, la más intuitiva y noble. Los niños y niñas transportan en sus voces la magia de revolver la realidad, de aceptarla solo en la medida de sus gustos. Pero existen circunstancias que los distancian por momentos de esa maravillosa resistencia.

Nos miran desde su resistencia, tal vez con la esperanza secreta de que escuchemos el ritmo que mueven sus pies; entre ellos solo hay espacio para la creación, surgen ciudades a la altura de sueños y cuando estas resistencias se encuentran con sus pares, se establecen los diálogos más estrechos y aromáticos que el mundo ha podido atestiguar hasta ahora.

Son tiempos difíciles, son tiempos de cuidados, de mucha más responsabilidad, de mantener nuestra empatía y resiliencia; de poder generar espacios para fortalecernos, para entendernos en diálogos. Los niños y niñas emplean la creatividad para reponerse y responder ante las dificultades propias y ajenas, por eso es importante otorgarles libertad para que ejerciten su creatividad, acompañarlos en sus dudas, en ayudarlos a encontrar sus propias respuestas. Necesitamos de ellos y para fortuna de nuestro futuro, ellos también nos necesitan.

ÍNDICE

- 5 Presentación, Laura Martínez Silva
- 6 MEMORIA FAMILIAR**
- 8 No te has ido, Franchesca Cáceres Anticona
- 10 El legado, Jesús Palacios Valverde
- 14 Momentos, Davier Ushiñahua Díaz
- 16 La hora mágica, Henry Bonilla Medina
- 20 La congoja de confiar, Milagros Cruz
Huaroto
- 22 Y ahora solo nos queda esperar, Luis Chiang
Chang-Way
- 24 Un puñado de polvo, Diego Olivas Arana
- 28 Lluvia cálida, Diana Leonor Escalante Vilca
- 30 Allpapa mikuynin / Alimento, comida de la
tierra, Javier Pariona Salvatierra
- 40 Este milagro no es mío, Wilder Limay Incil

42 TRABAJADORES ESENCIALES

- 44 Los ángeles, Saúl E. Ponce Valdivia
- 46 Línea recta, Luz María del Rosario Alcarraz Riera
- 48 Anónimos I, II, III, Denis Mayhua Coaquira
- 50 La noche anterior, Yero Chuquicaña Saldaña
- 54 Guardianes del mundo protectores de vida,
Luis Príncipe Castillejo
- 56 Hay esperanza frente al COVID, Oscar
Mamani Pochuanca
- 58 Nakay kawayta yachakuy / Aprender a vivir
sufriendo, Frank Mamani Barrantes
- 68 Sin límites, Lucy Espilco Barrera
- 70 Mi sueño, Marianela Gallo Durand
- 72 Personal médico protegiéndonos, Jean
Paul Silva Alcalde

74 RESILIENCIA

- 76 Sin esperanzas, Gian Pool Pachari Gomez
- 78 Resiliencia en la cumbre, Vicente Javier
Ninanya Campos
- 80 Mama Coronapa chayamuynin / La llegada
de Mama Corona, Esperanza Majerhua Mendoza
- 86 Aire puro entre lazos familiares, Katty
Jiménez Campos
- 88 Algún tiempo después de marzo, Humberto
Saldarriaga Pérez
- 90 Qilla Antoniomantawan sumaq
Ch'askamantawan / El ocioso Antonio y su
abuela sabia, Hugo Apaza Apaza
- 100 Salcabamba, Jorge Jaime Valdez
- 102 Llaróco, Elvis Panduro Ruiz
- 114 Hogar de identidad, Yolanda Yarango Alcocer
- 116 Manos de ángel, Elvis Panduro Ruiz
- 120 Resistencia de la niñez en tiempos de
pandemia, Yda Elisa Ponce Vilca



PERÚ

Ministerio de Cultura



**BICENTENARIO
DEL PERÚ
2021 - 2024**

www.bicentenario.gob.pe



Bicentenario del Perú
@Bicentenariope
#BicentenarioPerú